HARLEQUIN™

Jazmín™

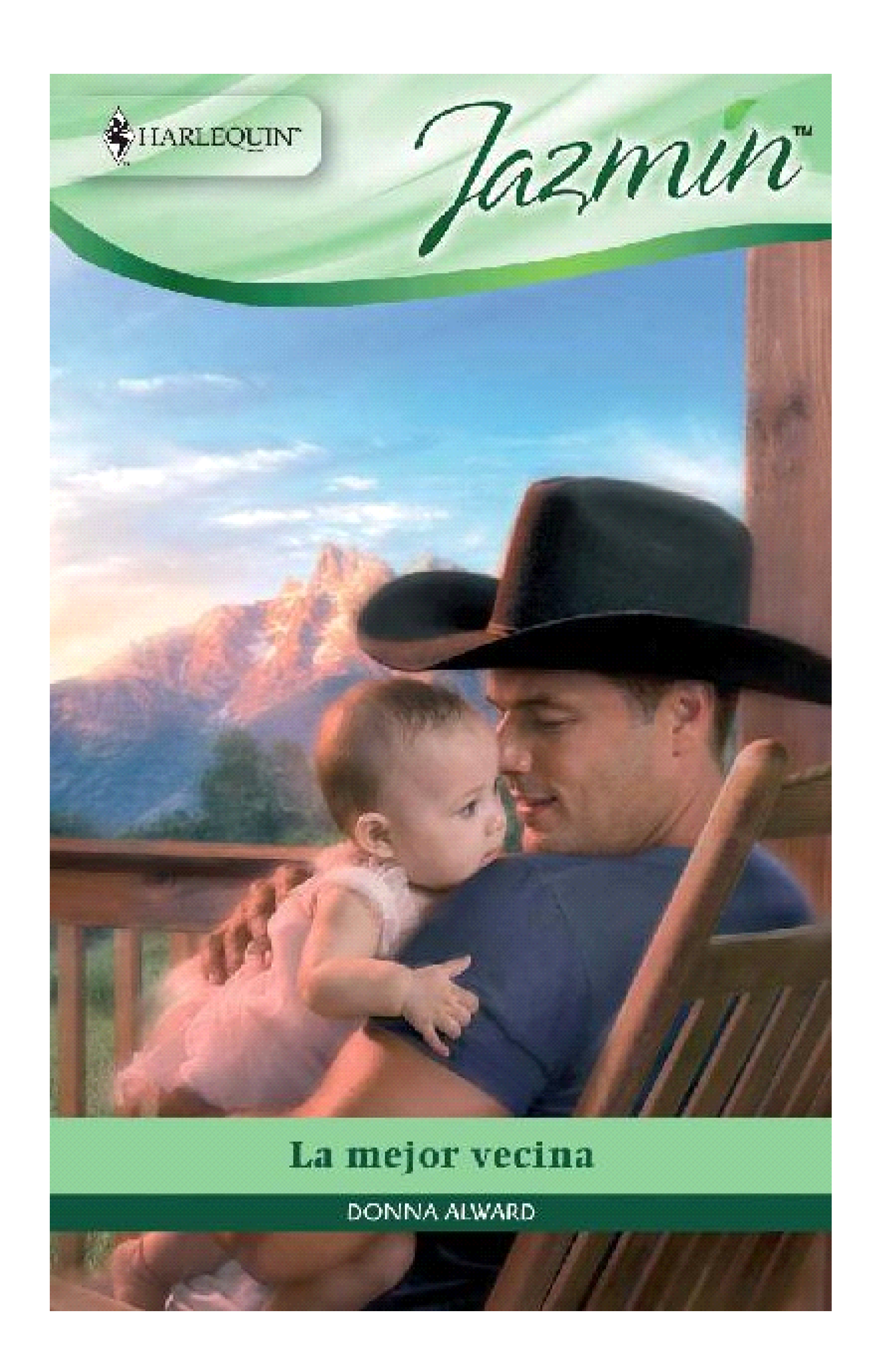
La mejor vecina

DONNA ALWARD



La mejor vecina

Donna Alward



La mejor vecina (2011)

Pertenece a la Temática Bebés y novias

Título Original: Proud rancher, precious bundle (2010)

Editorial: Harlequin ibérica

Sello / Colección: Jazmín 2386

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Wyatt Black y Elli Marchuck

Argumento:

¿Podría contar con la ayuda de su vecina?

Tras un duro día de trabajo, Wyatt Black quería relajarse con una cerveza bien fría, pero cuando llegó a su puerta se encontró con una compañía inesperada… ¡su diminuta y abandonada sobrina!

En contra de lo que le dictaba su sentido común, la vecina de Wyatt, Elli Marchuck, aceptó ayudarlo durante unos días. Elli no tardó en enamorarse del bebé, pero era el irritable tío de la pequeña quien la tenía embelesada…

Capítulo 1

De todas las desgracias que le habían pasado ese día… ganado terco, cancelas rotas, el todoterreno sin gasolina… Wyatt Black no había previsto ésa.

Mientras cruzaba el camino polvoriento que conducía a su porche, vio un bulto redondo y… ¿rosado? Tras una pausa, aceleró y el bulto emitió un sonido.

Tres pasos después, el corazón quería salírsele del pecho al confirmar su primera evaluación. Se trataba de un asiento para bebés. Subió los escalones despacio, confuso.

A dos pasos del asiento, pudo ver una pequeña manita regordeta, los dedos cerrados coronados por unas delicadas uñas rosadas.

Y ahí la tuvo. Una cosita con los ojos cerrados y moviendo los labios al tiempo que agitaba las manitas inquietas. Un destello de pelo negro se asomaba por debajo de un gorrito rosa y una manta adornada con ositos rosas y blancos la cubría por completo a excepción de las manos. Un bebé. Y al lado tenía un bolso azul marino, como si anunciara que iba a quedarse una temporada.

Con el corazón desbocado, dejó en el suelo la caja de herramientas. ¿Quién era la madre de ese bebé y, más importante, dónde estaba? ¿Por qué la habían dejado ante su puerta?

Resultaba inconcebible que ese ser humano en miniatura estuviera destinado para él. Debía de haber algún error. La alternativa resultaba abrumadora. ¿Era posible que fuera de su propia sangre? Observó esos mofletes de porcelana. Era tan pequeña. Retrocedió mentalmente varios meses y luego suspiró aliviado. No, era imposible. Un año atrás había estado en Rocky Mountain House trabajando como peón en un pozo petrolífero. No había mantenido relaciones con nadie. No había tenido sentido dejar que una mujer albergara esperanzas cuando no se encontraba en posición de establecerse. No le gustaban los juegos.

No, ese bebé no era suyo… estaba seguro. La tensión de su cuerpo se mitigó un poco, pero no del todo, ya que aún quedaba una pregunta: ¿de quién era?

¿Y qué se suponía que tenía que hacer con la pequeña?

Como si ésta oyera la pregunta, abrió los ojos oscuros y movió todavía más las manos al despertar. Entonces, hizo una mueca y un grito leve desgarró el silencio.

Aturdido y consternado, Wyatt dejó escapar una obscenidad. ¡No podía dejarla ahí llorando, por el amor de Dios! ¿Qué debería hacer? No sabía nada sobre bebés. Miró alrededor del patio y en la dirección del camino, sabiendo que era inútil. Quienquiera que la hubiera dejado en su porche, se había largado hacía tiempo.

Aferró el asa de plástico del asiento, lo alzó y con la mano izquierda abrió la puerta. De lo que no cabía duda era que debía sacarla del frescor de septiembre. Ni siquiera se detuvo para quitarse las botas; atravesó la cocina situada en la parte posterior de la casa y depositó el asiento en una encimera gastada. El grito de la niña reverberó… pareció más agudo y fuerte en el espacio cerrado. Se quitó el sombrero y lo colocó en el pomo de una silla antes de volverse

hacia la desdichada pequeña.

Levantó la manta y se maravilló de que una criatura tan diminuta y frágil pudiera emitir un grito tan agudo y penetrante. Una inspección rápida de los lados del asiento no reveló su identidad.

—Shhh, pequeña —murmuró con un nudo en el estómago ante el peso de la situación.

No podía dejarla de esa manera. Alargó el brazo para desabrocharle el cinturón y lo retiró en cuanto vio sus manos. Había estado toda la mañana conduciendo ganado y arreglando vallas. Fue al fregadero y se frotó las manos con jabón mientras miraba a la niña por encima del hombro, con los nervios a flor de piel a medida que los gritos se volvían más impacientes. El instinto le decía que debería alzarla en brazos. A los bebés había que calmarlos. Tiró la toalla junto al fregadero y regresó al asiento.

—Shhh —repitió, desesperado por lograr aplacarla—. Ya te tengo. Sólo deja de llorar.

Le soltó el cinturón, tomó al bebé con manta y todo y la acomodó en el hueco de su brazo.

Se preguntó si debería llamar a emergencias. Después de todo, ¿cuántas personas llegaban a casa y se encontraban con un bebé en la puerta?

Recordó que junto al asiento había visto una bolsa. Era la mejor esperanza que tenía de obtener una pista, de modo que con el bebé aún en brazos, abrió la mosquitera y recogió la bolsa. Sus botas resonaron en el marcado suelo de madera mientras volvía a la cocina y depositaba la bolsa en la encimera. Se afanó por abrir la cremallera con una mano al tiempo que sostenía al bebé en el otro brazo. Quizá ahí dentro hubiera un nombre, una dirección. Algún modo de arreglar ese horrible error y devolver al bebé a su verdadera casa.

Sacó un puñado de pañales, luego un par de pijamas suaves de cuerpo entero y un animal de peluche. Uno, dos, tres biberones… y una lata con una especie de polvo se sumó a la colección en la encimera. Luego más biberones. Pasó la mano por el costado de la bolsa. Más ropa, pero sólo eso.

Una vez que la conmoción inicial comenzaba a desvanecerse, empezaba a aparecer la irritación. Todo eso era una pura y simple locura. Por el amor del cielo, ¿qué clase de persona dejaba a un bebé

en el porche de un desconocido y se marchaba? ¿Qué clase de madre haría algo semejante? Suspiró frustrado. Sin ninguna duda, lo inteligente sería llamar a la policía.

Y entonces lo sintió. Algo rígido cerca de la parte frontal de la bolsa. Alzó una tira de velcro y metió la mano en un compartimiento. Había un sobre.

Lo abrió y se dejó caer pesadamente en una silla de la cocina.

Ojeó la página. Como si percibiera que estaba sucediendo algo importante, el bebé se calmó y se llevó un puño a la boca para chuparlo ruidosamente. Wyatt leyó las palabras breves y encorvó los hombros antes de apartar la vista del papel y mirar a la niña diminuta que tenía en sus manos.

Se llamaba Darcy. Pronunció el nombre y sintió un nudo en la garganta cuando el sonido de su voz se desvaneció en el silencio de la cocina. La respuesta que obtuvo fue un chillido renovado acentuado por un hipo triste.

El descanso había servido para incrementar las reservas vocales del bebé. Wyatt cerró los ojos, todavía aturdido por el contenido de la carta. Tenía que hacerla callar con el fin de reflexionar en lo que debía hacer a continuación. El estómago le crujió, recordándole por qué había vuelto a la casa.

Quizá también ella estuviera hambrienta.

Con súbita inspiración, tomó uno de los biberones de la encimera. Al primer contacto de la tetilla de plástico en los labios, Darcy abrió la boca y comenzó a succionar la leche con frenesí. Wyatt sintió una sensación de orgullo y alivio mientras iba al salón y se sentaba en un viejo sofá. Se reclinó y apoyó los pies sobre una caja de madera a la que le había dado el uso de una mesita de centro. Un silencio bendito llenó la estancia mientras ella seguía chupando de la botella, acunada en su brazo. La sentía extraña, nada parecida a algo que hubiera sostenido con anterioridad. No era desagradable. Sólo… distinto.

Darcy volvió a cerrar los ojos. Dio las gracias a Dios de que se hubiera quedado dormida. Con algo de paz y silencio, podría volver a leer la carta, intentar analizarla. Una cosa estaba clara… quienquiera que fuera la pequeña, no podía quedarse allí.

Con toda la delicadeza que pudo, la acomodó otra vez en su

asiento y la tapó con la manta. Luego fue a la nevera y sacó una manzana con la que reemplazar el almuerzo que se había perdido. Le dio un mordisco y regresó junto a la carta abierta que había dejado sobre la mesita.

La leyó una y otra vez. La mitad de su cerebro le decía que había algún tipo de error. La otra mitad, lo hostigó con crueldad y le dijo que no debería sorprenderse. Le costó tragar los bocados de manzana.

Darcy era su sobrina.

Hija de una hermana que había fingido que no había existido.

Se pasó una mano por la cara. Siempre había sabido que su padre jamás obtendría premio alguno a padre del año. Pero reconoció el nombre al final de la página. Barbara Paulsen había estado dos cursos por detrás de él en el instituto. Todos los niños habían sabido que no tenía padre. Había sobrellevado bien el ridículo al que la habían sometido. Le habían puesto el mote de Bastarda Barb. En ese momento, la crueldad hizo que se encogiera por dentro. Él mismo había merecido el mote tanto como ella. Había habido rumores entonces de que su padre había tenido una aventura con la madre de Barb. El cabello y los ojos oscuros de Barbara habían sido tan parecidos a los suyos… y a los de Mitch Black.

Siempre había odiado salir a su padre y no a su madre. No quería parecerse a él en nada. Jamás.

Había elegido hacer caso omiso de los rumores, pero para sus adentros, una parte siempre lo había provocado afirmando que eran ciertos.

Según la carta, compartían el mismo padre. No era demasiado descabellado como para que no lo creyera. No había sido ningún secreto en su casa que Mitch Black se había casado con su madre para hacer lo correcto después de meterla en problemas. Y dicho matrimonio había sido un desastre.

Ceñudo, clavó la vista en la pared. Hasta muerto su padre creaba ondas de destrucción. En ese momento, Barbara, afirmando ser su hermana, se hallaba en la misma tesitura y solicitaba su ayuda. Temporalmente. Pero de todos modos la pedía.

El hecho de que hubiera dejado a Darcy ante su puerta significaba una de dos cosas. O bien era tan buena progenitora como lo había sido su padre o se hallaba desesperada. Leyendo entre líneas,

tendía a creer en la desesperación.

Pero eso no le solucionaba nada a él. En ese momento estaba en posesión de un bebé. Y era un hombre soltero que trataba de dirigir un rancho y que no sabía nada de bebés. Quizá simplemente debería llamar a las autoridades.

Suspiró y se pasó una mano por la cara. Sin embargo, las autoridades recurrirían a la asistencia social infantil. Y si Barbara era de verdad su hermanastra, ya había sufrido bastante.

No había vuelto a establecer contacto con ella desde que se marchara de Red Deer. Había resultado más fácil fingir que no existía, ignorar un símbolo más de la falta de respeto que Mitch le había mostrado a su propia familia.

No, si llamaba a los servicios sociales, le quitarían el bebé, y quizá le hicieran lo mismo a Barbara. Esa sola idea le provocó un nudo en el estómago.

Y entonces ya no habría marcha atrás. Lo que necesitaba era ganar tiempo.

Necesitaba hablar con Barbara. Descifrar toda la situación y tomar una decisión mejor.

Necesitaba ayuda. Al menos para pasar ese día y saber qué hacer. Tal vez no debería, pero se sentía responsable. Aunque resultara que no era verdad, experimentaba la obligación de tomar la decisión acertada. No era culpa de Darcy que la hubieran dejado ante su puerta. Si lo que Barbara Paulsen decía era cierto, era familia.

No había que darle la espalda a la familia. De algún modo, siempre lo había creído, aunque no había tenido la oportunidad de demostrarlo.

Pero no podía hacerlo solo. ¿A quién llamar? Sus padres habían muerto hacía unos cinco años. Llevaba en el rancho únicamente desde el verano, después de vagar por la zona norte de Alberta durante años, ganando su sustento en el ámbito petrolífero y sin permanecer mucho tiempo en un lugar. Estaba solo y casi siempre era así cómo le gustaba que fuera.

Hasta ese momento. En ese momento sí que le iría bien que le echaran una mano.

Y entonces recordó a su vecina. Aunque tampoco lo era técnicamente. Había visto sólo una vez a Ellison Marchuk. Le cuidaba la casa a los Cameron, y a pesar de ser increíblemente atractiva, no tenía más sentido común que el que Dios le daba a una pulga. Ni imaginaba qué podía impulsar a una mujer a ir a buscar flores al pastizal donde guardaba a su toro. Y luego, agitando un cabello rubio verano, había tenido el descaro de llamarlo gruñón. Gruñón como un oso herido, si no recordaba mal.

Ellison Marchuk no habría sido su primera elección, pero era una mujer y su vecina, cualificaciones que la elevaban por encima de cualquier otra persona que conociera. Sin duda tendría alguna idea de qué hacer con el bebé.

Entre los renovados gritos de la pequeña y en contra de su sentido común, envolvió a Darcy en la manta y fue hacia la puerta.

Elli se frotó los ojos y colocó un marcador en el libro de texto antes de dejarlo a un lado. Como siguiera leyendo sobre pérdidas y beneficios, se quedaría bizca.

Seguir cursos por correspondencia tenía sus ventajas y desventajas. No obstante, la ayudarían a volver a levantarse, algo que necesitaba hacer más temprano que tarde. Que la despidieran del hospital había sido la guinda al pastel después de un año en el infierno. Era hora de entrar en acción. De encontrar otra vez un objetivo.

En ese momento lo que deseaba era una taza de chocolate caliente y algo que dividiera su día… que hiciera que dejara de pensar. Últimamente había dispuesto de mucho tiempo para pensar, en especial en sus fracasos.

Se sobresaltó cuando alguien llamó a la puerta y se llevó una mano al corazón. Aún no se había acostumbrado al eco alrededor de los techos abovedados de la casa de los Cameron, incluido el sonido de sus pisadas al dirigirse al recibidor. La casa era tan distinta del apartamento que había compartido con Tim en Calgary. Había sido agradable, en una buena zona de la ciudad, pero ésa era…

Suspiró. Era justo a lo que Tim había aspirado. La clase de mansión que había programado para ellos. Quizá aún la consiguiera.

Pero sin ella.

Volvieron a llamar. Observó por la mirilla y se quedó boquiabierta. Era el vecino, el nuevo ranchero que vivía en la propiedad de al lado. Apretó los dientes al recordar su único encuentro. Con un tono que en el mejor de los casos habría podido considerarse brusco, le había informado de que se llamaba Wyatt Black. Le había gritado y la había llamado estúpida. El comentario le había llegado hondo. Los ojos le habían ardido por la humillación. También ella lo había llamado algo, aunque no lograba recordar qué. Vagamente recordaba que había sido un poco más cortés que las palabras que habían revoloteado por su mente en aquel entonces. Luego había regresado a la mansión y no había vuelto a verlo.

Y ahí lo tenía, en todos sus fornidos metro ochenta centímetros. Volvió a escrutar por la mirilla y se mordió el labio. Pelo oscuro, ojos centelleantes, boca apretada. Y en los brazos…

Santo cielo. Un bebé.

Cuando volvió a llamar, Elli dio un salto atrás. Pudo oír los gritos tenues que se colaban a través de la sólida puerta de roble. Giró el pomo pesado y abrió, saliendo al sol de la tarde.

—Oh, gracias a Dios.

La voz profunda pero tensa de Wyatt le llegó mitigada por el chillido descarnado del bebé.

—¿Qué diablos sucede?

El señor Taciturno y Ceñudo dio un paso al frente, lo suficiente como para invadir su espacio y hacer que retrocediera un paso también.

—Por favor, sólo dime qué tengo que hacer. No deja de llorar.

Sintió una punzada en el corazón al ver al bebé. Era evidente que esperaba que ella supiera qué pasos había que dar. Odió cómo le temblaron las manos al alargarlas hacia la manta en la que iba envuelta. Era obvio que la pequeña experimentaba algún tipo de incomodidad. Y desde luego ese ranchero no la estaba calmando.

Elli empujó más la puerta con la cadera, invitándolo a entrar al hacerse a un lado mientras intentaba soslayar la reacción de su cuerpo al sentir ese cuerpo pequeño y cálido en los brazos. Ese bebé no era

William. Podía hacerlo. Esbozó una sonrisa artificial.

—¿Cómo se llama?

Él tragó saliva al cruzar el umbral. Ella lo miró y se dijo que tenía los labios más extraordinarios que había visto, el inferior deliciosamente carnoso por encima de un mentón áspero por la insinuación de una barba oscura. Los labios se movieron mientras los contemplaba.

—Darcy. Se llama Darcy.

Elli sintió en sus brazos ese peso extraño, doloroso, pero, de algún modo, idóneo. Posó una mano en la frente diminuta para comprobar si tenía fiebre.

—No está caliente. ¿Crees que se halla enferma?

Wyatt entró y cerró la puerta a su espalda, y Elli sintió que los nervios le aleteaban en el estómago. No era un hombre agradable. Sin embargo, había algo en sus ojos. Parecía preocupación, lo que ayudó a mitigar la aprensión que la embargaba.

—Esperaba que pudieras decírmelo tú. Un minuto dormía, y al siguiente gritaba como un basilisco —alzó la voz un poco para que lo oyera por encima del estruendo de los gritos del bebé.

¿Qué ella se lo dijera? Si prácticamente no sabía nada sobre bebés, y ese simple recordatorio del hecho le dolía y llegaba hasta la médula. Trató de repasar mentalmente lo que había aprendido en los libros que había comprado y en las clases prenatales a las que había asistido. Lo más evidente parecía la comida.

—¿Has intentado alimentarla?

—Parecía estar bien después del biberón que le di de los que venían en la bolsa —explicó, mesándose el pelo—. Se lo bebió todo, sin dejar una sola gota.

Elli frunció el ceño mientras intentaba rememorar si Sarah Cameron le había mencionado que su vecino tuviera un bebé. No lo creyó. Desde luego no se comportaba como un hombre que ya hubiera estado en contacto con niños. La miraba a ella y a Darcy con ojos llenos de preocupación… y pánico.

Un detalle atravesó su memoria.

—¿Calentaste la leche?

Los labios carnosos se abrieron un poco.

—¿Se suponía que debía hacerlo?

Elli relajó los hombros al tiempo que reía suavemente entre dientes, aliviada. De inmediato alzó al bebé a su hombro y comenzó a frotarle la espalda con círculos firmes.

—Lo más probable es que tenga espasmos —explicó por encima del llanto estridente y lastimero. Comenzó a palmear con delicadeza la espalda de Darcy. Hambrienta, con gases, con espasmos. Elemental. Al menos podía fingir que sabía lo que hacía.

—Lo desconocía —indicó él con un leve rubor—. No sé nada sobre bebés.

—Podrías quitarte las botas y entrar un momento —repuso Elli, sin querer admitir que sabía poco más que él. Sabía que ese verano había cometido un error al ir al pastizal donde mantenía al toro y ya estaba al corriente de lo que él pensaba de su sentido común. Antes prefería arder en el infierno que dejar que volviera a verle una debilidad.

No podían quedarse para siempre en el recibidor. De pronto un eructo enorme subió directamente hasta las vigas y Elli rió ante la violencia del sonido que salió de un cuerpecito tan pequeño. Se sintió satisfecha de haber descubierto la causa y la solución por puro azar. La expresión de él fue tan sorprendida que volvió a reír.

—Me llamo Ellison Marchuk —se presentó—. No creo que la última vez nos presentáramos adecuadamente.

—Lo recuerdo —repuso él y vio que ella se ruborizaba—. Yo soy Wyatt Black, por si lo has olvidado —continuó—. Gracias. Aún me resuenan los oídos. Estaba al borde de la desesperación.

Ella soslayó la pulla sutil. Claro que lo recordaba. No todos los días un desconocido le gritaba y la insultaba. Fue mucho más cortés y se esforzó por empezar de cero.

—De nada, Wyatt Black.

Con el corazón acelerado lo observó quitarse las botas, incluso en calcetines, le sacaba unos buenos diez centímetros. Llevaba los

hombros exageradamente anchos embutidos en una camisa de franela. Y los vaqueros se veían gastados en todos los lugares apropiados.

Tragó saliva. Necesitaba salir más. Quizá había permanecido escondida en la casa de los Cameron demasiado tiempo si reaccionaba de esa manera con su irascible vecino.

Lo condujo al salón que daba al patio de atrás y luego al sur, ofreciendo una vista completa de la dehesa donde en ese momento pastaba el rebaño de Wyatt… la misma en la que había querido recoger flores silvestres durante el verano en un intento por animarse. Los campos en ese lugar eran enormes. No había sabido que se hallaba en el mismo pastizal que uno de sus toros.

—Los Cameron tienen una casa bonita —comentó detrás de ella —. Nunca antes había estado dentro.

—Mi padre solía trabajar para Cameron Energy —comentó Elli —. Los Cameron son como unos segundos padres para mí.

Él permaneció en silencio a su espalda y Elli añadió falta de habilidad conversacional a su repertorio de defectos.

Lo llevó a un rincón con muebles mullidos y ventanas que llenaban la pared detrás y que inundaban la estancia con luz, al tiempo que unos ventanales daban a una amplia terraza. Con un gesto, lo invitó a sentarse en un sillón.

—¿Quieres que te la devuelva? Parece mucho más satisfecha.

Extendió los brazos con Darcy parpadeando de forma inocente en ese momento, los ojos oscuros perdidos en el espacio.

—Se la ve feliz donde está —respondió Wyatt, apartando la vista.

Elli fue al sofá, se sentó y con delicadeza dejó a Darcy a su lado. Él no podía saber el dolor que le causaba cuidar de un bebé, aunque fuera de esa manera tan pequeña. Se esforzó por desterrar la amargura. Si las cosas hubieran salido bien, en ese momento se habría encontrado en su propio hogar acunando a su propio hijo. Parpadeó varias veces. Era algo que no se podía cambiar.

—¿Qué tiempo tiene? —preguntó para distraerse. Conjeturó que un mes, quizá seis semanas. Cuando Wyatt no le respondió, alzó la vista de la pequeña y lo miró. Vio que la observaba con curiosidad, los

ojos algo entrecerrados, como si quisiera leerle el pensamiento. Le alegró que no pudiera. Había algunas cosas que no quería que nadie supiera.

—¿A qué te dedicas, Ellison?

Ah, no había querido responderle su pregunta y ella tampoco quería corresponderle. Para Elli no era una pregunta sencilla. La respuesta requeriría una explicación extensa, y sólo añadiría combustible a aquel comentario en la dehesa cuando la había llamado estúpida. Quizá lo fuera. Desde luego, sí era tonta.

Tal vez era hora de que se marchara. Había algo escurridizo en el modo en que había esquivado su pregunta, algo que no encajaba.

Que cada uno se dedicara a sus propios asuntos y ambos serían felices.

—Ya parece estar bien, aunque quizá cansada. Deberías llevarla a casa y acostarla.

Wyatt apartó la vista y la aprensión de Elli se incrementó. La única información que le había ofrecido era que la pequeña se llamaba Darcy, algo que el bebé no podía contradecir. No le dijo el tiempo que tenía, no sabía calentar un biberón… ¿Qué hacía ese hombre con un bebé? ¿Era suyo? En ese caso, ¿no debería saber algo acerca de cómo cuidarla?

Respiró hondo.

—No es tuya, ¿verdad?

Él la miró con sinceridad, pero sin revelar ninguna otra emoción.

—No.

—Entonces, ¿de quién…?

—Es complicado.

Por su mente pasaron todas esas historias de secuestros por una custodia denegada.

—No me siento tranquilizada —luchó contra el impulso de encogerse ante su mirada firme. ¿Debería sentirse asustada? Tal vez. Pero no había sido ella quien provocara esa situación. Había sido él. Y

se dijo que un hombre que tuviera que ocultar eso no lo habría hecho —. No sabes qué hacer con un bebé —comentó, haciendo acoplo de valor—. Ni siquiera sabes cuánto tiempo tiene.

—No, no lo sé. Nunca antes de hoy había tenido un bebé en brazos. ¿Eso hace que te sientas mejor?

—No exactamente.

Tenía que estar loca. A pesar del primer encuentro que habían tenido, Wyatt Black era un desconocido con un bebé desconocido en una situación que ella no comprendía, aparte de que se hallaba sola en una casa situada en mitad de ninguna parte. Pero entonces recordó la expresión de su cara al pasarle a Darcy. No sólo era pánico. También había preocupación. Y aunque era poco hablador, algo en él le inspiraba confianza. No podía explicar qué era. Sólo se trataba de una sensación.

Había aprendido a confiar en sus palpitos. Aunque dolieran.

Alzó a Darcy del cojín del sofá. Simplemente, tenía que saber más para estar segura. Para saber que el bebé estaría cuidado y a salvo.

—Necesito que te expliques.

—Darcy es mi sobrina. Creo.

La respuesta ambigua hizo que ella frunciera la nariz.

Él se levantó del sillón y dio unos pasos hasta que se plantó delante de ella, obligándola a echar el cuello atrás para poder verlo. Tenía la mandíbula apretada y los ojos le brillaban sombríamente, aunque había algo más que avivó su empatía. Quizá un destello de dolor… y vulnerabilidad.

Se llevó la mano al bolsillo trasero y extrajo una carta.

La extendió hacia ella.

—Léela —ordenó—. Luego sabrás tanto como yo.

Capítulo 2

Leyó la carta en voz alta, con su suave voz reverberando en la sala vacía. Escuchar las palabras de algún modo hacía que fuera más real. Wyatt parecía mirar a cualquier parte menos al bebé.

Querido Wyatt, sé que ahora mismo te estarás preguntando qué diablos pasa. Y, créeme… si tuviera otra elección…

Elli notó que no se trataba de un papel elegido para una carta importante. Era algo apresurado, impulsivo.

No sé si alguna vez fuiste consciente de ello, Wyatt, pero compartimos un padre. Soy tu hermanastra, intenté odiarte por eso, pero tú jamás fuiste mezquino conmigo como los demás. Quizá ya lo supieras por entonces. Sea como fuere… ahora eres toda la familia que tengo. Darcy y tú. Y no soy buena para ninguno de los dos. Si hubiera otra manera… pero yo no puedo hacerlo. Cuida bien de ella por mí.

La carta sólo llevaba la firma *Barbara Paulsen*.

Si era auténtica, y estaba inclinada a pensar que lo era, entonces él decía la verdad. Darcy era su sobrina. Y lo más importante… las palabras la habían inquietado. En dos ocasiones había mencionado que no tenía elección… ¿por qué?

—Tu hermana… —comenzó en voz baja.

Alzó la vista y vio que ya no lo tenía enfrente, sino que se hallaba de espaldas a ella ante los ventanales. La rigidez de su postura la impulsó a callar. Enfrentado a un bebé, Wyatt mostraba el mismo lado obstinado y frío que había exhibido la tarde que la conoció. Los bebés necesitaban más que biberones y un lugar donde dormir. Necesitaban amor. Se preguntó si él sería capaz de ofrecer siquiera ternura.

Carraspeó.

—Tu hermana —prosiguió con voz más decidida—, debe confiar mucho en ti.

—¿Mi hermana? —las palabras salieron como una risa áspera—. Como mucho, tenemos una relación biológica. Fui al instituto con ella, eso es todo.

—¿No crees en lo que te dice?

Giró despacio. Tenía los ojos entornados y la expresión inescrutable: no pudo imaginar en qué pensaba. Nada en su cara le brindaba una pista. Quiso ir junto a él y sacudirlo, sacarle algún sentido a lo que rondaba por su cabeza. Para ella era obvio que en la nota de Barbara había una súplica. Pedía ayuda. Y él se erguía allí como una especie de dios crítico repartiendo dudas y condena.

—Hubo rumores… no los hice caso. Desde luego, tiene sentido. Al menos casi todo. No es muy descabellado pensar que mi padre…

Ahí estaba otra vez, ese destello de vulnerabilidad, que se desvaneció casi al mismo tiempo que había aparecido, pero no antes de que ella lo captara. Se preguntó qué clase de vida había tenido de niño. Debía ir con cuidado. Dobló la carta y se la devolvió.

—¿Y si no es verdad?

—Probablemente lo sea —reconoció—. Pero he de averiguarlo con certeza. Mientras tanto…

—Sí —coincidió ella, sabiendo que debía ver que Darcy era su principal prioridad—. Mientras tanto, tienes un problema más inmediato. ¿Qué vas a hacer con Darcy?

—Soy un inútil con los bebés. No sé nada sobre ellos —la miró, como si esperara que ella mostrara su acuerdo.

—Eso no hace falta que lo digas —respondió, cruzando los brazos—. Pero no cambia el hecho de que han dejado a Darcy a tu cuidado.

—No sé qué hacer. En unas pocas horas ya la he fastidiado. Nunca he estado con bebés.

Elli le ofreció una sonrisa indulgente. Al menos le preocupaba hacer las cosas bien. Quizá lo había juzgado duramente.

—Recuerda que una vez tú mismo fuiste un bebé.

—Mi recuerdo es un poco vago —le respondió, pero en su voz ya se percibía más relajación.

El momento se alargó y Elli mantuvo la vista clavada en su cara. Cuando no se mostraba tan severo, resultaba bastante…

Bastante atractivo.

Darcy se movió en el sofá y Elli sintió cierta animosidad hacia Barbara. ¿Cómo podía una madre, cualquier madre, marcharse y dejar a esa niña hermosa ante la puerta de un desconocido? ¿Sabría lo afortunada que había sido? Sin embargo… había cierta desesperación entre líneas en la carta. Por algún motivo, Barbara no se consideraba capaz de cuidar de su propia hija.

Wyatt se sentó en el sofá del otro lado de la pequeña.

—Lo sé —repuso, como si contestara la pregunta que ella no había formulado—. Yo tampoco sé cómo pudo hacerlo. No la he visto en años. Quizá todo sea una invención. Pero quizá no. Y no puedo correr ese riesgo con Darcy.

—¿A qué te refieres? —Elli giró para mirarlo sin dejar de acariciar los pies de la pequeña.

Ya empezaba a sentir un conato de resentimiento hacia una mujer que no conocía. Y si algo había aprendido después de años de trabajar en urgencias era que no debería emitir juicios. Pero todo cambiaba ante una niña inocente y preciosa. Era imposible no juzgar. Daría cualquier cosa por estar jugando con los pies de su propia hija en ese momento. Sabía en lo más hondo de su corazón que, si William hubiera vivido, nada habría podido alejarlo de él.

Ceñudo, Wyatt apoyó los codos en sus rodillas.

—Si es mi sobrina, no puedo, simplemente, llamar a la policía, ¿verdad? Porque los dos sabemos lo que le pasaría a la pequeña entonces.

Elli asintió, saliendo de sus pensamientos sombríos. Se dijo que él podía ser inepto, pero que intentaba hacer lo correcto.

—No puedo dejar que entre en un hogar de acogida. Si lo hago, existe la posibilidad de que su madre no consiga recuperarla nunca. Y

no puedo permitir que eso suceda. Al menos no hasta que lo sepa con seguridad. He de localizar a Barbara y hablar con ella.

Elli pudo sentir que ya estaba involucrada, arrastrada a una situación que ella no había provocado. Se suponía que ir a cuidar la casa de los Cameron era su primer paso hacia la construcción de una vida nueva, su oportunidad de empezar de nuevo, lejos del drama y de las miradas de compasión que la habían hartado.

Pero un vecino soltero con un bebé no era exactamente el tipo de proyecto especial que había estado buscando. Volvió a centrar su atención en la carta.

—Esa mujer, Barbara, aunque sea tu hermana, ha dejado adrede a un bebé de seis semanas a la puerta de alguien a quien apenas conocía, y sin garantías de que estuvieras en la casa —luchó por contener la ira y la frustración. No se trataba de un tema con el que pudiera mostrarse racional. Lo sabía. Razón por la que debería mantenerse al margen.

—¿No te muestra eso lo desesperada que está?

Sin advertencia, las lágrimas le escocieron los ojos y se mordió el labio. Se levantó del sofá para que él no pudiera verle la cara ni el dolor que en ese momento reflejaba.

Fue a preparar té a la cocina. Perder a William casi la había destrozado. Lo que sí había destruido había sido su matrimonio. Y una vez que la urgencia había pasado y que Darcy se hallaba tranquila, nada en la tierra iba a impulsarla a contarle a un hombre al que acababa de conocer la historia sórdida de su desastroso embarazo y consiguiente divorcio.

Enchufó la tetera y sacó una taza, titubeando ante una segunda. Debería mandarlo de vuelta a su rancho. Recordarle calentar los biberones y desearle suerte.

En ese momento Wyatt llenó el umbral de la cocina con su figura sólida. Se paralizó con la taza en la mano, mirando ese rostro serio. Sostenía a Darcy en un brazo en una postura peculiar.

Elli suspiró al tiempo que dejaba las tazas en la encimera. Había tomado las clases de maternidad acompañada de Tim. Por ese entonces, todo había sido felicidad y sonrisas mientras la instructora les enseñaba cómo hacer incluso las cosas más sencillas. Había bloqueado a propósito aquellos momentos por el dolor que le

causaban. Pero con Wyatt y Darcy a unos pasos de ella, volvían como un torrente agridulce. Se había sentido entusiasmada de quedar embarazada, pero también abrumada por la inminente responsabilidad de tener que cuidar de un bebé. ¿Cómo debía sentirse Wyatt, al que habían arrojado a una situación para la que no tenía ninguna preparación?

—Dame. Deja que te muestre cómo se hace —se acercó a él y tuvo cuidado de tocarlo lo menos posible. Con los dedos le rozó la franela suave de la camisa mientras le acomodaba a ese bebé rosadito tal como ella había sostenido a la muñeca en las clases. Forzó el dolor a un lado y se centró en la tarea que la ocupaba. Darcy alzó la vista, despreocupada. Elli movió levemente la mano de Wyatt—. Necesitas sostenerle más el cuello. Al principio, los bebés no pueden alzar la cabeza por sus propios medios. De modo que cuando la alces o la sostengas, has de cerciorarte de que disponga de ese apoyo.

La pegó más a él.

—Quizá debería llamar a alguien. Realmente no tengo ni idea. Estaría mejor con otra persona, ¿no? Tú misma lo dijiste. Soy un inútil para esto.

Sus ojos reflejaban indecisión y Elli se sintió avergonzada por haber dicho algo así, sabiendo lo hiriente que podía ser. Sin importar lo hosco o gruñón que hubiera sido Wyatt, podía ser más positiva que dedicarse a lanzarle insultos. Era evidente que intentaba hacer lo correcto.

—Nadie nació sabiendo cómo cuidar de un bebé. Y si lo que pone la carta es verdad, tú eres su familia. ¿Eso no cuenta?

—Más de lo que imaginas —repuso él sin júbilo en la voz—. Bueno, aquí la tenemos ahora. Yo he de dirigir un rancho. ¿Cómo ocuparme de un bebé y hacer todo lo demás?

Parecía que empezaba a pensar en el tema como algo más que una simple ayuda para conseguir que dejara de llorar. La tetera empezó a silbar y Elli tragó saliva.

—¿Te apetece un té?

—No, gracias —movió la cabeza—. Debería irme y tratar de pensar en una solución. Lo primero de todo es localizar a Barbara.

—Parece que le das mucha importancia a la familia y eso habla

bien en tu favor.

Él volvió a apretar la mandíbula y Elli se ruborizó un poco, sin saber cómo lo que había pretendido que fuera un cumplido había logrado ofender.

—La gente tiende a valorar lo que escasea.

El rubor en sus mejillas se intensificó y giró para servir el agua en la taza. Las pisadas de él sonaron al alejarse de la cocina y regresar al recibidor; cerró los ojos y suspiró aliviada.

Oyó que abría la puerta y de repente salió corriendo para alcanzarlo antes de que se marchara.

—¡Wyatt!

Él se detuvo ante la puerta abierta, con Darcy en ese momento al hombro y envuelta en la manta. Entró una ráfaga de viento y le agitó el pelo, haciendo que ella deseara arreglárselo.

—¿Si?

Esa respuesta monosilábica la devolvió a la tierra. Recordó otra cosa, como una página arrancada de un libro.

—Calienta el biberón en agua caliente. Luego vierte unas gotas del contenido en la parte interior de tu muñeca. Cuando la sientas templada, pero no caliente, será la temperatura adecuada.

Durante unos segundos mantuvieron las miradas y algo pasó entre ellos. Elli no quiso pensar en lo que podría ser. Dio un paso atrás y bajó la vista al suelo.

—Gracias —murmuró él.

Ella no volvió a alzar la vista hasta que oyó cómo el clic de la puerta los aislaba.

El resto de la tarde y mientras se preparaba un sándwich de jamón y queso para cenar, luchó consigo misma. La comida era un placer que rara vez se permitía ya. Los meses de crítica de Tim la habían empujado a encerrarse más en su dolor. Y como un ciclo

desagradable, cuanto más se aislaba, más se había satisfecho con comida. Los comentarios cortantes de él acerca de su figura habían representado sólo una parte hiriente de la desintegración de su matrimonio.

Colocó el plato en el lavavajillas y limpió las migas de la encimera. El problema era que no podía quitarse de la cabeza a Wyatt y a Darcy. Recordar cómo había muerto William había hecho que deseara huir de la situación a la máxima velocidad que pudieran llevarla sus piernas. Al mismo tiempo, sabía que quien sufriría mientras él se adaptaba a la situación impuesta sería la pequeña.

Se acercó a las ventanas que daban a los campos del sur y se preguntó cómo le estaría yendo en ese momento… si Darcy estaba gritando.

Se pasó las yemas de los dedos y experimentó una combinación de sorpresa y normalidad al descubrir que lloraba. Nunca había tenido la oportunidad de oír los gritos de William. La ausencia de éstos le había partido el corazón. Sacó un pañuelo de papel y se secó la humedad.

¿Qué iba a hacer Wyatt cuando tuviera que trabajar? ¿Había logrado alimentarla de forma apropiada? No era justo para Darcy pasar por el proceso de aprendizaje de él. Y lo único que le impedía ayudarlos era el miedo estúpido que la atenazaba. ¿Acaso no debería anteponer el bienestar de la pequeña a sus recelos?

Volvió a secarse los ojos y, antes de poder reconsiderarlo, recogió la chaqueta del perchero y realizó el breve trayecto a través de la hierba que la separaba de la casa de él.

* * *

Wyatt caminaba por el salón con Darcy al hombro y los labios húmedos de ella pegados a su cuello. En poco tiempo había adquirido un gran respeto por las madres que parecían manejar esas situaciones con aplomo.

Una llamada a la puerta quebró el silencio y Darcy adelantó las manos, sobresaltada. Un rápido vistazo le mostró que había vuelto a abrir los ojos. Contuvo la irritación y fue a abrir, rezando para que se tratara de Barbara para decirle que todo había sido un error.

Pero en su lugar encontró a Ellison Marchuk en el porche

desvencijado.

—Oh —dijo y la vio fruncir el ceño.

—Veo que estás decepcionado —comentó ella y metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

Wyatt tuvo que luchar contra la expansión que experimentó su pecho al volver a verla.

Esa tarde había sido un idiota. Había ido a verla pensando únicamente en conseguir ayuda, pero apenas había necesitado treinta segundos con ella para que sus prioridades cambiaran y sólo pudiera ser consciente de esa presencia perturbadora, de cómo las pestañas oscuras resaltaban los ojos azules o el modo en que el jersey le acentuaba las curvas. No estaba en absoluto decepcionado. Aunque debería estarlo.

—Para nada —musitó con voz ronca—. Sólo esperaba que fuera Barbara, nada mas.

—Lo solucionaría todo, ¿verdad? —le ofreció una sonrisa leve. La mirada de él se posó en sus labios carnosos—. ¿No vas a invitarme a pasar?

Por supuesto. Se hallaba allí quieto como un idiota, pensando en lo bonita que se la veía en esa chaqueta de lana. Se apartó y le sostuvo la puerta para que entrara.

Al instante vio su casa tal como la verían los ojos de ella… el marcado contraste con la impecable morada de clase alta de los Cameron. Procedían de dos mundos diferentes. La expresión de ella no podía dejarlo más claro.

—No he dispuesto de mucho tiempo para prestarle atención al interior —explicó, y luego se dio una patada mental por disculparse. ¡No tenía por qué hacerlo, por el amor de Dios! Era su casa y comprada con su propio dinero. Podía hacer con ella lo que le apeteciera. Sería un ranchero pobre si antepusiera arreglar el interior de la casa a la dirección del negocio.

—Imagino que has estado ocupado —respondió ella suavemente.

—Algo así —se obligó a apartar la vista del brillo de esos ojos que no se mitigaba ni siquiera a la tenue luz de la lámpara.

—Sólo quería ver cómo te iba con Darcy.

—Puedo bajarla exactamente siete minutos. Después de eso, se pone a llorar otra vez —acomodó el peso de la pequeña en el brazo—. Así que no paro de alzarla —inesperado y poderoso, el deseo volvió a golpearlo cuando ella le miró los brazos.

—A los bebés les gusta que los tengan acurrucados —murmuró Elli—. Piensa en ello. Si hubieras pasado los primeros nueve meses de tu vida en un lugar que siempre era cálido y acogedor, también querrías tener eso en el exterior.

Se dio cuenta de que se hallaba delante de la puerta con la chaqueta y los zapatos puestos. Se dijo que debería invitarla a pasar. Ese día ya lo había ayudado. Quizá podría volver a hacerlo.

—Lo siento… Ellison. Por favor, dame tu chaqueta y pasa. He logrado preparar café. Puedo ofrecerte una taza.

Ella se mostró complacida y sonrió. El corazón de Wyatt experimentó un ligero vuelco ante el modo en que le cambiaba el rostro, desterrando la seriedad y haciendo que casi volviera a parecer juvenil. Se quitó la chaqueta y la puso en su mano libre.

—Un café suena estupendo. Y, por favor, llámame Elli. Ellison es como me llama mi madre cuando está disgustada por algo que he hecho.

Se la veía tan dulce con esos ojos azules y la sonrisa tímida, que respondió sin pensar.

—¿Tú? —ella rió, el sonido más hermoso que había oído en mucho tiempo.

—Sí, yo. No permitas que el aspecto angelical te engañe, Black.

Giró y la condujo a la cocina mientras apretaba los labios. Desde luego que era un aspecto angelical. Eso ya lo había cautivado dos veces ese mismo día. Pensando en la pequeña que llevaba al hombro, decidió que con una complicación bastaba. No saldría nada bueno de coquetear con Elli Marchuk. Haría bien en recordarlo. Su vida estaba allí, en esa casa y ese rancho. Todo lo demás era pasajero, capaz de entrar y salir sin previo aviso. Había levantado su vida de esa manera a propósito. Lo último que quería era mostrarse tonto e impulsivo y terminar tan infeliz como lo habían sido sus padres.

Mientras sostenía la cabeza de Darcy, trató de acomodarla de nuevo en su asiento. Apenas le permitió sacar unas tazas del armario cuando la pequeña reanudó sus chillidos.

Suspiró. Uno de los motivos por los que nunca aspiraría a la paternidad.

—¿Le has dado el biberón ya?

La voz de Elli le sonó a crítica y se encrespó, sabiendo muy bien que se trataba de una pregunta legítima que, de todos modos, hizo que se sintiera inepto.

—Sí, se lo he dado. También ha eructado.

Los gritos se aquietaron cuando ella la alzó en brazos. Wyatt giró en el instante en que Darcy callaba por completo.

—Quizá está incómoda. ¿Tú qué dices, pequeña? —dirigió la conversación al bebé.

—¿Qué crees que le pasa? —inquirió él, dejando la cafetera en su base caliente.

El rostro de Elli mostró una expresión extraña, parecida a una mezcla de culpabilidad y pánico. Pero se desvaneció con rapidez.

—No sabría decirlo —contestó.

—Pero esta tarde te mostraste tan diestra con ella.

—Sólo fue suerte. Simplemente… recordé unas pocas cosas.

Wyatt llevó el café a la mesa.

—Me engañaste. Diste la impresión de saber exactamente lo que hacías —tanto, que hizo que se sintiera inepto, algo que despreciaba, ya que le gustaba tener el control.

Elli caminó por la cocina con Darcy en brazos. Pasado un rato, admitió:

—La verdad es que nunca antes he cuidado de un bebé. Las cosas que pensé eran cosas sobre las que había oído hablar. No que conocía por experiencia propia —alzó el mentón, zanjando el tema.

—Yo no tengo idea de lo que necesitan los bebés —reconoció él

—. La alimenté, le palmeé la espalda como me indicaste, la llevé a dormir, pero cada vez que la dejaba…

Casi gimió. Claro. Había olvidado una cosa importante. Había estado tan concentrado en recordar todos los pasos, que había olvidado por completo comprobarle los pañales. Aunque tampoco con eso tenía idea de lo que debía hacer.

—Probablemente ya es hora de que le cambien los pañales, ¿verdad? —agregó, intentando sonar casual. Ésa era la oportunidad perfecta. Elli debía de saber cómo hacerlo. Podía observarla para aprender para la próxima vez.

Pero ella rodeó la encimera y depositó a la pequeña en sus brazos.

—Aquí tienes, tío Wyatt —observó con ligereza—. Te toca el turno de los pañales. Yo me ocuparé del café. ¿Con leche y azúcar?

«Santo cielo», pensó él, mirando la carita fruncida de Darcy, hecho añicos su astuto plan.

Capítulo 3

Wyatt sostuvo a Darcy delante de él. En los últimos meses había hecho muchas cosas nuevas, pero eso se salía por completo de su ámbito. Por primera vez en la vida, iba a cambiar un pañal sucio.

Miró a Elli, quien servía azúcar en las tazas como si estuviera ajena a él. Lo último que deseaba era quedar como un tonto ante ella dos veces en un mismo día. Tenía cierto grado de orgullo, aparte de que por lo general se consideraba un hombre competente.

Pero no se sentía tan seguro cuando se trataba de seres humanos. Y no sólo bebés. Cada vez que veía a Ellison, parecía que la lengua se le hacía un nudo y de su boca no salía nada como lo había pensado.

Sacó un pañal de la bolsa y depositó al bebé sobre la manta. Le quitó el pijama y una especie de ropa interior de cuerpo entero y luego el pañal sucio. Se detuvo, inseguro, completamente fuera de su elemento. Darcy, que había estado chupándose dos dedos, se los sacó de la boca y comenzó a gritar otra vez en protesta contra el frío. Oyó que Elli iba a la nevera y regresaba junto a la encimera. Se negó a alzar la vista para comprobar si lo miraba.

—Aguanta, aguanta —musitó, tratando de recordar cómo le había quitado el pañal mojado con el fin de ponerle el nuevo de la misma manera—. ¿Siempre lloran tanto los bebés? —gruñó, acercando el pañal.

Elli fue a su lado y apoyó una mano en su brazo.

—Es el único modo de que disponen para transmitir lo que está mal —explicó.

La mano de ella en su brazo proyectó calidez, tranquilidad y amistad.

—¿Sabes cómo se hace? —le preguntó, alzando el pañal.

—Nunca antes he puesto uno… en un bebé —repuso, apartando la vista.

—¿Y qué quieres decir con eso? —bromeó, desconcertado por la expresión sombría que había aparecido en su cara.

—A un muñeco —respondió con labios firmes—. Le he puesto pañales a un muñeco.

Algo en su voz le llegó dentro y captó su atención.

Un desafío y, al mismo tiempo, un estado defensivo que no había esperado. Pero llegó a la conclusión de que no quería ahondar en las razones que Ellison podía o no tener para algo. Lo que no significaba que fuera insensible a sus sentimientos, fueran cuales fueren.

—¿Podemos descifrarlo juntos?

Volvió a mirarlo.

—Wyatt…

Él no pudo evitar posar la vista en sus labios. Eran rosados, con una forma bonita y de aspecto muy suave.

Se dijo que debía ir con mucho cuidado en ese terreno.

—¿Qué parte va atrás? —movió el pañal blanco.

—Creo que ésta —repuso, deslizando el pañal debajo del culito de Darcy, con las extensiones adhesivas en la parte de apoyo—. Y crema para pañales. Tiene que haber algo, ¿no?

Lo observó rebuscar en la bolsa y sacar un tubo. Cuando se lo entregó, los dedos de ambos se rozaron y ella retiró la mano con celeridad. El contacto pareció ir directamente a sus entrañas y contuvo el aliento una fracción de segundo.

—No muerde —bromeó Wyatt.

Elli forzó una sonrisa. Quizá no, pero no estaba tan segura de él. Titubeó y la aceptó. Vertió un poco en sus dedos, soslayando la sensación extraña de saber que Wyatt la observaba.

—No querrás que se le irrite la piel, ¿verdad? Porque entonces… —le subió la parte delantera del pañal y fue a pegarla con las tiras. Pero las dobló y se pegaron sobre sí mismas.

—Diablos, eso lo podría haber hecho yo —comentó él detrás de ella.

A Elli se le inflamaron las mejillas al percibir el humor en la voz

y se puso a reír. Si pensaba en ello, debía reconocer que era una situación cómica. Oyó la risita cálida de Wyatt detrás y luego sintió su cuerpo… ese cuerpo muy duro y cálido… pegado contra ella cuando la rodeó con los brazos para sacar otro pañal de la bolsa.

—Espero que esta vez lo hagamos bien —murmuró. Notó los labios tan cerca de su oído que sintió el calor del aliento de él. Contuvo un escalofrío delicioso.

—Más nos vale. De lo contrario, te vas a quedar sin pañales en un abrir y cerrar de ojos —volvió a deslizar el pañal por debajo de Darcy y en esa ocasión pegó bien las tiras a la cintura—. ¡Tachan! —se apartó de esa voz y cuerpo *sexys*. Evitó su mirada y con timidez alisó el jersey hasta cubrirse las caderas—. Ahora sólo tienes que volver a vestirla.

Fue a tirar el pañal sucio y a lavarse las manos.

Wyatt sacó ropa interior y un pijama limpios y con cuidado vistió a la pequeña. Luego la depositó en el asiento y suspiró, ordenando todo antes de ocupar su sitio a la mesa.

—No he dispuesto ni de dos momentos para tomarme un respiro. Y ahora he de darte las gracias otra vez.

—No ha sido nada —repuso ella con suavidad.

Wyatt entrecerró los ojos. Elli había bajado la guardia un momento, pero había algo en su voz, algo en la forma en que en ese instante rehusaba mirarlo a los ojos. Había sucedido varias veces ese día. Dicha evasión le revelaba que había muchas cosas que desconocía sobre Ellison Marchuk. Fuera lo que fuere, era asunto de ella. Bebió un sorbo de café.

El problema inmediato estaba resuelto, pero empezaba a ver que surgirían más. Carecía de artículos para bebés y apenas le quedaban un puñado de pañales y unos pocos biberones. Esa noche aún debía ocuparse de algunas tareas del rancho… y en los días siguientes le esperaban más arreglos de los que podía imaginar. Barbara había sido una necia al dejar al bebé allí. El lugar de Darcy estaba con su madre, no con él.

Elli observó a Wyatt por encima del borde de la taza. Casi podía ver cómo giraban los engranajes en su cabeza mientras pensaba en lo que hacer.

Estar con Darcy, sentir el cuerpo diminuto en sus brazos, resultaba tan agridulce que le llegaba directamente al alma, pero la alternativa había sido quedarse en casa y preocuparse por cómo cuidaría Wyatt del bebé al tiempo que se ocupaba de su rancho. Ya se lo veía exhausto y tenía ojeras de agotamiento y preocupación.

—No puedo darte las gracias de manera adecuada, Elli. Por dos veces hoy he estado al borde de mi límite.

Ella sabía que involucrarse en esa situación era un error. Wyatt necesitaba centrarse en lo bueno.

—Lo estás haciendo bien —respondió—. Pocos hombres tienen la paciencia de calmar a un bebé en brazos.

—Pero eso es todo —se mesó el pelo—. No soy tan paciente. Yo… no quiero perder la paciencia con ella.

Elli estaba segura de que no lo haría. Alargó la mano por encima de la mesa y le apretó el brazo.

—Creo que estás experimentado algo por lo que pasan todos los padres nuevos —indicó—. Quieres hacerlo todo bien. Ya puedo ver lo mucho que te preocupas por la pequeña, Wyatt. Harás lo que sea mejor.

—Ojalá tuviera tu seguridad.

Le sonrió, deseando acabarse el café y largarse de allí. En ese momento no sabía qué era más peligroso… Darcy y su fragancia dulce o el sombrío atractivo sexual de Wyatt.

—Estarás bien.

Se terminaba el café cuando él le preguntó abiertamente:

—¿Y si te quedaras a ayudar?

Dejó la taza con fuerza sobre la mesa.

—¿Qué?

—Sé que es una imposición enorme, pero necesito localizar a Barbara, y ocuparme de las tareas del rancho, y no puedo llevármela al granero conmigo ni dejarla aquí sola. Me gustaría contratarte para que me ayudaras.

El calor le encendió las mejillas. Wyatt no parecía la clase de hombre que admitiera flaquezas, y el hecho de que le pidiera eso era reconocer que se hallaba desbordado. Pero ella no era la solución.

—No estoy segura de servir como niñera —repuso, notando la tensión en su voz y reconociendo la fuente de la que procedía.

—Escucha, sólo sería temporal.

—Estoy segura de que en la ciudad habrá servicios profesionales que puedan ofrecer a alguien más cualificada.

—No puedo llevar este rancho y vigilarla al mismo tiempo. Necesito ayuda. Y si eres tú… —tosió y miró el asiento de Darcy—. Cuantas menos personas sepan sobre esto, al menos por ahora, mejor. No puedo estar seguro de que alguien no realice la llamada telefónica. Sólo quiero mantenerla segura y hacer lo correcto.

—¿Confías en mí, entonces?

—¿Existe algún motivo por el que no debería?

—No —movió la cabeza—. Sólo me siento sorprendida, eso es todo.

—Ahora mismo, estás tan metida en esto como yo.

Vio que él sonreía y ella no supo si sentirse aliviada o asustada. En cierto sentido, eso era lo que siempre había querido. Desde el instituto había sabido que quería tener niños, un hogar.

Volvió a pensar en sus amigos y en su familia. Le recordarían que ésa no era su casa ni su familia. Tendrían razón. Pero quizá había llegado la hora de enfrentarse a sus dolores. Y Wyatt… podía ver que era un hombre orgulloso, pero no tanto como para anteponer las necesidades propias a las de Darcy. ¿Cómo darle una negativa por respuesta cuando los motivos que lo impulsaban eran tan honestos?

Miró a su alrededor. Dios sabía que la casa necesitaba un toque femenino y que era triste cocinar para una persona. Ella lo sabía por propia experiencia.

—De acuerdo —respondió. Teniendo en cuenta su situación de desempleo, sería una tonta si lo rechazara. Pero sólo lo haría un tiempo, hasta que él pudiera arreglar las cosas. No podía crear un vínculo. Y sería muy fácil querer a ese bebé. Sabía que podría amar a

Darcy sin siquiera intentarlo.

Él suspiró de forma sonora.

—Gracias —manifestó aliviado—. No te haces idea de lo agradecido que te estoy.

—Hemos de hacer dos cosas —musitó ella—. Primero, Darcy necesita pañales, fórmula para recién nacidos, ropa. ¿Esto es lo único con lo que te la dejó su madre?

Wyatt asintió.

Elli suspiró. Si iba a enfrentarse a sus miedos, bien podía acometerlos todos. Quizá había llegado el momento de pasar página. En Calgary tenía una habitación llena de cosas para bebé sin usar. ¿Por qué las guardaba? ¿Cómo un altar para William? La entristeció pensar en ello. Si se las prestaba a Wyatt, al menos servirían para un uso práctico. Podría realizar un viaje rápido a Calgary, recogerlas y contarle a él que se las había dejado una conocida que no las necesitaba.

Él bebió un poco de café.

—Si buscas algo a corto plazo, sé dónde podría pedir prestadas algunas cosas. No es necesario que compres nada que quizá no vuelvas a utilizar. Tendría que hacer un viaje a Calgary mañana…

—Yo puedo ocuparme de Darcy en tu ausencia. No quiero desestabilizar tu vida por completo, Elli.

—Gracias, Wyatt —le alegraba ir sola. Le ahorraba muchas explicaciones en ambos extremos. Si no iba con Darcy, podría evitar las preguntas en la casa de sus padres. Y si Wyatt se quedaba ahí, no debía explicarle que poseía un ajuar completo para bebé—. Mientras tanto, tal vez consigas dar con Barbara.

—Estoy de acuerdo —se frotó el mentón en gesto pensativo—. No puedo evitar pensar que se encuentra en algún tipo de problema —se levantó y fue a dejar la taza en el fregadero, luego apoyó las manos en la encimera—. Encontré su número, pero no contesta. La dirección carecía de un número de calle. Aunque parece ser de Red Deer.

Red Deer. Ella tuvo una idea que quizá les solucionara todos los problemas. Se levantó y recogió el teléfono inalámbrico de la base.

—¿Puedo? Tal vez consiga localizar una dirección.

—Desde luego.

Marcó un número, luego apretó más teclas para hablar con una extensión y esperó que Joanne trabajara esa noche.

Tuvo suerte, pero la solicitud quedó sin respuesta. Cortó la comunicación y meditó unos momentos.

—No tuvo al bebé en Red Deer —explicó ceñuda—. De lo contrario, habría quedado un registro en el hospital. Probemos con Calgary.

—Creía que no daban información de los pacientes —comentó él, apoyándose en la encimera.

Estaba tan *sexy* que tuvo que tragar saliva. Se dijo que sólo se sentía cansada y que la oscuridad exterior hacía que la cocina resultara más acogedora de lo que realmente era. Aún podía sentir la forma de Wyatt pegada contra su espalda y trató de soslayar la reacción de su cuerpo ante el recuerdo.

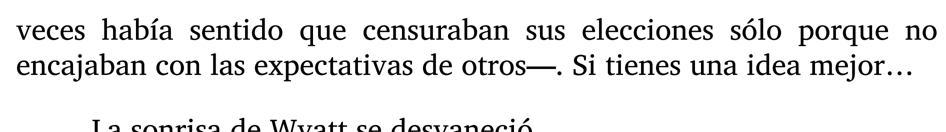
—Se supone que no lo hacen —volvió a activar el inalámbrico —. Yo solía trabajar en urgencias. Tengo amigos que me harán un favor, eso es todo.

Él sonrió y Elli contuvo el aliento. Fue una sonrisa pausada, traviesa, que no le había visto hasta ese momento. La clase de sonrisa que podía hacerle cosas extrañas y maravillosas a las intenciones de una mujer.

Wyatt la estudió y el teléfono se volvió resbaladizo en su mano a medida que su nerviosismo se incrementaba. Desde Tim no había estado tan a solas con un hombre. De hecho, se había esforzado en evitarlo. Y en ese momento él la sometía a una especie de hechizo.

Estaba allí por Darcy, nada más. Se comportaba como una buena vecina, aparte de que la oferta paliaría momentáneamente su situación económica precaria.

—¿Quieres que haga la llamada o no? —en su voz se proyectó una nota de irritación. Hacia él y hacia sí misma por preocuparse tanto por lo que pensara Wyatt Black. Su madre decía que, si viera un pájaro herido, querría cuidarlo. Siempre la había irritado la burla y la crítica que había en esas palabras. ¿Es que era algo malo? Tantas


veces había sentido que censuraban sus elecciones sólo porque no encajaban con las expectativas de otros—. Si tienes una idea mejor…

La sonrisa de Wyatt se desvaneció.

—Haz la llamada.

Marcó el número que conocía de memoria.

Cinco minutos después colgaba con la dirección apuntada en un bloc de notas.

—Dio a luz en Calgary. Tengo su dirección en Red Deer. Darcy tiene cinco semanas y tres días.

—Creo que deberíamos pasar a verla antes de que te marches a Calgary, ¿no te parece? —la miró.

Elli asintió con un nudo en el estómago. Barbara no estaría allí. Al mirar a Wyatt, pudo ver que ambos lo sabían. Lo único que sucedería al día siguiente sería la confirmación de lo que ya habían conjeturado.

—Hay otra cosa —Elli dejó el papel en la encimera—. Te nombró a ti como el familiar más próximo.

Wyatt se quedó boquiabierto.

—¿Sí?

—O está diciendo la verdad o ha planeado esto desde el principio. De algún modo…

—No tiene sentido, ¿verdad? Si no pensara quedarse con el bebé, habría venido a verme antes. O lo habría entregado en adopción.

Los dos pensaban en los mismos términos.

—Yo también lo creo.

—Lo que significa que, lo más probable, Darcy es realmente mi sobrina.

Elli jugueteó con el bolígrafo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Wyatt frunció el ceño.

—Sin ver a Barbara, sin hablar con ella… supongo que no podré estarlo. Los dos sabemos que no esperamos encontrarla mañana, ¿cierto? Pero no puedo imaginarla inventándose todo esto, Elli.

Ella tampoco. Demasiadas cosas encajaban.

—No ha mencionado el nombre del padre.

—Me da la impresión de que lo está haciendo sola —repuso él con voz cansada.

—Yo también.

—Entonces, lo mejor es encontrarla y hablar con ella, ¿verdad? —fue a la nevera, evitando la mirada de Elli—. ¿Has cenado? Yo no he probado bocado. Puedo prepararnos un sándwich o… —se irguió con un envase de rosbif en la mano.

A ella toda la conversación le resultaba surrealista. Esa mañana había estado trabajando en un encargo de contabilidad. Y esa noche contemplaba la idea de cenar unos sándwiches con Wyatt Black al tiempo que trataba de ayudarlo a descubrir qué hacer con un bebé.

Él cerró la puerta de la nevera sosteniendo en la mano la carne, mostaza y un envoltorio con lechuga. Ella volvió a declinar cuando él alzó la mano en gesto de invitación. Ya había cenado. Y los últimos cuatro kilos que quería perder no iban a desprenderse solos.

—No has mencionado a más familia.

—Porque no la hay —sacó un plato y colocó dos rebanadas de pan en él.

—De modo que, si Barbara es tu hermana, tal como afirma… —dejó la frase sin concluir.

—Entonces es la única familia que tengo —confirmó Wyatt.

A pesar de que las llamadas de su madre la volvían loca, al menos no estaba sola. Sabía que podía ir a casa y que le prepararía rollitos de primavera caseros y su padre la convencería de que se quedara a ver el partido de hockey. No podía imaginarse no tenerlos allí.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Elli? —inquirió mientras se

ocupaba con la preparación del sándwich.

—Supongo —mientras fuera una que no quisiera contestar. Y había muchas de ésas.

—¿Por qué aceptaste ayudarme?

No quería responder, simplemente porque había tantas respuestas posibles. Pero, si iban a cuidar de Darcy, ¿no debería al menos hacer el intento de mostrarse amigable? Sin duda podría soslayar el modo en que el pulso se le desbocaba cada vez que él estaba cerca o cómo se sonrojaba siempre que la tocaba.

—Escucha, voy a ser sincera en esto —comenzó—. Cuido la casa de los Cameron porque estoy en una de esas encrucijadas de la vida. He perdido el trabajo en una reducción de empleo y… —sintió que las palabras no querían salir de su boca, pero se obligó a soltarlas—. También me divorcié hace poco, de modo que acepté el encargo para que me cuadrara el presupuesto. He estado haciendo algunos cursos en línea para mejorar mi preparación. Pero en su mayor parte, estoy aquí, en este rincón apartado de Dios, conmigo misma por única compañía y sintiéndome bastante inútil, después de todo. Cuando apareciste hoy, quise ayudar. Porque Darcy es inocente. Y porque así puedo volver a sentirme algo útil. Por lo que, como podrás ver, tú también me estás ayudando.

Wyatt había dejado de masticar y puesto el sándwich en el plato durante la explicación de ella. Una vez terminada, ocultó su sorpresa, terminó el bocado que tenía en la boca y tragó.

—Apuesto que eso te ha resultado bueno —comentó, sonriendo.

—Lo ha sido. No tengo por costumbre ir por ahí contando mi vida —le devolvió una sonrisa insegura. A medida que pasaban los segundos, se dio cuenta de que se encontraban allí de pie, sonriéndose abiertamente el uno al otro, con un grado más de familiaridad. Avergonzada, giró con las manos en los bolsillos. Wyatt Black podía ser muy seductor cuando quería. Y apostaba que ni siquiera se daba cuenta de eso.

—Lamento lo de tu matrimonio.

Sus palabras eran sinceras y ella suspiró.

—Yo también. En primer lugar no deberíamos habernos casado. Se nos daba muy bien fingir que éramos lo que queríamos el uno del

otro. No es un mal hombre, simplemente… no era el hombre adecuado —perder a William había sido el último golpe para un matrimonio ya hundido. Eso era el verdadero dolor, la parte que no iba a compartir con Wyatt.

—Ésta tampoco es mi forma habitual de conocer a las personas —reconoció él—. De hecho… Tiendo a mantenerme apartado la mayor parte del tiempo.

—No lo había notado —lamentó mostrarse sarcástica, aunque su intención hubiera sido la de bromear. Fue una reacción al primer encuentro que habían tenido. Se apresuró a cambiar el giro de la situación pasando la pelota al campo de él—. Hay que ser justos. Ahora te toca a ti contarme algo de tu vida.

Se quedó un momento pensativo.

—No suelo hablar de mí.

—Yo tampoco de mí, pero me abrí. Me lo debes —enarcó una ceja y esbozó una sonrisa provocativa.

Con Darcy dormida apaciblemente, parte de la tensión se había disuelto y de pronto sólo eran un hombre y una mujer. Y a pesar del comienzo tormentoso que habían tenido, él empezaba a resultar un buen hombre. Resultaba agradable hablar con alguien que no pensara de ella «pobre Elli» cada vez que conversaban.

—El hecho de que estoy dispuesto a creer que Barbara es mi hermanastra te cuenta algo sobre mi vida familiar, ¿no crees?

—Doy por hecho que tus padres no estaban divorciados, entonces.

Wyatt movió la cabeza.

—No. Si Barbara es mi hermana, se debe a que mi padre tuvo una aventura con la madre de ella —dejó el resto del sándwich en el plato y lo apartó—. Sé que la madre de Barbara lo pasó mal para llegar a fin de mes. Puedes apostar que mi padre no le ofreció ninguna ayuda. Si es verdad que él fue su padre, las dejó solas. Mi padre…

Pero entonces calló, se levantó y fue a tirar el contenido del plato a la basura.

—Lo siento —eran las únicas palabras que se le ocurrían decir a

Elli. Cualquier otra cosa sonaría trillado y forzado.

Él se detuvo a su lado, lo bastante cerca como para que faltara un par de centímetros para que se tocaran. Olía a café, a aire fresco y a cuero… una combinación varonil que le mareó los sentidos. Esa poderosa proximidad la hizo contener el aliento.

—Nada cambiará quién era mi padre. No era un hombre muy bueno. Aunque no sea el padre de Barbara, sé que podría haberlo sido.

Elli giró la cabeza y miró a Darcy, dormida apaciblemente, y el corazón se le encogió. De algún modo, sus padres habían encontrado la fórmula mágica. Siempre habían tenido un matrimonio bueno y fuerte. Otro motivo por el que su fracaso dolía tanto.

—¿Y qué me dices de ti, Wyatt? —descubrió que quería saber, por el bien de Darcy y el suyo propio. Apoyó la mano en la manga de él—. ¿Eres un buen hombre?

Bajó la vista a los dedos que se posaban en su brazo. Luego sus ojos capturaron los de ella. Y de nuevo experimentó un nudo en el pecho, aunque por un motivo del todo diferente. Había algo tenso y misterioso en él, todo mezclado con una sensación de inaptitud. Hosco o sonriente, Wyatt Black no se parecía a ningún otro hombre que hubiera conocido.

—Lo dudo —contestó—. Sospechaba que los rumores acerca de mi padre eran ciertos, pero jamás pregunté, ignoré todo el asunto. ¿Qué indica eso sobre mí? Escondí la cabeza en la arena, como mi madre.

La confesión le suavizó el corazón.

—Pero no eres como él —musitó—. Eres demasiado bueno para eso.

Se apartó de la mano de ella.

—Ojalá pudiera estar tan seguro como tú.

Capítulo 4

Unas ojeras marcaban los ojos de Wyatt cuando abrió la puerta a la mañana siguiente. Se lo veía menos que magnífico embutido en unos vaqueros y una camiseta que habían conocido mejores tiempos. Tenía el pelo revuelto, como si se hubiera levantado de la cama unos momentos antes. La idea hizo que la sangre de Elli bullera en sus venas.

Entró para huir del frío. La casa de Wyatt, a pesar de su condición destartalada, estaba cálida y resultaba acogedora, y olía a un delicioso café recién hecho.

—¿Una noche dura?

Él enarcó una ceja y suspiró.

—Algo así. ¿Cómo lo has sabido?

Ella sonrió y le señaló la camisa.

—Suéltalo.

Él ladeó la cabeza para mirar la tela.

—Estoy lo bastante cansado como para no sentirme divertido —le ofreció una sonrisa irónica—. Apenas pude dormir unas horas. ¿Y tú?

Elli tampoco había dormido mucho. Había permanecido despierta en la cama largo rato, preguntándose cómo se estaría arreglando con Darcy y si la pequeña se habría dormido al final. Cuando al fin se sumió en una duermevela inquieta, había caído en una serie de sueños de Wyatt y William, entremezclados. Su cabeza no paraba de lanzarle advertencias en contra de involucrarse, pero su corazón insistía en contar otra historia, la de una niña inocente atrapada en una situación imposible.

—Me preocupé un poco por vosotros dos. ¿Cómo se encuentra Darcy ahora?

—Durmiendo.

No pudo evitar sentir un gran alivio. Necesitaban encontrar a la madre del bebé y enderezar otra vez las cosas. Aunque era escéptica de que ese día fueran a localizar a Barbara en su casa.

—Tienes un aspecto terrible, Wyatt —lo siguió a la cocina, con cuidado de no hacer ruido con los pies enfundados en calcetines—. ¿Has conseguido descansar algo?

Él se encogió de hombros y fue hacia la cafetera.

—Un poco y a ratos. Fue más duro que lo imaginado.

—¿Por qué no te vas a dormir? Me quedaré y cuidaré de Darcy —las palabras salieron con más seguridad que la que sentía.

Él le entregó una taza de café y volvió a oírlo suspirar. La noche anterior había pasado por su cabeza quedarse en la casa con Wyatt y echarle una mano, ya que era seguro que Darcy se despertaría durante la noche. Después de todo, era lo que hacían los bebés. Pero eso también significaría estar con él. La reacción visceral que le había inspirado la noche anterior había sido inesperada. Había sido atracción, elemental, sorprendente y poderosa. Quedarse a dormir allí no habría sido una buena idea, por lo que al anochecer había regresado a la casa de los Cameron.

—Estoy bien. Ya he dormido poco con anterioridad, Elli. En cuanto haya comido algo, podremos ir a la casa de Barbara. Cuanto antes hablemos con ella, mejor.

—¿No quieres ir solo?

—He pensado que tener a Darcy con nosotros podría ser una buena idea.

Tal vez Barbara comprendería que había cometido un error y el bebé volvería con su madre.

Sea como fuere, Barbara querría ver a su hija y comprobar que se hallaba bien.

Mientras ella bebía el café, Wyatt se preparó una tostada que untó generosamente con mermelada. En el último minuto se le ocurrió ofrecerle a Elli el plato, pero ella ya había tomado algo de fruta y yogur, por lo que declinó. La serenidad de la mañana ofrecía un cierto grado de intimidad. Los últimos meses los había pasado en una soledad absoluta. Compartir un café con alguien a la mesa de la cocina era un grado de intimidad que parecía desconocido. Pero, sorprendentemente, agradable. Quizá ya se había lamido las heridas en privado el tiempo suficiente.

Darcy seguía durmiendo cuando Wyatt regresó de cumplir con sus obligaciones, de modo que Elli la sujetó bien con las correas de seguridad para fijarla en el asiento del coche.

—Deberíamos cubrirla con una manta, ¿no? —la miró esperando una confirmación.

A pesar de su falta de experiencia, ella recurrió al sentido común.

—Es una mañana fresca. La manta es una buena idea —cuando iba a fijar el asiento en el habitáculo, recordó otra cosa de sus clases prenatales—. Los bebés deben ir en el asiento de atrás, Wyatt. Pero tú sólo tienes una furgoneta, ¿no?

—¿Quieres decir que no puedo llevarla en ella? —se detuvo con una mano en la manivela de la puerta del vehículo y con la otra se mesó el pelo.

—Tiene algo que ver con los *airbags*.

—No estoy hecho para esto —musitó él—. No imagino en qué pensaba Barbara cuando dejó a Darcy aquí —Elli no dijo nada—. ¿Y bien? ¿Cómo voy a meterla en la furgoneta?

—No lo sé —apretó los dientes, odiando reconocer que de verdad lo desconocía.

—Creía que las mujeres sabían sobre estas cosas.

—Vaya comentarlo sexista, si alguna vez he oído uno. Y de paso, no es la primera vez que lo sacas. Odio desilusionarte, Wyatt, pero el hecho de haber nacido mujer no significa que venga programada para estar al tanto de las necesidades de un bebé.

—Todas las chicas que conocí en el instituto hacían de canguro.

—A mí no me conociste en el instituto —cerró la boca y se dijo que debería haber permanecido en silencio. ¿Empezaría a hacerle preguntas? Y si lo hacía, ¿se las contestaría? Se mordió la lengua. No, no lo haría. No merecía saber sobre William. Ése era un tesoro que mantenía guardado junto a su corazón.

Él mostró sorpresa.

—Lo siento. Supongo que di por hecho que todas las mujeres

quieren hijos. No pretendía tocar un punto delicado.

Eso le dolió. Ningún bebé había sido más querido que el suyo. Parpadeó con velocidad y giró, abriendo la puerta delantera del vehículo.

—Espera aquí, iré a buscar mi coche —indicó, consciente de que su tono era menos que cordial, aunque importándole poco, irían a buscar a Barbara, Darcy regresaría al lugar que pertenecía y ella podría volver a dedicarse a soslayar a Wyatt tal como había hecho con anterioridad.

Al regresar, lo ayudó a fijar el asiento en la parte de atrás y cubrió a la pequeña con una manta para mantenerla cobijada. Parecía una muñeca de porcelana, toda rosada y blanca, con pestañas delicadas mientras dormía. Wyatt se detuvo un instante para observar a la pequeña y Elli vio que la expresión se le suavizaba al mirarla. Al descubrir que lo observaba, giró, sacando el torso de la parte posterior antes de cerrar la puerta. En el otro lado, Elli tocó el suave cabello negro y se cuestionó las circunstancias que la habían metido en medio de semejante situación. Wyatt podía ser irascible, pero se esforzaba y Elli supo que haría lo correcto con Darcy.

Lo inteligente sería resolverlo lo antes posible y seguir adelante.

Señaló el lado del conductor.

—¿Quieres llevarlo tú? Sabes adonde vamos.

Al recibir un gesto brusco de asentimiento, le entregó las llaves. Si no tenían suerte en la casa de Barbara, regresarían al rancho y ella iría a Calgary. Podía pasar por la casa de sus padres mientras éstos se hallaban en el trabajo. Antes no había conseguido convencerse de deshacerse de las cosas de William, pero ése era un buen momento. Alguien debería aprovecharlas.

El trayecto a Red Deer fue tranquilo, y cuando Wyatt se detuvo ante un pequeño *bungalow*, experimentó una sensación incómoda. No había ningún coche en el patio. Las persianas de las ventanas estaban todas cerradas. Ninguna flor estival adornaba el exterior como en los patios adyacentes.

Elli permaneció en el coche mientras Wyatt bajaba e iba a la puerta delantera. Llamó con la mano y luego al timbre. No obtuvo respuesta. Probó el picaporte; cerrado.

Al regresar al coche, suspiró y sus labios adoptaron una expresión sombría.

—No hay nadie. Y creo que no lo ha habido en bastante tiempo.

El rostro de Elli se demudó.

—¿Qué me dices de los amigos, de otra familia?

Él movió la cabeza.

—Ninguno que yo conozca. Hace años que no estoy en contacto con Barb.

Se preguntó qué hacer a continuación. La dirección era la única pista de la que había dispuesto. Ni siquiera sabía por dónde empezar a buscar, y seguía mostrándose reacio a recurrir a cualquier autoridad. Quizá no supiera mucho sobre bebés, pero cuanto más miraba a Darcy, más convencido quedaba de que era su sobrina. ¿Cómo hacerle algo así a la única familia que tenía en el mundo?

No podía. Así que dependía de él que se le ocurriera alguna idea.

—Wyatt, mira —Elli señaló la casa de al lado. Una mujer mayor, ligeramente encorvada y con cabello gris rizado, había salido. Se detuvo al ver el coche, luego recogió una lata para regar y se dirigió hacia un grifo situado en el costado de la casa.

—Vale la pena intentarlo —admitió él y volvió a bajar del coche —. Buenos días —saludó. La mujer alzó la vista y cerró el grifo cuando él se acercó.

—Buenos días —lo observó con ojos curiosos.

—Busco a Barbara Paulsen. Vive aquí, ¿verdad?

—¿Y usted es?

Wyatt tragó saliva. Debía dar una respuesta verdadera que tranquilizara a esa mujer que en ese momento lo miraba con bastante suspicacia.

—Familia, pero no la he visto en años. Ésta es la última

dirección que tengo de ella, pero no hay nadie en casa.

La contestación pareció apaciguar a la mujer.

—Vive aquí. Aunque no la vemos mucho. Es reservada. Apenas he visto a ese bebé que llevó a casa. Ha sido un verano estupendo y el año pasado plantó muchas petunias y claveles. Este año, nada.

Wyatt sintió un nudo en el estómago. Dejarle un bebé a un desconocido, cambios de comportamiento… no le gustó nada.

—No sabría dónde puede estar, ¿verdad?

—Lo siento —la mujer dejó la lata en el suelo—. La vi marcharse ayer por la mañana, pero desde entonces no he vuelto a verla. Puedo decirle que ha pasado a verla… —dejó que las palabras flotaran en el aire otoñal.

—Dígale que Wyatt ha estado aquí y que me gustaría verla —le sonrió, pensando que en ese momento le iría bien cualquier aliado que pudiera conseguir.

—Lo haré.

Le dio las gracias y regresó al coche. Seguían en el mismo punto, salvo que en ese momento sabía que no había vuelto a casa después de dejar a Darcy en la puerta de su casa el día anterior por la mañana.

No se podía hacer nada más salvo volver al rancho y tratar de trazar un plan en el camino. Lo primero era el bienestar de Darcy. No quería ir a la policía, pero como siguiera encontrando callejones sin salida, no le quedaría más alternativa.

Al sentarse al volante miró un momento al asiento trasero.

—Darcy sigue durmiendo. Volvamos a casa.

Elli asintió.

—Me gustaría ponerme en marcha. Hay varias cosas que puedo traer que harán que cuidarla resulte mucho más sencillo. Para empezar, un cochecito, que me permitirá sacarla a dar paseos, y algo mejor que un asiento de coche en el que dormir.

Él asintió y puso marcha atrás en el momento en que sonaba el móvil de Elli.

Mantuvo la vista en la carretera mientras ella hablaba por teléfono. Verla esa mañana había conseguido que el día pareciera más soleado. Durante un breve momento. Luego se había dado cuenta de semejante estupidez y la había desterrado.

Pero agradecía la ayudaba que le estaba prestando. Cualquier atracción que hubiera sentido la noche anterior en la intimidad de la cocina era fácil de aplastar. Él no estaba interesado. Desde luego, no en Elli. Era una mujer que tenía escrito complicación en la cara y Wyatt evitaba las complicaciones como si fueran la peste.

Y el fragmento que le había contado sobre su padre… no podía repetirse. Había sentido un extraño ánimo al oírla expresar semejante confianza en su temperamento. Pero desconocía la realidad. No sabía de dónde procedía.

Suspiró mientras ella seguía hablando por teléfono. Le gustara o no, por el momento Darcy era su responsabilidad. Si quería algo sencillo, se encontraba en la situación equivocada.

La voz de Elli se coló a través de sus pensamientos.

—Está aquí mismo —dijo—. Oh, Oh. Comprendo. Llegaremos pronto —cerró el aparato—. Wyatt, tengo buenas y malas noticias.

La miró inquieto. Vio que se mordía el labio inferior y experimentó el impulso momentáneo de eliminar a besos la preocupación que la embargaba, devolverle la sonrisa luminosa y relajada que recordaba.

Volvió a centrar la atención en la carretera.

—Adelante.

—Sé dónde está Barbara.

A pesar del alivio, supo que ésa era la buena noticia y que aún le faltaba por oír la mala y que no iba a gustarle.

—¿Y bien? ¿Dónde está?

—Fue ingresada en el hospital —guardó el móvil en el bolso y se irguió—. Ésa era mi amiga… a la que llamé ayer. Primero te llamó a ti, ya que eres el familiar más próximo. Al no poder localizarte, tuvo la inspiración de recurrir a mí.

¿Hospital? ¿Es que estaba enferma? ¿Barbara lo había buscado porque se hallaba enferma? Ninguno de los escenarios que pasaron por su cabeza fueron buenos. No dejó de pensar en la nota y en lo que había escrito de que no podía hacerlo.

—¿Está bien? —inquirió preocupado.

—Fue ingresada en el pabellón psiquiátrico.

Estuvo a punto de salirse de la carretera.

—¿Qué? —las manos comenzaron a temblarle sobre el volante y aparcó en el arcén.

En ese momento supo qué lo había inquietado sobre Barbara al leer la nota, la sensación incómoda que no había conseguido descifrar. La madre de ella había fallecido mientras él había estado trabajando en Fort St. John. La siguiente vez que regresó a casa y tomaba unas cervezas con unos amigos, había oído los rumores acerca de la muerte.

En aquel entonces apenas había prestado atención; los cotilleos de los pueblos pequeños no eran lo suyo. Pero en ese instante lo recordó y el recuerdo sólo incrementó su miedo.

—¿Está bien? —espetó, temeroso de la respuesta, la mente en la niña inocente que iba en el asiento de atrás y en el enorme dilema que planteaba todo eso.

—¿Te refieres físicamente?

Él asintió, bloqueando las imágenes que amenazaban con anegarle el cerebro con sus terribles posibilidades.

—¿Wyatt, qué sucede? Te has puesto pálido como una hoja de papel.

¿Cómo explicarle que ya se sentía culpable por haber guardado silencio durante todos esos años? De niños, era comprensible. Habría causado problemas en casa, unos problemas que intentaba evitar. Pero siendo adulto, podría haber ido a ver a Barbara y… ¿quién sabía? Habría estado lejos de la furia severa de su padre y de las miradas atemorizadas de su madre. Podría haber tenido familia.

Quizá eso no hubiera significado nada para su padre, pero sí para él. Cuando la madre de Barbara murió, había dejado que la vergüenza y el bochorno dominaran su sentido común.

Si no hubiera sido tan débil, quizá ella no se hubiera visto empujada hacia lo que en ese momento sospechaba.

Y no podía contarle nada del asunto a Elli. Apretó los dientes. Después de tanto tiempo, lo carcomía.

—Yo… el pabellón de psiquiatría —repitió con énfasis—. Eso no es bueno.

—Tú figuras como el familiar más próximo, recuerda. Al menos ahora sabemos dónde está. No obstante, se pondrán en contacto contigo.

—¿Sí? —giró la cabeza y estudió su perfil. Algo la atribulaba más que la situación. Lo había vislumbrado varias veces en las últimas veinticuatro horas. Como si recordara algo desagradable.

Elli asintió sin mirarlo.

—Oh, sí. ¿Una madre que acaba de dar a luz que aparece en urgencias y requiere una evaluación psiquiátrica? —finalmente lo miró con intensidad—. ¿No lo ves? Ya no puedes protegerla. Lo primero que querrán saber es dónde está el bebé.

Capítulo 5

Poco a poco, asimiló las palabras de Elli. Por supuesto. Había visto suficientes noticias en la tele como para saber que una madre que apareciera en urgencias sin su bebé activaría campanas de alarma. Y a eso se añadía el hecho de que en realidad desconocía en qué estado se hallaba Barb. Lo único que podía sentir era la pesada carga de que Darcy dependía completamente de él.

—Entonces, tenemos que ir, ¿no? —la situación había cambiado, había dejado de ser unos días de cuidar a un bebé para verse complicada por la burocracia, donde todo quedaría registrado y apuntado. Sintió que las paredes se cerraban en torno a él y lo odió.

Elli asintió.

—Sí. Si no lo hacemos… como ya te he dicho, tú figuras como el familiar más próximo. En cualquier caso, donde primero buscarán a Darcy será en tu casa. Y así… Bueno, no hará ningún mal que también examinen a la pequeña.

—¿Se la llevarán? —la miró, necesitando que le dijera que no. El sólo pensamiento de perder a Darcy ante unos completos desconocidos le resultaba incomprensible. Quizá no hubiera estado preparado, pero era familia. Sin duda eso tendría que contar para algo. Y tenía a Elli para ayudarlo. Lo inquietaba pensar en lo mucho que la necesitaba.

Ella sintió que el corazón le daba un vuelco al percibir la inseguridad y el temor de Wyatt. Ese hombre tenía mucho más que lo que le había atribuido en un principio. Quería hacer lo correcto con el bebé. ¿Cómo culparlo por ello?

No podía. De hecho, lo aplaudía.

Él comprobó la carretera por el retrovisor y luego realizó un giro de ciento ochenta grados para regresar por la dirección por la que habían estado yendo.

Tenía que darle una respuesta sincera.

—No lo sé, Wyatt. No trabajo en los servicios sociales, aunque imagino que querrán que se quede con su familia. Vayamos paso a paso, ¿te parece?

Él asintió, pero vio que tensaba la mandíbula. Alargó la mano y

le palmeó la pierna con intención amigable y para brindarle apoyo. Pero la impactó la intimidad del gesto, la calidez del muslo bajo la loneta de los vaqueros. El pequeño contacto la hizo sentir parte de algo y eso la asustó. Retiró la mano.

—Todo se arreglará —lo tranquilizó. Haría lo que fuera necesario para que fuera así.

En cuanto entraron en los límites de la ciudad, tardaron diez minutos en llegar al hospital. Ocuparon una plaza en el aparcamiento público y se dirigieron a urgencias.

—Yo me quedaré con Darcy —sugirió Elli, quitándole el asiento de la pequeña de la mano. Necesitaba espacio de él para pensar sin tenerlo siempre cerca.

Deseó que Barbara estuviera en cualquier parte menos ahí, en el Peter Lougheed Hospital, donde tenía compañeros de trabajo, muchos de los cuales habían sido amigos, aunque se habían ido distanciando desde la muerte de William y su divorcio de Tim. En los últimos meses había habido tantos silencios incómodos. Pero alzó el mentón. ¿Qué tenía que ocultar? Nada. Los murmullos ya no importaban, en absoluto, y estaba cansada de huir.

—Adelántate y habla con la enfermera de admisión —le sugirió a Wyatt—. Yo me quedaré en la sala de espera con Darcy. Empieza a despertarse y tú necesitas averiguar qué sucede.

Wyatt fue a la cola y habló con una enfermera mientras Elli ocupaba uno de los mullidos asientos de plástico. Desabrochó el cinturón de seguridad del asiento de Darcy y alzó al bebé, acunándola en el hueco del brazo.

Y sin quererlo perdió el corazón ante esa niña diminuta envuelta en la mantita rosada. Parpadeó varias veces y tragó saliva para eliminar el nudo que se le había formado en la garganta.

—Pequeña, tu tío Wyatt y yo vamos a hacer todo lo que esté a nuestro alcance por ti, te lo prometo.

Resultaba extraño unir sus nombres de esa manera, pero sabía que hablaba en serio. Ya le importaba mucho el bienestar de Darcy, y

Wyatt no podía hacerlo solo. No iba engañarse pensando que se trataba de algo más, sin importar cómo se le sobrecargaban los sentidos cuando él se encontraba cerca. No le interesaban los cuentos de hadas. Sólo quería reclamar su vida.

Wyatt regresó con la expresión sombría y cargada de preocupación.

—Su doctora quiere hablar con nosotros —explicó—. Con los dos, y desea ver a Darcy.

—Sí —asintió Elli—, pero la pequeña va a querer pronto un biberón.

Wyatt recogió el asiento de coche vacío.

—De acuerdo —relajó los hombros al darse la vuelta. Pero entonces volvió a girar y extendió su mano libre—. Gracias, Elli. Por todo lo que has hecho en las últimas veinticuatro horas. Ayuda saber que Darcy recibe los cuidados que merece, que yo… —calló y sus mejillas exhibieron un leve rubor—. Que yo no tengo que hacerlo solo. Significa más de lo que imaginas.

El contacto y las palabras aceleraron el corazón de Elli.

Las puertas se deslizaron a los costados cuando se acercaron. No los condujeron a un box con cortinas, sino a un cuarto con paredes y la enfermera cerró la puerta al marcharse. Esperaron unos momentos hasta que la doctora entró y cerró a su espalda.

—Señor Black, soy la doctora McKinnon —la mujer joven extendió la mano y Wyatt se la estrechó—. Soy yo quien ingresó a la señorita Paulsen esta mañana. Lo hicimos por una depresión postparto; durante los próximos días vamos a mantener unas sesiones con ella y a evaluarla.

—Me alegro mucho de que esté bien —repuso Wyatt con expresión inescrutable.

Elli lo notó. La emoción que le había mostrado hacía unos momentos se había desvanecido y en su lugar había una cautela que creía poder comprender. Ese hospital había sido su segundo hogar; sin embargo, no estaba más ansiosa que Wyatt de tener que responder a las preguntas que les iban a hacer. Un mes atrás estar en la sección de urgencias la habría llenado de pavor. Pero ese día, con Wyatt a su lado, no le importaba tanto.

La doctora McKinnon le sonrió a ella con amabilidad.

—Y Elli, me alegro de verte, aunque me sorprende en estas circunstancias.

—Gracias —respondió de forma sucinta.

—Señor Black, voy a hablarle del estado de su hermana, pero como puede entender, reinaba una seria preocupación por el bebé que acaba de tener.

—Sí, dejó a Darcy conmigo ayer —aportó Wyatt.

Elli notó que no se explayaba acerca de las circunstancias y cómo la había dejado, intentaba proteger a su hermana. Era admirable cómo siempre terminaba por asumir la responsabilidad, a pesar de la pesada carga que debía representar.

—¿A qué hora?

—Más o menos al mediodía —respondió sin vacilar. Encaró la mirada de la doctora con firmeza—. No estoy acostumbrado a los bebés, por lo que Elli me ha estado ayudando —en ese momento le sonrió a ella, pero con cierto nerviosismo.

Elli comprendió que buscaba su apoyo.

Le devolvió la sonrisa y luego se la ofreció a la doctora McKinnon.

—Entre los dos nos hemos estado arreglando.

—Pero hay que examinar a Darcy —aseveró la doctora con firmeza—. Elli, haré que Carrie te lleve a un box y pediré que bajen los pediatras de guardia. Mientras tanto, podré hablar con el señor Black sobre su hermana —su voz se suavizó al levantarse y detenerse para tocar la cabecita rosada de la pequeña—. ¿Eso te parece bien, jovencita?

La respuesta de Darcy fue llevarse dos dedos a la boca y comenzar a chuparlos.

—Me temo que tiene hambre —indicó Elli—. ¿Podría alguien calentarme un biberón? —ya no tenía acceso al resto del departamento, ni lo quería. Sospechaba que su presencia no había pasado desapercibida. Habría preguntas y murmullos después de que

apareciera con un bebé. Sabía lo que parecía. Resultaba incómodo teniendo en cuenta que Tim seguía trabajando allí. Pero la pérdida de su puesto se había debido a los recortes, así de simple.

Se cuestionó si haber permanecido casada con Tim habría marcado alguna diferencia en ese sentido. Entonces se preguntó si ella lo habría querido. Tenía el orgullo suficiente como para conocer la respuesta en el acto. A pesar de los aprietos económicos, que la echaran había sido una bendición que la liberaba para volver a empezar.

Con determinación volvió a sujetar a Darcy al asiento y recogió la bolsa de suministros. Que murmuraran. Eso no cambiaría nada. Ya no trabajaba allí, no tendría que ver a esa gente de forma habitual.

—Estoy segura de que eso se puede arreglar. Volveré enseguida, señor Black.

Abrió la puerta y Wyatt se puso de pie.

—Quédate con ella —le dijo a Elli con voz intensa—. Vendré a buscarte.

El corazón le dio un vuelco, ya que supo que hablaba en serio. A pesar de saber que se refería a Darcy, el efecto fue el mismo. Hizo que se sintiera cobijada, protegida. Wyatt haría lo que estuviera a su alcance para protegerlas a ambas.

Nunca había conocido a un hombre como él.

—No me apartaré de su lado —le prometió, sonriéndole levemente mientras seguía a la doctora McKinnon por la puerta.

En la recepción, su amiga Carrie colgó el teléfono.

—Ellison —se incorporó, rodeó la recepción y la abrazó—. Cielos, me alegro de verte.

—Hola, Carrie —sonrió ante esa recepción cálida. De todo el personal, Carrie había sido la única en mantenerse más normal cuando ella tuvo que pasar por su dura experiencia—, ¿eh?

La recepcionista sonrió.

—Ya conoces urgencias. Algo tiene que romper el aburrimiento.

—¿Puedes llevar a Elli a un box, Carrie? Y llama al doctor

Singh… tenemos que examinar al bebé —la doctora McKinnon le sonrió a Elli—. Me alegro de verte de nuevo, Ellison.

Regresó para continuar su reunión con Wyatt mientras Elli y Carrie se miraban.

—Busquemos un box —sugirió su amiga, abriendo el camino por la unidad. Entró en un cubículo con cortinas y depositó el asiento del bebé junto a la cama.

—Gracias, Carrie. ¿Podría pedirte que calentaras un biberón?

—Por supuesto. Pero qué sorpresa verte aquí con un bebé, cuando… —calló al tiempo que se sonrojaba—. Lo siento, Elli. Ha sido un comentarlo insensible.

—Ibas a decir «cuando ha pasado tan poco tiempo desde la muerte de William».

—Todos nos sentimos tan tristes por ti y por Tim.

Elli comprendió que pronunciar el nombre de William había sido más fácil de lo que había esperado. Y la mención de Tim no la perturbaba como podría haberlo hecho. Quizá también eso debía agradecérselo a Wyatt.

—Con el tiempo mejora —trató de sonreír en beneficio de Carrie —. No estoy segura de que alguna vez vaya a superar por completo la pérdida de William, pero en algún punto has de empezar a vivir de nuevo.

Sus propias palabras la dejaron atónita. Se preguntó si de verdad había dicho eso. ¿Empezar a vivir de nuevo?

—No puedo decir que te culpe… tu señor Black es agradable a los ojos.

—No es eso… —aunque la sola mención de Wyatt le subía la temperatura corporal.

—Qué pena.

Vio que Carrie la observaba con expresión divertida.

—¿Resulta tan obvio?

—Es muy atractivo. Tim se pondría celoso.

—Lo dudo —movió la cabeza—. Además, ya no importa.

Y se dio cuenta que lo sentía. Ya no importaba. ¿Cómo había sucedido todo eso sólo desde el día anterior?

—Iré a calentar el biberón.

Sola en el box, se sentó en el borde de la cama y se cubrió la boca en gesto de sorpresa.

—Bueno, supongo que si te caes al agua, tienes que nadar —murmuró.

Unos minutos más tarde, Carrie regresó con el biberón templado.

—Ojalá pudiera quedarme a charlar —dijo, tomándose un momento para sentarse junto a Elli. Ésta alzó a Darcy, la acomodó en su brazo y le ofreció el biberón. Cuando la pequeña comenzó a succionar la tetilla, Carrie suspiró—. Te he echado de menos. Pero sólo tengo un minuto. Discúlpame, Elli, pero… ¿duele? ¿Sólo saberlo?

No necesitó que se lo interpretaran. Desde luego que dolía saber lo que se había perdido. Le sonrió con melancolía a la mujer que había sido su compañera durante casi dos años.

—Un poco. Es preciosa, ¿no?

—Una muñeca. Y ese Black, ¿es su tío?

—Sí, y vive en el rancho de al lado donde me alojo yo en este momento. Gracias por llamarme hoy —añadió—. Habíamos ido a la casa de Barbara a buscarla, pero regresamos con las manos vacías.

—Miré por casualidad después de que me llamaras anoche. Esa mujer vino sola, pobrecilla. Necesita a alguien que le dé apoyo.

Y ese alguien era Wyatt. A Elli no se le ocurría nadie mejor.

En ese momento sonó el busca de Carrie.

—He de irme.

—No te preocupes, estaré bien.

A través de las cortinas se filtraban sonidos familiares, de hospital. Ahí se sentía en casa… los sonidos y los olores casi

conformaban una parte de ella.

Miró la carita de Darcy… los ojos cerrados con los párpados casi transparentes, una mano diminuta apoyada en el biberón como si quisiera evitar que desapareciera.

—¿Quién iba a imaginar lo importante que ibas a resultar ser? —susurró.

La cortina se abrió y entró Wyatt seguido de la doctora McKinnon.

—¿Cómo está?

Wyatt tenía una expresión atribulada, pero el miedo se había mitigado un poco. Elli le sonrió.

—Perfectamente. ¿Y tú? ¿Qué nuevas hay de Barb?

—Iré a verla —respondió.

Alargó la mano para arropar mejor a Darcy y Elli notó cuánto le temblaba la mano.

—¿Wyatt?

Al terminar, él alzó la vista.

—Me dejan visitarla, y luego… —carraspeó—. Y luego tengo que hablar con una asistente social.

El tono de su voz hacía que pareciera una tortura.

Trató de sonreír con expresión tranquilizadora.

—Todo apunta a que ella intenta conseguir ayuda, Wyatt. Eso es bueno. Y encaja con la carta que te dejó, ¿no crees?

—Eso espero. Es que… no quiero que vaya a un hogar de acogida, Elli.

—Lo sé y ellos también lo sabrán. En cuanto le hagan el chequeo a Darcy, iré a reunirme contigo. ¿Qué te parece… en la cafetería, abajo?

—De acuerdo. Nos veremos en cuanto haya hablado con Barb.

Parecía tan incómodo que Elli le proyectó todo su corazón. Se puso de pie, con Darcy reposando sobre su hombro, y se acercó a él. Se afanaba por hacer lo que era correcto y hacía años que no veía a su hermana. Y no estaba en circunstancias óptimas para una reunión.

Ya no le importó la presencia de la doctora o de cualquiera que pudiera entrar en la unidad. Alzó la mano libre y la posó levemente en su mejilla.

—Todo irá bien —murmuró—. Darcy se encuentra a salvo y Barbara está en buenas manos.

Sin decir una palabra, Wyatt le giró la palma de la mano y le dio un beso rápido. Tenía los labios cálidos y firmes en contraste con la barba incipiente. Ese gesto tierno le provocó un torrente de emociones, dulces e inesperadas.

Él carraspeó y enderezó los hombros.

—En la cafetería —le recordó, y sin decir otra palabra abandonó la zona protegida por las cortinas.

Elli se llevó la mano a los labios, aturdida por ese contacto íntimo, agitada y… complacida.

Pero comprendió que Wyatt sólo estaba reaccionando a la situación. Él mismo lo había dicho. Le daba las gracias por ayudarlo, nada más. Las emociones de todos andaban desbocadas. No podía proyectar un significado que no poseía.

Luchó por recordar que nunca había mostrado interés en conocerla hasta que Darcy entró en escena. Habían sido vecinos dos meses y sólo una vez sus caminos se habían cruzado. Y el primer día que se encontraron él le había gritado. No, la caricia significaba poco cuando la ponía en una perspectiva adecuada.

Se tomó un momento para cambiarle el pañal a Darcy, mucho más cómoda con la tarea que el día anterior y en menos tiempo que el que habría imaginado, la pequeña estuvo vestida y contenta.

La cortina volvió a abrirse y entró el doctor Singh. Al ver a Elli, su rostro se relajó y mostró una expresión complacida. Luego bajó la vista a Darcy y por su cara pasó una ráfaga de consternación.

Elli experimentó un nudo en el estómago. En los últimos meses había evitado ir al hospital para no tener que enfrentarse a las

explicaciones y a las condolencias.

—Tengo entendido que éste es nuestro bebé Paulsen perdido —ocultó la incomodidad momentánea con una sonrisa.

—Sí. Se llama Darcy.

—¿La has traído tú? —se acercó a la cama y observó a Darcy un momento.

—Sí y no. Darcy ha estado con el hermano de Barbara Paulsen, amigo mío. Yo sólo le he estado prestando algo de ayuda.

—Debe de ser un muy buen amigo.

—Un amigo necesitado es un amigo necesitado —citó, tratando de darle ligereza al momento. Sabía la impresión que daría si reconocía que se habían hecho amigos sólo el día anterior.

Aguardó mientras el doctor Singh sometía a Darcy a un chequeo exhaustivo. Luego se volvió hacia ella y sonrió.

—Se encuentra perfectamente sana —concluyó. Luego se sentó en el borde de la cama y la miró preocupado—. Quiero saber cómo lo llevas desde la muerte de William.

La preocupación del médico le resultó reconfortante. La gente no sabía qué decirle… eso lo entendía. Pero nadie preguntaba cómo se encontraba ella ni pronunciaba el nombre de William. Para todos los demás era «el bebé», como si jamás hubiera recibido un nombre. Como si eso fuera a conseguir que, de algún modo, fuera más fácil. Y no lo era.

—Me va bien. Ahora mejor —y se sintió feliz de saber que era cierto.

—¿Cómo terminaste cuidando de Darcy?

—Wyatt no sabía qué hacer —rió levemente—. La verdad es que yo tampoco, pero vivía en la casa de al lado —sonrió con sinceridad—. ¿Cómo se puede resistir a una carita como ésa? —indicó a la pequeña, aunque sabía que no era sólo Darcy quien contaba. Wyatt empezaba a convertirse más en un placer cada vez que estaban juntos.

El doctor Singh sonrió.

—No se puede. Sólo quiero asegurarme de que te sientes bien en

una situación como ésta. Sé que aún debes sufrir.

Elli tragó saliva, pero la sorprendió no sentir ni un amago de las lágrimas que había esperado.

—Sufro, por supuesto. Pero ahora es diferente y creo que ayudar a Darcy resulta bueno para mí. No puedo estar deseando siempre aquello que jamás será. He de mirar adelante en vez de atrás.

—Bien —el doctor Singh se levantó—. Me alegra oír eso. Es estupendo ver algunas rosas en tus mejillas, Ellison.

Las rosas se acentuaron más, pero Elli sabía que era Wyatt y sus caricias quienes las habían puesto allí. Y no quería empezar a sentir algo por él. Al fin empezaba a controlar sus emociones. Lo último que necesitaba era involucrarse otra vez con alguien.

Quizá debería considerar ese momento como un regalo hermoso. Por primera vez en meses se sentía viva.

—Gracias, doctor Singh. Wyatt estará ocupado con los servicios sociales porque sé que quiere cuidar de Darcy hasta que Barbara pueda volver a hacerlo. ¿Le parece bien si lo apunta como el pediatra de la pequeña?

—Desde luego.

Elli recogió sus cosas.

—Me ha alegrado volver a verlo, doctor.

—Lo mismo digo —sonrió y abandonó el box.

De pronto Elli se dio cuenta de que no había comido en todo el día. Al no ver rastro de Wyatt en la cafetería, se dirigió hacia la cola que había en las puertas oeste con el asiento del bebé en un brazo. Pensó que aguantaría con un café con leche y un bollo. Al regresar a la entrada de la cafetería cargando con todo, se topó con Wyatt.

—¿Dónde has estado? —susurró él.

Sus palabras proyectaban un deje duro, muy distintas que las últimas que le había dirigido.

—Fui a comprar algo para comer —explicó, palideciendo ante la expresión sombría de él.

—Tu elección del momento apesta —espetó.

—¿Sucede algo?

Por detrás del hombro de Wyatt surgió la voz de una mujer y Elli cerró los ojos. Había desaparecido con Darcy en el mismo momento en que Wyatt había ido a buscarla con…

—Ellison Marchuk, te presento a Gloria Hawkins, de los Servicios infantiles y Familiares.

Elli le entregó a Wyatt el café con leche, desaparecido su apetito.

—Señora Hawkins —dijo, sujetando bien a Darcy antes de extender la mano.

Capítulo 6

Había oscurecido cuando regresaron y durante el trayecto Wyatt había dispuesto de tiempo para calmarse. En ese momento miró la casa con ojos nuevos. En el transcurso de un solo día, su vida había cambiado. Ese *bungalow* y granja destartalados habían sido suficientes para él. Los había comprado porque les había visto potencial y había dispuesto de mucho tiempo para arreglarlos tal como quería. O eso había pensado.

Pero se trataba de una casa de soltero, con poca decoración y funcional. Tenía que convertirla en un hogar, cómoda y confortable. En ese momento había más cosas en juego. Necesitaba transformarse en un lugar para la familia. Sin importar lo que pasara a partir de ese instante, ya tenía una familia.

Elli estaba en la cocina preparando un plato con un ingrediente principal de pollo para la cena. Ya podía ver pequeños cambios en la casa y eso lo descolocaba. Su escritorio estaba ordenado… ella se había tomado la molestia de acomodar todo el caos que había tenido allí. No debería sentir como si tomara el mando… lo sabía. Le estaba ofreciendo una ayuda muy generosa. Pero, de algún modo, sentía como si la casa ya no fuera suya.

Darcy observaba desde su asiento y sus ojos oscuros seguían cada movimiento de Elli. Wyatt permaneció en la puerta, bebiendo una cerveza, luchando contra la falsa sensación de vida doméstica. Todo era temporal, en absoluto real. Darcy no era su hija y Elli no era su esposa. Era una situación a corto plazo. En breve las cosas volverían a la normalidad.

No podía negar que había tenido destellos de atracción en el último día y medio, pero en realidad no estaba interesado en Elli. Sabía que ella tampoco en él. Cualquier cosa que hubiera pasado hasta ese momento, se debía a la situación extraordinaria en la que se hallaban. Cuando todo se asentara, cada uno volvería a su vida anterior.

Pero la realidad era que hasta que Barbara estuviera lo bastante bien como para cuidar de su hija, tenía trabajo que hacer para convertir ése en un hogar familiar. Se lo había prometido a la asistente social en el hospital.

Había estado muy nervioso por temor a que se llevaran a la pequeña a un hogar de acogida. Y le había gruñido a Elli por no estar

presente en el acto. Ella no había hecho nada malo. Y se había mantenido serena mientras llevaba el peso de la reunión. Se había mostrado ecuánime, elocuente y tranquilizadora cuando él había tenido un susto de muerte. No permitiría que eso se repitiera.

—¿Te gusta la calabaza?

La voz de Elli interrumpió sus pensamientos y se irguió.

—Sí, supongo.

—¿Supones? —terminó de secar una cuchara y la dejó en la encimera mientras lo cuestionaba con la mirada.

Tuvo que reconocer que era una mujer hermosa, pero no de un modo llamativo. Al principio su aspecto parecía corriente, pero crecía en un hombre… la piel resplandeciente, las vetas doradas en el cabello. El modo en que la ropa parecía ceñirle las curvas y cómo esas curvas atrapaban la vista. Y, por encima de todo, esos ojos que siempre lo cautivaban.

Esa caricia en urgencias había sido un error provocado por la comprensión que ella había mostrado y por el hecho de que se hallaba allí sólo por él. Lo había vuelto a sentir cuando había tratado de explicarle a la asistente social por qué era tan importante que se quedara con Darcy. Se había atascado buscando las palabras adecuadas, pero Elli había apoyado una mano en su brazo y le había sonreído.

—Mi madre solía hacerla al horno —explicó, entrando y dejando la botella de cerveza vacía junto al fregadero.

Elli sonrió, su rostro un mar de paz y satisfacción. Parecía tan en casa, tan… feliz. Wyatt se preguntó cómo podía ser después de que la hubiera arrastrado a esa situación, poniéndole la vida del revés.

—Puedo hacerlo —indicó ella—. En cuanto encuentre una fuente para el horno.

Él sacó una y la dejó sobre la encimera.

—Te gusta cocinar —afirmó, comenzando a relajarse. Su versión de cocinar consistía en asar patatas y freír un filete.

—Sí —respondió sin dejar de sonreír. Tomó una calabaza pequeña y la cortó en cuatro partes, le limpió el corazón y untó la

superficie anaranjada con una mezcla de azúcar moreno y mantequilla. En unos segundos la metió en el horno junto al pollo—. Mi madre me enseñó a cocinar siendo yo joven. Fue una de las pocas cosas que hicimos juntas. Aunque jamás dominé la técnica de sus bolitas de pasta rellenas. Es lo mejor que he comido nunca.

Wyatt se apoyó en la encimera y tocó la manita de Darcy con su dedo. El bebé lo agarró y lo movió arriba y abajo mientras él sonreía. Le gustaba la pequeña… cuando no estaba llorando. Las necesidades de un bebé eran sencillas y eso le agradaba. Suponía que eran tener comida, el trasero seco y amor.

En ese momento echó de menos a su madre con una intensidad que lo conmocionó. Habían pasado cinco años, pero de vez en cuando el dolor parecía surgir de la nada. Su dedo dejó de moverse con Darcy y tragó saliva.

—¿Wyatt? —Elli lo miró con curiosidad—. ¿Estás bien? De repente tienes una expresión rara.

Desterró su tristeza. No supo qué le había pasado, ya que nunca dejaba que lo dominara el sentimentalismo. Quizá fuera Elli. Supuso que le había recordado a su madre. Ésta había sido quien de niño había convertido su casa en un hogar y comprendió que Elli en ese momento hacía lo mismo con Darcy y con él.

—Pensaba en mi madre —contestó con cautela—. ¿Sabes?, me la has recordado. Siempre estaba cocinando y sonriendo. No me había dado cuenta de cuánto echaba eso de menos.

La sonrisa de ella se desvaneció y se mostró levemente ceñuda.

—¿Te recuerdo a tu madre?

Al parecer, no era eso lo que había esperado oír. Tardíamente, comprendió que la mayoría de las mujeres no la consideraría una comparación atractiva, intentó encontrar las palabras adecuadas.

—Sólo en lo mejor, Elli. Ella fue quien convirtió nuestra casa en un hogar. Tú haces lo mismo para Darcy y para mí sin siquiera darte cuenta —al ver el dolor en su cara, se maldijo, sin saber qué había dicho que pudiera ponerla así cuando sólo intentaba ofrecerle un cumplido—. Lamento si he dicho algo que te perturbara.

—No lo has hecho —murmuró, aunque sin mirarlo a los ojos.

—¿Quieres hablar de ello?

No pudo creer que se lo estuviera preguntando. Pero ese día había captado fragmentos de conversación que mostraban que había más cosas en la historia de Elli y sentía curiosidad por descubrirla.

—No hay nada de qué hablar —insistió ella, removiendo algo que había al fuego.

Pero sabía que no era verdad. Él mismo había dicho eso mil veces.

—¿Qué te ha parecido Barbara? No lo has mencionado —inquirió, aún de espaldas y con un ligero temblor en la voz.

Una parte de él quiso insistir y otra le dijo que lo dejara. Si ella hubiera querido hablar, no habría cambiado de tema.

Pero no sabía cómo proseguir. El tema de Barbara también era duro. En cuanto entró en la habitación, su hermanastra había empezado a llorar y a disculparse. El doctor que la trataba había ido con él y Wyatt había dejado que llevara la reunión. Sereno pero compasivo. Aunque el problema radicaba en que él jamás se había visto como un hombre compasivo.

De modo que Barbara había llorado y él la había abrazado incómodo. Ella se había disculpado y él había tratado de decir las palabras apropiadas… que lo más importante en ese momento era que se pusiera bien. Había insistido en que Darcy estaba muy bien cuidada.

—Fue extraño verla. Era como la Barbara que recordaba, pero no lo era, irradiaba una energía que no terminaba de encajar.

Elli asintió.

—Ahora tiene la perspectiva distorsionada y está asustada. Cuando trabajaba en urgencias…

Calló, pero Wyatt quería saber. Había trabajado en la misma recepción en la que él había preguntado ese día por su hermana. Había sido una jornada tan ajetreada que no había podido preguntar cómo le había afectado.

—Cuando trabajabas en urgencias —instó.

—Sólo iba a comentar que veíamos muchos pacientes mentalmente enfermos. Gente que, por un motivo u otro, no era capaz de hacerle frente a la vida. Que Barbara pudiera reconocerlo en sí misma, que ingresara por voluntad propia… —lo miró—. Fue un acto valeroso. Desde luego, nada por lo que juzgarla.

—¿Yo la he juzgado? —se irguió sorprendido. Se preguntó si la había juzgado o simplemente si se había mostrado preocupado.

—No, pero yo sí. En cuanto leí su nota y vi a Darcy. Es algo que lamento.

Volvió a centrarse en el fuego. Wyatt observó su espalda unos momentos antes de avanzar y posar una mano en su hombro.

—Yo también. Me pregunté cómo una madre podía hacerle eso a un bebé. Hoy entendí el valor que necesitó para llevar a cabo lo que hizo.

—Gracias —murmuró Elli.

Él retiró la mano y en el acto echó de menos el calor que había recibido a través de la palma. La metió en el bolsillo.

—Tres veces preguntó dónde estaba Darcy. Al final se agitó tanto, que la doctora sugirió que fuera a verla más tarde. La tranquilizó diciéndole que Darcy recibía el mejor de los cuidados. Sentí mucha presión cuando dijo eso.

—Haces todo lo que puedes. Y ella tiene un historial de buena salud. No seas duro contigo mismo.

Era imposible no serlo. Como mínimo, resaltaba su fracaso como hermano. Quizá si hubiera hecho un esfuerzo años atrás, eso jamás habría sucedido.

—Se va a poner bien… eso es lo principal. Fue más fácil hablar con su doctora. Pareció complacida de que preguntara tanto por Darcy. De que hubiera tomado pasos para asegurarse de que el bebé recibía cuidados.

Recordó las palabras de su madre en la graduación del instituto, cuando a su padre no se lo veía por ninguna parte: «No pienses en tu padre —le había dicho, tomándole la mano—. Recuerda esto. La familia es importante. No permitas que tu padre te enseñe otra cosa. La familia lo es todo».

Entonces los ojos se le habían anegado de lágrimas. «Tú lo eres todo, Wyatt».

En ese instante comprendió que en todo momento debió de saber de la existencia de Barbara. Y aun así, permaneció con su padre. Ya jamás conocería la razón.

—Debí estar allí —confesó, quitándose un peso de los hombros —. En el fondo sabía que era mi hermana. Sabía lo que le había pasado a su madre y yo fingí que ella no existía. Si sólo…

—No —lo interrumpió Elli con firmeza—. No te culpes. Eras un adolescente. No existe un antes. Únicamente el ahora —parpadeó con rapidez—. Únicamente existe el ahora.

—¿Seguimos hablando de Barbara o lo hacemos de ti? —el corazón le latió con fuerza cuando ella lo volvió a mirar. No podía resistirse a Elli cuando hacía eso. Años de elegir estar solo no lo habían vuelto inmune a una mujer hermosa. Podía racionalizar todo lo que quería, pero la verdad era que no quería a cualquier mujer… la quería a ella.

Quería una conexión con otro ser humano, algo que lo anclara con el fin de no sentir que giraba fuera de control. Elli parecía llegar hasta él sin siquiera intentarlo.

Avanzó, le tomó el rostro entre las manos y la besó. Todas las recriminaciones se evaporaron: todas las dudas se esparcieron como una voluta de humo. Nada importó durante unos segundos felices. Sólo estaba Elli, su piel suave, el sabor húmedo de sus labios, el cuerpo próximo. Dios, había necesitado eso. Y cuando ella emitió un gemido suave, ahondó el beso.

La sorpresa fue el primer sentimiento de Elli, eliminada con celeridad ante la sensación de los labios de Wyatt en los suyos y las manos que le sostenían el rostro como un cáliz. Todo el día sus emociones habían estado casi a flor de piel, pero había mantenido la serenidad durante todas las horas en el hospital e incluso al sacar todas las cosas de William en la casa de su madre. Esa noche, a solas con él, había estado a punto de dejar escapar las palabras. Sin embargo, no había podido. Pero, de algún modo, él parecía saberlo de todas maneras.

Sus labios eran suaves y la barba incipiente en su mentón hacían que la combinación fuera electrizante.

Cuando profundizó el beso, le correspondió y la excitación le recorrió el cuerpo en oleadas en el momento en que le rodeó la cintura con los brazos y la pegó más a él.

Los puntos en los que sus cuerpos se tocaban estaban vivos y se sintió jubilosa, sabiendo que habían pasado varios meses largos y solitarios desde que sintiera una conexión tan intensa con alguien. Elemental, descarnada, femenina.

Suavizó el beso, pasando las manos por sus hombros antes de bajarlas por sus brazos mientras separaba los labios de los de Elli. Mantuvo la boca a simples centímetros de ella mientras jadeaban en la silenciosa cocina.

—¿Por qué has hecho eso? —susurró ella, pero las sílabas sonaron con claridad. El beso había hecho que volviera a sentirse una mujer. Aunque quería oírselo decir a él. Necesitaba que reconociera la química. Había desesperado de volver a inspirársela a un hombre.

—No sé qué me ha pasado.

Por una vez, Elli se negó a dejar que hablara su voz interior. Sabía lo que diría… que no la encontraba atractiva, inventaría excusas. Pero no las quería. Quería creer en el poder de la misma acción. Quería creer en la atracción que había sentido vibrar entre ellos.

Desesperadamente necesitaba creer que había valido la pena. Mientras Wyatt no se disculpara. Eso no podría soportarlo.

—Así que fue porque… —apoyó las manos en sus brazos y ella mantuvo las suyas en la cintura de él—. No dejas de mirarme y yo… —calló, retrocedió y bajó las manos.

—¿Tú? —instó ella. Quería que pronunciara las palabras. Todo su cuerpo se lo suplicaba.

—Yo no puedo evitarlo.

La dulzura de la declaración la llenó. Eso era lo que había estado echando de menos. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se había sentido una mujer deseable? Tenía el cabello demasiado lacio, el trasero demasiado ancho. Aún llevaba peso adicional alrededor del estómago debido al embarazo. Pero al atractivo Wyatt Black nada de eso parecía importarle.

—Pero probablemente fue un error —la miró—. No podemos dejar que esto complique las cosas, Elli. Hemos de anteponer a Darcy.

Y con esa facilidad la burbuja estalló, llevándose la efervescencia del momento. Claro que debían anteponer a Darcy. Ya había recalcado cómo el bebé era el centro para ellos dos en ese momento y cómo que tuviera a dos personas era infinitamente mejor que tener a una sola. La niña era la máxima prioridad y ella estaba dejando que su vanidad se interpusiera en el camino.

Pero dolía. Y no sabía por qué. No debería importar. ¿Adonde conduciría? A ninguna parte. Él tenía toda la razón.

—Por supuesto —se recobró, recogió las manoplas y fue al horno para sacar el pollo, importaba y sabía por qué. Estaba viendo un lado nuevo de Wyatt y le gustaba. Y él empezaba a importarle.

—Elli… no sé cómo darte las gracias por todo esto —miró a Darcy con una ternura nueva.

Era ella quien debería darle las gracias por sacarla de su media existencia y volver a darle un objetivo. Por sentirse otra vez, después de tantos meses, una mujer. Y también se preguntó si sabría que él mismo había caído rendido ante su sobrina.

—De nada.

Con Darcy durmiendo, llevó los platos a la mesa y se sentaron.

La luz estaba tenue y sus voces bajas mientras comentaban lo sucedido en el hospital. No fue hasta que Wyatt sugirió que se quedara cuando guardó un silencio prolongado.

—¿Qué quieres decir con que me quede?

Él dejó su tenedor en el plato.

—Le contamos a la asistente social que me estabas ayudando, ¿no?

—Sí, lo sé, pero…

—Pero yo también tengo ganado del que ocuparme, Elli. Sé que Darcy es mi responsabilidad, pero no veo cómo puedo quedarme despierto con ella toda la noche y trabajar todo el día —hizo una pausa—. Deberíamos hablar de tu salario. No espero que lo hagas por

nada. Ya has hecho más que suficiente estos dos últimos días.

El rostro de ella se encendió. No deseaba que esa discusión se centrara en el dinero.

—Podremos hablar de ello luego.

—Pero, Elli…

—No hay prisa, Wyatt. Ayudarte con Darcy no me está apartando de nada más importante, te lo prometo.

—Entonces, ¿te quedarás?

La idea resultaba tan seductora. No se lo reconocería, pero la casa de los Cameron era grande, hermosa e increíblemente solitaria. Pero sabía que estar en la casa de Wyatt las veinticuatro horas del día, toda la semana, era un camino seguro para el dolor.

—Estaré al lado si me necesitas.

La miró fijamente unos segundos antes de ponerse a comer otra vez. Dio dos bocados y volvió a dejar los cubiertos demasiado sonoros en el incómodo silencio.

—¿Tiene algo que ver con que te haya besado hace un rato, Elli?

La miraba con intensidad, como si intentara entenderlo. Pero, desde luego, no podía.

—No, Wyatt, de verdad —sólo era una mentira parcial.

—Puedes quedarte con la cama —indicó con voz ronca y baja—. No me importa dormir en el sofá.

—Wyatt… —lo hacía tan difícil. ¿Cómo iba a poder dormir en la cama, sabiendo que estaba pasillo abajo, encogido en el sofá pequeño? Sólo pensar en ello le desbocaba el pulso—. Puedo ayudarte, pero debes entender… Tengo compromisos. Estoy tomando cursos de contabilidad —era una excusa pobre, más después de decirle que no había nada acuciante. Podía completar los cursos en su ordenador portátil y enviarlos por correo electrónico.

Él guardó silencio unos momentos y el estómago de Elli se llenó de mariposas.

—Elli, lo único que no puedo permitir es que el bebé vaya a un

hogar de acogida. Lo prometí. Y no puedo hacerlo solo. Anoche apenas conseguí dormir unas horas. Te necesito. Te necesito.

Hacía poco que lo conocía, pero lo había considerado demasiado orgulloso y obstinado para admitir algo así.

No la necesitaba a ella… necesitaba su ayuda, pero no a ella. Sus compromisos eran una excusa y había estado esperando la oportunidad de hacer algo importante; entonces, ¿qué la retenía? ¿Es que no confiaba en sí misma lo suficiente como para ser inteligente?

¿Es que Darcy no lo merecía? Si se tratara de William, ¿no querría que alguien hiciera lo mismo?

Desde luego. Se hallaba en una posición única para ayudar a un bebé. Negarse por razones personales iba más allá de lo egoísta.

—¿Qué te hace pensar que podrían llevársela? —bebió un sorbo de agua. Se dijo que podría ser una buena oportunidad de averiguar más cosas sobre él.

—Mira este lugar —apartó el plato—. No es el retrato de un hogar familiar. No estoy organizado para una recién nacida. Soy un hombre soltero sin experiencia con bebés. Todo eso juega en mi contra. No puedo ofrecerles más munición. Necesito convertir este lugar en un hogar familiar.

—Sabes que su objetivo es mantener a los niños con la familia.

Pero Wyatt lo descartó con un encogimiento de hombros.

—Puede, pero no hay garantías. No sabes lo que significa para un bebé que se lo lleven lejos de su hogar.

Notó el dolor en su voz.

—Darcy sólo tiene unos meses. No lo recordaría, Wyatt.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes si otra persona sería amable? ¿Qué pasa con Barbara? ¿Sabes lo que dijo la doctora? Que Barbara había dado pasos para asegurarse de que Darcy se hallara a salvo. Se retiró de la situación. Dejó a Darcy al cuidado de alguien en quien confiaba. A pesar de encontrarse enferma, tomó decisiones de buena madre. No traicionaré la fe que depositó en mí.

—Wyatt —trató de contener la agitación ante sus palabras

vehementes. Alargó la mano y la apoyó en su muñeca—. ¿Cuándo sucedió? —preguntó con gentileza.

Él giró la cabeza a la izquierda y miró por la ventana a la incipiente oscuridad.

—¿De qué hablas?

Le apretó la muñeca.

—¿Cuántos años tenías cuando te apartaron de tu hogar? —él quiso retirarse, pero ella mantuvo con firmeza aferrada su muñeca.

—Nueve años —replicó con tono de desafío.

—Oh, Wyatt.

—Estuve fuera una semana entera. Eso es todo. Fue demasiado larga. Me fugué dos veces tratando de regresar a casa. Me dejaron hacerlo cuando él les dio su palabra.

—¿Sobre qué? —casi temió cuál podría ser la respuesta.

—No golpearme más.

—¿Te golpeó? —su boca le supo a bilis.

—No. Al menos no con los puños. Pero ya había hecho suficiente. Siempre supe de qué era capaz.

—¿No te daba miedo volver a casa?

Wyatt le giró la mano y estudió los dedos entrelazados con los suyos. Apretó la mandíbula.

—No podía dejar allí a mi madre —respondió con sencillez—. Tenía que estar con ella. Sólo nos teníamos el uno al otro, ¿sabes? ¿A quién tiene Barbara si no es a mí? ¿A quién tiene Darcy?

En ese momento encajaron tantas cosas, incluida su necesidad de hacer las cosas bien. ¿Es que creía que era como su padre?

—Wyatt, tú nunca podrías ser como él, ¿lo sabes, verdad? Su mirada fue torturada al estudiarle la cara.

—¿Cómo lo sé? Cuando Darcy llora y yo no sé cómo hacer que pare…

—Te pones a caminar con ella en brazos. Acudiste a mí en busca de ayuda. ¿No lo ves? Lo estás haciendo bien. Eres paciente y cariñoso. Eres el hombre que él jamás fue, Wyatt, lo sé —la mirada de él se iluminó antes de apartarla—. De acuerdo. Traeré algunas cosas. No tendrás que preocuparte de que te quiten a Darcy.

El alivio le suavizó las facciones.

—Bien. Porque aún tendremos que demostrárselo a los servicios sociales cuando vengan aquí —se levantó y llevó el plato al fregadero antes de tomar a Darcy y acunarla en sus brazos.

Capítulo 7

Cuando Elli regresó de la casa de los Cameron con una bolsa, Wyatt se hallaba en el centro del salón montando un corralito que ella había llevado de la casa de su madre. Contuvo el aliento, ya que ese mismo corralito había estado destinado para William, y no logró ahogar por completo la furia y el dolor de saber que jamás lo usaría.

Pero lo mejor era que lo disfrutara Darcy y que sirviera para algo.

Arrinconó sus pensamientos atribulados y sonrió ante los gruñidos de él.

—¿Te diviertes?

Ceñudo, él alzó la vista.

—Las cosas de bebés tienen demasiados botones y palancas —se irguió, tiró del costado del corralito y la estructura encajó en su sitio —. Ya está. Puede que no sea una cuna, pero al menos por esta noche la pequeña no tendrá que dormir en el asiento para el coche.

Elli dejó la bolsa en el suelo y fue a su lado. Una colchoneta mullida cubría el fondo del corralito; estaba decorada con animales de granja. Darcy se hallaba junto a Wyatt en el suelo encima de una manta de juegos, con la atención clavada en una cebra negra y blanca.

—Te estás esforzando mucho —se arrodilló junto a él y apoyó la mano en el borde del corralito. En el breve tiempo que había estado ausente, pudo ver que había tratado de ordenar el salón.

Una lámpara brillaba con calidez en un rincón y había extendido una manta suave sobre los cojines del sofá con el fin de cubrir la tapicería gastada. La habitación resultaba más acogedora de lo que había pensado. Era una buena casa, sólo… algo descuidada. No haría falta mucho esfuerzo adecentarla.

—La verdad es que nunca antes había tenido un motivo para hacerlo —musitó, poniéndose de pie—. He estado solo mucho tiempo —el fantasma de una sonrisa se asomó a sus labios—. Y por si no lo has notado, requiero poco mantenimiento.

—Y los bebés no.

—Desde luego que no —fue a otra caja que apenas habían podido meter en el maletero del coche de Elli—. Esto sería lo siguiente que debería montar —levantó la tapa y prosiguió—: No hay gracias suficientes por este préstamo. ¡Estas cosas son nuevas! ¿Dónde las conseguiste?

No le había mencionado que la casa ante la que se habían detenido era de sus padres y de antemano había decidido que, si llegaba a preguntárselo, le respondería que pertenecían a alguien que había perdido a un bebé. Cuantos menos detalles le diera, mejor.

Lo último que deseaba era contarle lo que había sucedido realmente con William. Pero después de la revelación que le había hecho durante la cena, se sentía impulsada a ser sincera con él. Quizá si le ofreciera una parte pequeña de la verdad, bastaría para detener sus preguntas. Algún día tendría que hablar de ello.

—Eran mías, para cuando tuviera un bebé —expuso, decidida a mantener la voz firme. No quería ver la misma compasión en su cara que había visto ese día en sus antiguos compañeros—. Las guardé en la casa de mi madre, eso es todo. Ya conoces a las madres. Les mencionas la palabra nieto…

Sacó un tablero de la caja y lo depositó en el suelo.

—¿No te adelantaste un poco? —dijo con tono de broma.

Pero Elli descubrió que le empezaba a costar mantener la mentira. Al no contestar, Wyatt alzó la vista. La sonrisa se desvaneció de su cara y esos condenados ojos negros indagaron en los suyos.

—He dicho algo que no debía.

Se levantó del suelo y fue hacia ella, sin tocarla, pero Elli pudo ver el muro de ese torso y parpadeó. No iba a llorar, no otra vez. Wyatt no tenía ninguna idea preconcebida sobre ella ni sobre su matrimonio con Tim.

Además, en cuanto se marchara de la casa de los Cameron, lo más factible era que jamás volvieran a cruzarse.

—No pasa nada —musitó—. No podías saberlo.

—¿Qué sucedió?

—Estaba embarazada, pero… —no quería entrar en demasiados

detalles. Una cosa era la preocupación, y otra la compasión y la simpatía que provocarían una confesión completa. Había decidido revelárselo, pero ¿por qué le costaba tanto pronunciar las palabras—. Pero perdí al bebé —concluyó con un murmullo, reacia a explayarse —. Todo lo que habíamos comprado lo guardamos en la casa de mi madre, pensando que estaría allí para el futuro.

—Pero no hubo ningún futuro —conjeturó Wyatt.

—No, no lo hubo —respondió con suavidad—. Nuestro matrimonio se acabó.

«Junto con el sueño», pensó, pero la idea no resultaba tan triste como podría haber sido. Tim se había casado con ella por todos los motivos equivocados. Había querido tener una buena esposa, una casa en un barrio de prestigio y la fotografía familiar perfecta para acompañarla. En eso habían sido parecidos.

Ella había creído estar enamorada de él cuando la verdad era que había estado enamorada de sus propios sueños. No era un error que pensara repetir. En ese momento era más fuerte. Si alguna vez volvía a casarse, sólo lo haría por la razón verdadera.

—Lo siento —la tomó en brazos.

Era tan agradable estar ahí, casi tanto como el beso que le había dado antes. Su torso era cálido y sólido, sus brazos gentiles al rodearla. Esperó que fuera el fin de las preguntas. Que creyera que había sufrido un aborto natural. No necesitaba saber lo cerca que había estado del parto como para probar la dulzura de la maternidad y que se la arrebataran con crueldad.

Le acarició el cabello y ella experimentó un escalofrío por la columna, una sensación de puro placer. De la manta llegó un gorgoteo en el momento en que Darcy descubría una textura nueva.

—En estos dos últimos días no has dicho nada. Unas pocas veces vi tu expresión al ocuparte de la pequeña y supe que algo pasaba, pero… —la apartó para poder mirarla a la cara—. Si lo hubiera sabido… qué insensible por mi parte —concluyó, apretándole las manos.

—Podría haberte dicho que no —sonrió un poco, devolviéndole el apretón—. Darcy y tú necesitabais ayuda. No podías haberlo imaginado.

La pequeña se cansó de que no le prestaran atención y chilló. Wyatt soltó las manos de Elli y fue a recogerla, acomodándola en el hueco de su brazo.

—Ayer me daba pánico tocarla y ya da la impresión de calmarse cuando la tengo en brazos.

—Es algo innato en ti —le sonrió.

—Lo dudo. Pero quiero hacerlo bien con ella. Y si esto te resulta excesivo, lo entiendo. No te lo habría pedido de saber el dolor que te causaría —la manita regordeta de Darcy tiró de su labio inferior. Le retiró los dedos con cuidado y los besó con suavidad.

Elli estuvo segura de que ni se había percatado de que lo había hecho, pero había una ternura en él que resultaba completamente inesperada.

—No, es bueno para mí. Hace siglos que debería haber dejado de esconderme. Descarté seguir adelante y cuidar de Darcy me está ayudando. Duele, pero tú no eres el único en beneficiarse de este acuerdo.

—Mientras lo tengas claro…

—Estoy segura.

La atmósfera pareció aligerarse.

—Muy bien, entonces. ¿Podrías tomarla en brazos mientras yo monto esto?

Sonrió, y Elli le agradeció que dejara los temas serios y se ocupara de cosas más pragmáticas. Cada día descubrían cosas nuevas el uno del otro y, para sorpresa de ella, estaban haciéndose amigos.

Se sentó mientras Wyatt montaba la mesa para cambiar a Darcy. El silencio fue agradable. Él podría pensar que su hogar no era lo bastante bueno, pero contenía algo de lo que otros muchos hogares mejor equipados carecían. Era confortable.

Le extrañó comprobar que se sentía más como en casa allí que en el apartamento que había compartido con Tim. El pensamiento la inquietó. ¿Cómo podía haber estado tan equivocada? ¿Cómo había podido engañarse tan bien? ¿Por qué se había asentado cuando en realidad había querido algo mucho más sencillo?

Cuando Wyatt terminó, la madera de color arce brillaba a la luz de la lámpara. Ya no habría que cambiar a Darcy en el sofá. Tenía un sitio donde dormir y una mesa donde podrían organizar los pañales y demás artículos infantiles.

Resultaba idóneo, lo que la aterraba. Todo iría bien mientras no bajara la guardia. Luego encontraría un trabajo nuevo y un apartamento en alguna parte.

Darcy se había quedado dormida y la dejó en el sofá.

—Se ve fantástica —comentó, acercándose a la mesa para pasar los dedos por la madera barnizada—. ¿Dónde crees que deberíamos ponerla?

Wyatt alternó su peso sobre cada pie, incómodo de repente.

—Supongo que donde vaya a dormir. Aún hay que limpiar el segundo dormitorio y pintarlo. Lo primero que intenté fue dejar habitables las habitaciones que usaba.

—Y no parece lo mejor instalarla aquí.

—Bueno…

—Todavía me resulta raro ocupar tu dormitorio, Wyatt. Yo puedo dormir en el sofá.

—No, no me sentiría bien. Quédate con la cama. Yo me levanto a las seis de la mañana y te despertaría.

—Entonces, puedo dejar a Darcy conmigo.

—¿Estás segura?

—Sí, lo estoy. ¿No querías mi ayuda para eso? ¿Para que tú pudieras ocuparte del ganado mientras yo velaba por la pequeña?

—Sí, pero…

—Te sientes culpable.

Él esbozó una leve sonrisa.

—Algo así.

—Puedo cuidar de mí misma, Wyatt.

—¿Me comunicarás si necesitas algo?

—¿Siempre intentas cuidar de todo el mundo?

La miró y recordó cómo la había tomado en brazos, cómo los labios de ella se habían abierto bajo los suyos.

—¿Es un defecto?

No pudo evitar sonreír al tiempo que el corazón le latía más deprisa que de costumbre.

—Es la típica técnica de responder a una pregunta con otra pregunta. Pero esta vez dejaré que te libres. Tenemos cosas más importantes de qué ocuparnos, entre ellas artículos para bebé —indicó, apartándose un paso. Estar cerca de él empezaba a tornarse en una costumbre que debía eliminar—. Casi nos hemos quedado sin ropa y sin pañales. La lata de leche en polvo para bebés que compré tampoco nos va a durar mucho. Si preparas una lista, puedo ir a la ciudad por la mañana y comprar lo necesario.

—Es verdad —fue a la cocina seguido de Elli. Abrió una lata de café y sacó un fajo de billetes que empezó a contar—. ¿Cuánto crees que vas a necesitar?

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Guardas tu dinero en una lata de café?

—Es mi fondo de emergencia. Es más fácil darte el efectivo que elegir entre las tarjetas del banco o de crédito —extendió varios billetes—. Mañana compra lo que necesites. No me atrevo a tomarme otro día libre lejos del ganado y tienes razón, será de una gran ayuda.

Ella aceptó el dinero.

—De acuerdo, entonces.

Wyatt volvió a tapar la lata y a guardarla en un armario bajo. Elli frunció el ceño. Parecía tan… tan anticuado recurrir a una lata. Justo cuando empezaba a creer que lo descifraba, surgía algo que volvía a convertirlo en un misterio. Se dijo que quizá debería dejar de intentarlo.

—Vamos —dijo, girando para quedar otra vez frente a ella—. Es hora de acomodaros.

Elli lo seguía por el pasillo y el corazón le latía a un kilómetro por minuto. Ya no sabía qué pensar acerca de ella. Era un rompecabezas. Herida y emocional un momento, bromista al siguiente. No podía olvidar la expresión en su rostro en cuanto le habló del aborto. Todo encajaba. La expresión peculiar que ensombrecía su rostro, el modo en que se ocupó de Darcy la primera vez, como si tuviera miedo. Quería su ayuda y que se sintiera como en casa.

Pero dentro del dormitorio volvió a padecer otro ataque de vergüenza. La habitación era, en el mejor de los casos, sencilla. Una cama y una cómoda, nada en las paredes, nada acogedor como esperaría que fuera el dormitorio de una mujer. Jamás había pensado mucho en la decoración ni sentido la necesidad de atestar las cosas con objetos que carecían de significado. Supuso que esa filosofía hacía que su casa pareciera un poco austera.

—Lamento que no sea muy sofisticada —se disculpó, viendo la habitación a través de los ojos de ella.

—Está bien —respondió Elli—. Esperaba que centraras tu energía en el rancho y no en la decoración.

Mientras ella dejaba su bolsa en el suelo, Wyatt quitó las sábanas blancas de la cama y las tiró a la cesta grande que había junto a la pared.

—Eso lo resume —convino. Se preguntó en qué estaría pensando Elli. Sabía el aspecto que ofrecía la casa. El poco efectivo que guardaba en la cocina probablemente tampoco ayudara. No era que no dispusiera del dinero para arreglar las cosas. Simplemente, había situado sus prioridades en otra parte—. Traeré unas sábanas limpias —murmuró mientras iba al armario del pasillo.

El sofá no iba a ser cómodo, pero Darcy era su sobrina, no de Elli, y ésta era su invitada. Sin embargo, pensar que iba a dormir en su cama con la pequeña en el corralito, le provocaba sensaciones raras en el estómago.

Después de años de soledad, le resultaba extraño que otros ocuparan su espacio. En particular Elli, con esas sonrisas tímidas y ojos suaves. Pero en ese momento era diferente. Tenía una familia,

aunque no se pareciera a la que había esperado que fuera. Y Elli formaba parte de ella, tuviera eso o no sentido. Lo sorprendía querer que lo hiciera.

Alisó la sábana sobre el colchón y retiró un costado del edredón.

—¿Seguro que estarás abrigada? —le encantó ver que se ruborizaba—. Hay mantas en el armario del pasillo.

—Así es suficiente —murmuró—. Además, tú vas a necesitar las mantas.

Ella volvió a mirar la cama y Wyatt sintió que se le tensaba el estómago, tal como había sucedido en la cocina antes de empezar a besarse. La tentación estaba ahí. Se preguntó cómo sería estar echado a su lado en la cama.

Sentir ese cuerpo cerca, besarla en la oscuridad, oírla susurrar su nombre.

Recogió una almohada. Después de todo lo sucedido ese día, su libido debía mantenerse al margen.

—El cuarto de baño está en el pasillo. Traeré la mesita para cambiarla y me despediré.

Al volver con la mesa, la vio sentada en la cama con las piernas cruzadas, un libro y un pequeño ordenador portátil abiertos ante ella. También Darcy se hallaba encima del edredón jugando con un anillo con llaves de plástico. Mientras pasaba distraída una página, Elli acarició distraída un pie de Darcy con la mano libre.

Wyatt tragó saliva.

¿Por qué tenerla allí parecía tan correcto? ¿Por qué se había sentido tan avaro al contar los billetes para dárselos? No era rico, pero tenía ese lugar y, desde luego, podía permitirse llevar comida a la mesa y comprar todo lo que necesitaran. Quizá era hora de desviar algo de esfuerzo al interior y adecentar la casa.

¿Por qué no era capaz de quitarse a Elli de la cabeza?

Dejó la mesa apoyada contra la pared más apartada y volvió a mirarlas, tan cómodas y relajadas. Resultaba extraño que hubiera dedicado tantos años a buscar la oportunidad adecuada cuando la tenía ahí, depositada sobre su regazo. La llegada de Darcy había

cambiado muchas cosas.

No tenía nada que ver con el rancho o el ganado.

Era sobre la familia. Y sobre Elli.

Su madre, incluso en los peores momentos, le había advertido de no dejarse dominar por la amargura. Le había suplicado que no juzgara el mundo basándose en el matrimonio de sus padres. Pero durante mucho tiempo había hecho exactamente eso.

Pero cuando miraba a Elli, esos pensamientos cansados parecían lejanos. Era evidente que ella había pasado por muchas cosas y seguía sonriendo. Tal vez pudiera mejorar las cosas para Elli de un modo en que no había sido capaz de lograrlo para su madre.

—¿Te vas a quedar despierta un rato, entonces?

Elli alzó la vista del libro y sonrió.

—Darcy aún no está preparada para dormir. Si termino esta clase, podré enviarla mañana.

El asintió.

—Elli, acerca del dinero… sabes dónde está la lata. Lo que quiero decir es que saques más si lo necesitas.

—No quiero dejarte sin un hogar y una casa —respondió, aunque sin mirarlo.

De modo que era eso. ¿Lo consideraba tan pobre que creía que unas pocas cosas iban a desbaratarle el presupuesto?

—No es más que calderilla, Elli —explicó, sonriendo—. No vas a dejarme en la bancarrota. Además, confío en ti.

Eso captó su atención y alzó la vista del libro.

—¿Sí?

—¿Hay algún motivo por el que no deba hacerlo?

Las mejillas se le encendieron y una vez más él pensó en lo bonita que estaba.

—Se me pasó por la cabeza comprar algunas cosas para arreglar

un poco la casa, pero no sabía muy bien cómo sacar el tema.

—Por supuesto. Yo soy un inútil en lo referente a la decoración. Me encantará que compres algunas cosas. Ayudará a que todo se vea más acogedor cuando se presenten los de servicios sociales para la evaluación —fue a la puerta y apoyó la mano en el marco, sin querer marcharse pero sintiéndose bobo quedándose.

—¿Wyatt?

—¿Mmm? —giró y luchó contra el súbito impulso de darle un beso de buenas noches. Se dijo que lo mejor sería largarse de allí de inmediato.

—No me llevaré todo, no te preocupes.

—¿Parezco preocupado?

Ella esbozó una sonrisa angelical.

—De hecho, sí.

—No es por eso —respondió, y antes de que pudiera cambiar de parecer, cerró la puerta y fue a prepararse el sofá.

Aunque tampoco importaba mucho. Esa noche no iba a poder dormir.

Capítulo 8

La asistente social de Didsbury iba a presentarse esa tarde.

Le alegró haber ido de compras aquella mañana. Un mantel nuevo adornaba la mesa de la cocina. Wyatt había terminado su trabajo en el campo y después de comer había arreglado la puerta floja para que cerrara y abriera con facilidad. En ese momento se estaba dando una ducha. Darcy estaba bañada, olía maravillosamente y lucía una prenda nueva de dos piezas.

Se tomó un momento para cepillarse el cabello antes de recogérselo a la nuca. La nevera estaba llena y la casa ordenada. Darcy tenía todo lo que necesitaba para varios días ordenado sobre la mesa para cambiarla. Junto con varios atuendos bonitos y cómodos. A pesar de sus resquemores, había disfrutado yendo de compras, porque al fin había sentido que tenía un objetivo. No se había dado cuenta de lo mucho que había extrañado eso hasta que volvieron a necesitarla.

Sin embargo, estaba nerviosa. Tanto por Wyatt, quien se jugaba mucho en esa reunión, como por sí misma, ya que sabía que también ella tendría que contestar preguntas. Y sin saber cuáles serían éstas, no podía prever las respuestas. La inquietaba tener que airear todo delante de Wyatt. No debería importarle lo que él pensara, pero le importaba la opinión que se hiciera.

Oyó el sonido apagado de los pies enfundados en calcetines por el pasillo y se echó un último vistazo en el espejo. Desterró las arrugas de preocupación y se obligó a sonreír. Se había puesto unos pantalones azul marino y un suave jersey de color frambuesa. Al volverse, lo vio allí de pie y la sonrisa vaciló en sus labios.

Era tan atractivo, incluso con unos vaqueros impecables y una camisa a rayas blancas y azules, exudaba ese leve toque de peligro rudo, de excitación, que lo volvían fascinante.

—¿Estoy bien?

La preocupación nubló esos ojos enigmáticos y ella apoyó una mano en su brazo.

—Desde luego que estás bien.

—Quizá debería haberme vestido un poco más formal.

Trató de imaginarlo y no terminó de encajar para ella. Lo suyo eran los vaqueros ceñidos y las camisas de algodón que resaltaban sus hombros anchos.

—No lo creo. Ésta es la persona que eres. Y hoy, de todos los días, necesitas ser tú mismo. No puedes fingir ser alguien que no eres.

Finalmente una sonrisa se abrió paso entre sus facciones tensas.

—A ti se te ve estupenda. El rojo resalta el rosado de tus mejillas.

Cuando Wyatt sonreía, Elli sentía como si en su interior hubieran encendido una vela. Quizá importaban más porque no tendía a regalar sus sonrisas de forma frívola.

—Te burlas de mí —acusó con suavidad, complacida de que hubiera notado el esfuerzo extra que había dedicado a arreglarse.

Él asintió.

—Se te ve tan nerviosa como me siento yo, incluso te has recogido el cabello —la estudió—. Me gusta. Te hace parecer… sofisticada. Demasiado sofisticada para un rancho destartalado.

Pero también Elli había notado cosas en las últimas semanas, aunque hubiera sido desde la distancia del porche de la casa de los Cameron.

—Este lugar no está destartalado. Ya has realizado muchas mejoras. Todo requiere tiempo y trabajo duro.

—De lo que esperaba hoy, no había contado con tu apoyo. Gracias, Elli.

La sinceridad en su voz hizo que tuviera ganas de abrazarlo, pero no podía. Sí, veía las diferencias y se sentía atraída por él. Pero en cuanto esa «situación» se resolviera, Wyatt volvería a ser un ranchero a tiempo completo y ella estaría… no en la casa de los Cameron. Se suponía que era un tiempo para forjar su nueva vida, no para volver a dejarse arrastrar a la de otra persona, como le había sucedido con Tim.

—De nada. E intenta no preocuparte demasiado. Darcy debería estar contigo. Eres su tío. Además, tampoco es para siempre.

Dijo las palabras como un recordatorio para ambos. Sería demasiado fácil verse inmersos en la situación y confundirla con la realidad.

Los dos oyeron el coche que subió por el sendero y al unísono giraron las cabezas hacia la puerta.

—Ha llegado la hora de la verdad —murmuró Wyatt y frunció el ceno.

Elli se alisó el jersey; no había tiempo de echarle un último vistazo a su maquillaje.

Él abrió la puerta y salió a la terraza. Elli notó que aunque había partes en que la pintura se veía descascarillada, Wyatt había reforzado el suelo y los escalones. A veces daba la impresión de que podía hacerlo todo con sus manos y unos pocos suministros.

Una mujer joven, apenas mayor que Elli, bajó del coche. Era alta y de cabello negro, las trenzas rectas recogidas atrás de forma muy elegante. No había nada en ella que fuera ostentoso o excesivo, pero era la clase de mujer ecuánime que siempre conseguía que Elli se sintiera un poco desaliñada. Tuvo ganas de fundirse con la madera.

De hecho, no le pareció una mala idea. Cuanto menos llamara la atención ese día, mejor.

Entró en la casa en el momento en que Wyatt la recibía.

—Señorita Beck, soy Wyatt Black. Me alegra que haya podido venir hoy.

Wyatt abrió la puerta y la sostuvo para que pasara. Ésta lo hizo y miró a su alrededor brevemente antes de comenzar a desabotonarse el abrigo.

—Agradezco su capacidad de adaptación —dijo ella mientras Wyatt se adelantaba para quitarle el abrigo de las manos.

Lo puso en un colgador que había detrás de la puerta. Elli lo observaba todo desde el salón, donde en silencio doblaba unas toallas que había quitado de la secadora hacía unos minutos. Cualquier cosa que le mantuviera las manos ocupadas e impidiera que se las retorciera, como tenía ganas de hacer.

—No había razón para demorarlo. Desde luego, usted quiere

cerciorarse de que Darcy está bien cuidada. Nosotros buscamos lo mismo, señorita Beck. El mejor cuidado para mi sobrina mientras su madre se recupera.

Eso le ganó una sonrisa de la otra mujer.

—Eso queremos —convino—. Por favor, llámeme Angela. No termino de acostumbrarme a señorita Beck. Me hace sentir como una profesora de instituto.

Wyatt le devolvió la sonrisa y Elli contuvo el aliento. Quizá no había nada por lo que sentirse nerviosa. Quizá la asistente social del hospital había sido inusualmente severa.

—Como cualquier agencia gubernamental, hay papeleo que necesita rellenarse y procedimientos que seguir. Pero ¿podría ver primero a Darcy? —de pronto notó a Elli en el salón—. Ah, hola.

Elli tragó saliva y se sintió incluso más baja que su metro sesenta y siete de estatura, intentó erguirse y extendió la mano.

—Hola. Soy Ellison Marchuk.

—Elli me está ayudando con Darcy —explicó Wyatt.

Angela asintió, pero Elli no se sintió más relajada. ¿Qué parecería? ¿Una amiga? ¿Una novia? ¿Cuál prefería? No estaba segura.

—Darcy duerme en este momento, pero podría ir a recogerla. O podría ir usted a observarla. Estoy segura de que se levantará pronto.

—Eso estaría bien.

Elli condujo a la asistente social hasta el dormitorio. Había hecho la cama y junto al corralito y la mesa había añadido unos cojines a la cama de Wyatt y un bonito móvil de cachorritos y gatitos de colores vivos al costado del corralito. Las dos se asomaron. Darcy dormía, tapada hasta los hombros con la manta rosada y con ambas manos a los lados de la cabeza en una clásica postura de bebé. Elli sintió un nudo en el corazón al ver esa carita apacible.

Salieron de puntillas y Angela se volvió hacia Elli.

—Es un bebé hermoso.

—Y bueno, también —Elli asintió—. Tan bueno como cabe

esperar de un recién nacido —sonrió. Esa mujer parecía una aliada. Se dijo que todo saldría bien. Tenía que ser así.

Wyatt esperaba sentado a la mesa de la cocina, con la vista clavada en las manos. Al verlas entrar, se puso de pie.

—¿Empezamos? —en ese momento Angela Beck se mostró seria; recogió su maletín y extrajo una carpeta—. Primero tenemos que rellenar su solicitud, señor Black.

La cantidad de papeles que depositó sobre la mesa fue abrumadora. Wyatt miró a Elli, quien sintió su vacilación.

—¿Realmente es necesario todo esto? Después de todo, será algo tan breve.

—Quizá, pero quizá no. La verdad es que no sabemos cuándo su hermana podrá reanudar el cuidado de Darcy o el tiempo que usted será su tutor ¿Representa ello un problema?

Wyatt la miró directamente a los ojos.

—Bajo ningún concepto. Darcy puede quedarse aquí el tiempo que sea necesario. Soy la única familia que tienen y es lo correcto que Darcy se quede conmigo hasta que Barbara se ponga bien.

—Entonces, empecemos.

Elli preparó café mientras Wyatt y Angela cumplimentaban la solicitud. Una vez listo, les llevó las tazas a los dos. A pesar de la sonrisa relajada que ofrecía, pudo ver que él estaba tenso como un muelle. Apoyó la mano en su hombro un instante y se lo apretó.

El tiempo fue pasando. Elli dio de desayunar a Darcy cuando la pequeña se levantó, luego le cambió los pañales y después puso una lavadora. Finalmente, Angela Beck ordenó los papeles y los guardó en el maletín.

—El café estaba muy bueno. ¿Por qué no nos tomamos unos momentos y me muestra el rancho, señor Black?

Le ofreció un breve recorrido, perfilando cómo había vivido allí y qué mejoras había realizado ya en la propiedad al igual que las que tenía planeadas hacer.

—Me centré más en el ganado y en el rancho al llegar —explicó

de vuelta en la casa—. Pero Darcy cambia las cosas.

—¿Yeso?

Se detuvieron al final del pasillo y Elli dejó de secar una taza mientras aguardaba su respuesta.

—Tener un bebé a tu cuidado modifica tus prioridades, ¿no está de acuerdo?

—Lo estoy.

Elli dejó la taza en el escurridor y se preguntó si Wyatt sabía lo peculiar que era. No montaba un escenario para la asistente social como harían algunas personas, respondía con sinceridad y honestidad. Nadie podría cuestionar la dedicación hacia su sobrina.

—Señorita Marchuk, ¿verdad?

La mirada astuta de la señorita Beck la inmovilizó.

—Así es —contuvo el impulso de añadir señora por todo lo que la intimidaba, pero no podía ser mucho mayor que ella.

—¿Cuánto tiempo llevan Wyatt y usted viviendo juntos, entonces?

Elli sintió que perdía el control debido a la pregunta tan inesperada.

—Viviendo juntos —repitió de forma algo estúpida, luego miró a Wyatt en busca de guía.

Angela enarcó una ceja.

—Nuestros requisitos para que sean elegibles estipulan que, si existe una cohabitación, la relación ha de ser estable por el bien del bebé. Exigimos un mínimo de doce meses.

No podía dejar que descartaran a Wyatt como tutor temporal sólo por su presencia.

—No vivimos juntos —afirmó.

—¿Oh? —su tono manifestaba que no terminaba de creérselo.

—Ellison es la niñera —aportó él. Miró a Elli con expresión

lóbrega y movió levemente la cabeza antes de que Angela girara para mirarlo.

—¿Su niñera?

—Por supuesto. Tengo un rancho que llevar y necesitaba ayuda. Elli ha aceptado ayudar durante un tiempo. Es una solución mucho más idónea que una guardería. Yo no puedo estar en la casa todo el rato ni puedo llevarme a Darcy conmigo a los campos ni a los establos.

—Por supuesto.

—De este modo, Darcy no está todos los días al cuidado de alguien diferente. Está aquí, conmigo, y con Elli. ¿No es bueno disfrutar de normalidad? Consideré que una niñera era una opción mucho mejor.

Elli permaneció muda durante toda la conversación. Sabía por qué había dicho eso y era lo más sensato. Pero dolía. Y mucho.

—Un entorno estable decididamente es una de las cosas que buscamos —expuso Angela, indicó la mesa, invitando a Elli a sentarse —. ¿Y el señor Black le paga, señorita Marchuk?

Elli tragó saliva pero no alteró sus facciones. Si Wyatt podía hacerlo, ella también.

—Sí, estipulamos ese acuerdo.

—Señorita Marchuk, ¿de qué conoce al señor Black?

Elli no pudo mirarlo, ya que daría la impresión de que buscaba respuestas.

—Somos vecinos. He vivido en la casa de al lado durante los últimos dos meses, desde que él se trasladó aquí.

Angela ocupó la silla de enfrente.

—¿Y no tienen una relación romántica?

Elli pensó en el beso de la noche anterior y fue como revivirlo. Pero ¿un beso significaba una relación romántica? En la superficie, supuso que sí. Pero habían dado marcha atrás y pensado primero en Darcy. Y él acababa de llamarla «niñera» delante de la asistente social. No «una amiga» o incluso una vecina. La niñera. Eso indicaba con claridad dónde estaban los sentimientos de Wyatt.

—No, no salimos —al menos eso era verdad.

—¿Y cuánto tiempo lleva usted viviendo en la casa de al lado?

Elli alzó el mentón.

—En este momento cuido la casa de mis amigos. Me despidieron de mi trabajo en Calgary y acepté la oferta de quedarme en su casa mientras actualizo mis conocimientos con algunos cursos y busco trabajo.

Esperó que no sonara demasiado patético y que no la juzgaran por haber sido víctima de unos recortes presupuestarios.

—¿Y está soltera?

—Divorciada hace poco.

Pudo sentir la mirada de Wyatt y se negó a imitarlo. Supo que, de hacerlo, se ruborizaría y eso traicionaría lo que acababa de exponer.

—¿Hijos?

—No —mantuvo la mirada de Beck.

—Entonces, ¿qué considera que la cualifica para el puesto?

Y entonces no pudo evitarlo, sus ojos fueron al encuentro de los de él. Mostraba una expresión inescrutable, pero vio que suavizaba la expresión. Los dos pensaban en el bebé que había perdido. Y supo que Wyatt no diría una palabra. Que su secreto estaba a salvo con él.

El apoyo silencioso la ayudó a mirar a Angela con serenidad y a sonreírle.

—Estoy disponible —comenzó—, y más que eso, tengo amor para dar. Las necesidades de un bebé son sencillas… comida, dormir y que le cambien los pañales. Cualquiera puede aportarlo. Lo que Darcy necesita es amor, atención y seguridad. Yo puedo ayudar a Wyatt a darle todo eso. Conmigo aquí, Darcy tiene garantizada una atención completa de al menos uno de los dos en todo momento. Recibirá consistencia —al terminar, a su espalda se oyó un grito leve—. Hablando de lo cual —se afanó en sonreír mientras mantenía a raya sus emociones—. Creo que alguien me necesita. Si me disculpa.

—Por supuesto. Es el momento perfecto para que inicie la

entrevista con el señor Black.

Darcy se chupaba los dedos, por lo que Elli calentó un biberón y lo llevó a la habitación.

—Te dejaré intimidad —le susurró a Wyatt al pasar a su lado—. Estaremos en el dormitorio si me necesitáis —la expresión suave había desaparecido, sustituida por algo duro y desconfiado. Comprendió que tenía mucho miedo—. Todo irá bien —lo reafirmó en voz baja.

Pero una vez en el dormitorio, sentada y alimentando a Darcy, pensó que aún seguía en el exterior mirando desde un cristal polvoriento. Eso no tenía nada que ver con ella. Era sobre Wyatt, Darcy y proteger a su familia. La explicación que había dado de que sólo era la «niñera» le había demostrado que haría lo que fuera necesario con el fin de retener al bebé con él.

Sin embargo, quedaba claro que no formaba parte de la prioridad de Wyatt, a pesar de las escenas bonitas que habían tenido juntos. En todo caso, los últimos días le habían revelado que había hecho lo correcto al disolver su matrimonio con Tim. Porque aunque ése no fuera su lugar, empezaba a entender lo que quería. Y no tenía nada que ver con una casa elegante, un coche caro y los complementos apropiados.

No pensaba conformarse con nada que no fuera todo. Nunca más.

Capítulo 9

Wyatt ya no podía eludir más ir a la casa. En realidad, ante Elli, quien sabía que le haría preguntas. Parecía notar hasta lo más ínfimo en él, analizándolo mejor que cualquier otra persona que recordara.

Resultaba muy desconcertante.

Pero caía la oscuridad y ese día ya había contado demasiado con ella. Darcy era su responsabilidad y Elli sólo estaba allí para echarle una mano. No podía seguir ocultándose en los establos.

Pudo llegar hasta la terraza y posó la mano en el pomo de la puerta, pero no logró obligarse a entrar.

Giró y se apoyó en la vieja barandilla de madera. El campo que en ese momento se veía marrón y vacío, el año próximo proporcionaría heno para su rebaño. Casi podía ver cómo se inclinaba ante la brisa de la pradera.

Era lo que siempre había querido, un lugar al que poder llamar suyo. Dejar el pasado atrás. Encontrar su propio camino y ganarse el sustento propio. Lo había hecho y había ahorrado hasta dar con ese sitio. Lo habían descuidado y casi abandonado. Su rebaño para ese año era pequeño. Pero el desafío de reconstruirlo, de convertirlo en algo vital e importante era estimulante.

Hasta ese día, en que había tenido que volver a mirar hacia su pasado. En que habían hurgado en él con preguntas desagradables que había tenido que contestar sobre su educación. Había salido de la reunión enfadado, resentido y temeroso, tres emociones que se había afanado en superar. No podía explicárselo todo a Elli. La necesitaba de su lado y participando, y si conociera la fea verdad se iría disparada. Era demasiado buena y pura como para meterla en su equipaje. Más le valía recordarlo.

Las últimas cuarenta y ocho horas habían pasado a velocidad de vértigo y la presencia de ella se hallaba en todos los rincones. Luchaba para mantener el ritmo tanto mental como físicamente. Llegar a casa para encontrarse con unos toques femeninos era demasiado. Algo tenía que quebrarse.

—¿Wyatt?

Giró, sorprendido como si acabara de materializarse de sus


pensamientos. La luz del porche resaltaba su cabello pálido, haciéndola parecer suave y tentadora.

—No te oí salir.

—No, estabas en otro mundo.

Tenía razón, y había sido un mundo con ella dentro, por lo que no contestó.

Llegó hasta su lado y también se apoyó en la barandilla, imitándolo.

—¿Quieres contarme dónde estabas?

—En los establos —adrede la malinterpretó.

Elli rió antes de suspirar.

—No me refería a eso.

Pensó que continuaría, pero no lo hizo. Aguardó con paciencia, de pie a su lado y respirando profundamente el fresco aire otoñal. Por eso había permanecido fuera al marcharse Angela, ya que lo único que había querido había sido ir tras Elli. Tenerla cerca, enterrar la cara en ese pelo fragante y sentir que todo volvía a estar bien. Lo cual habría sido un error.

—¿Dónde está Darcy?

—Duerme. La bañé y le di el biberón. Cuando apareciste ante mi puerta, no tenía ni idea de lo que hacía. Pero Darcy me lo ha mostrado, que Dios la bendiga. Es tan buena.

—Angela pareció bastante complacida de que fueras su niñera —apoyó la cadera en la barandilla para poder verle el rostro. Estaba serena, apacible, cuando él seguía agitado. Una vez más luchó contra el impulso de tomarla en brazos. Se dijo que era fuerte, que debía mantener los límites bien trazados.

—Niñera —la voz le sonó apagada—. Eso desde luego me indica claramente el puesto que ocupo, ¿verdad?

¿Estaba enfadada con él? Cruzó los brazos y hasta Wyatt entendió el lenguaje corporal a la defensiva.

—¿Qué se suponía que debía decir, Elli? —eso la empujó a

mirarlo—. ¿Qué se suponía que debía contarle? —continuó—. ¿Que apenas te conozco? ¿Que éramos amigos? —tragó saliva—. ¿Que anoche te besé y fue un error?

—Claro que no —murmuró ella.

—Tenía que presentar todo de un modo positivo por el bien de Darcy. Y menos mal que lo hice. En cualquier caso, ahora también podría perderla.

Pudo ver que quedaba sorprendida por su último comentario y una parte de él quiso confiar en ella mientras otra anhelaba guardarlo como había hecho en los últimos quince años.

Pero la respuesta de Elli lo asombró.

—Entonces, ¿no soy una niñera para ti?

—Elli…

—Ése es nuestro acuerdo, pero de verdad odié esa parte en que le dedicaste tus mejores sonrisas y a mí me describiste simplemente como la niñera, como una especie de apéndice a la situación que podía reemplazarse sin previo aviso si ello resultaba conveniente.

El aire vibró entre ellos mientras pensaba en lo correcto para decir.

—¿Por qué tenemos que cuantificar nuestra relación? Elli, ¿estás…? —calló, sin querer creer que era verdad, pero necesitando saberlo—. ¿Estás celosa de la señorita Beck? —un leve rubor invadió las mejillas de ella—. Lo estás —su cabeza le dijo que era un motivo sólido para dar marcha atrás, pero se sintió levemente halagado. Quizá no había sido tan inmune al beso de la noche anterior como había podido creer.

Avanzó, misteriosamente encantado por el rosa de sus mejillas. Había pensado que llamarla niñera era el modo mejor y más claro de definir la situación, en particular ante alguien que tenía voto en el asunto. La verdad era que no lamentaba haberla besado. Y desde luego no lo frenaba para desear volver a hacerlo, a pesar de lo que le indicaba la mente.

Se hallaba tan cerca que ella tuvo que levantar la cabeza para mirarlo. Sólo haría falta un movimiento leve para que los labios se encontraran. La idea revoloteó en el aire y la respiración jadeante de

Elli le indicó que pensaba lo mismo.

—Hizo que me sintiera… apartada a un lado —admitió al final, bajando la barbilla y quebrando el momento—. Marginada. Como si fuera alguien… desechable.

Eso dolía, porque hacerla sentir de esa manera era lo último que Wyatt había querido. ¿Es que no veía que le importaba? ¿Que también intentaba protegerla?

—Desde luego, no era el significado que yo quería darle —la consoló—. ¿Sabes lo que significó poder manifestar eso hoy? ¿Poder señalar que Darcy estaba tan bien cuidada? Y tú estabas aquí, ocupándote de ella, preparando café, respaldándome, mostrándole a la asistente social que no me equivocaba al confiar en ti —le tocó la piel fresca y suave de la mejilla—. Nadie ha hecho algo así por mí con anterioridad. Nadie. Nunca fue mi intención hacerte sentir menos por ello, Elli.

Se inclinó hacia delante el espacio suficiente para que sus cuerpos se rozaran y bajó la cabeza. Los labios de ella eran cálidos, maleables y un poco titubeantes. La dulzura le encendió la sangre más que lo que habría hecho cualquier abrazo apasionado.

—Sólo fue una representación. Eres más que una niñera, Elli —murmuró sobre sus labios—. Pero no podía dejar que la asistente social lo viera.

Elli dio un paso atrás y él vio que los dedos le temblaban al tocarse los labios.

—¿Confías en mí?

—Por supuesto que sí. ¿Por qué sigues dudándolo? Sólo dejaría a Darcy con alguien en quien confiara.

—¡Pero apenas me conoces!

Le sonrió mientras ella volvía a apoyarse en la barandilla, estableciendo más espacio entre ambos.

—Te conozco mejor después de dos días que lo que conozco a la mayoría de la gente después de dos años, Ellison.

Pálida, ella movió la cabeza.

—No digas eso.

—¿Por qué?

—Porque me… me…

Siguió tartamudeando y su corazón se aceleró, inseguro de cuál sería la respuesta de ella pero sabiendo lo que esperaba. Nada podría haberlo sorprendido más, pero ahí estaba.

—¿Porque te asusta?

—Sí —susurró ella.

El aire comenzó a vibrar otra vez.

Elli parpadeó y tragó saliva. Wyatt había superado muchos de sus demonios a lo largo de los años, pero las heridas de Elli eran frescas. Esa vez podría decir lo que sentía si con ello le devolvía parte de la autoestima.

—Angela Beck no es más hermosa que tú, Elli.

—Sólo intentas distraerme —entrecerró los ojos—. Llevaba el pelo hecho un desastre y cualquier tonto puede ver que tengo sobrepeso y… bueno, ¡ella estaba tan serena y perfecta!

—Y tú, Ellison Marchuk, eres real —cerró la distancia que había entre ellos. Posó las manos en su cintura y la acercó hasta que los cuerpos se rozaron. Le acarició los lados del torso y bajó hasta las caderas—. No quiero que seas perfecta. Quiero que seas tal como eres. Me gustan tus curvas y el modo en que tu cabello se ondula alrededor de tu frente, y todo lo demás de ti.

—Oh, Wyatt —susurró.

Elli oyó las palabras y sintió que las manos de él se deslizaban por encima de los bolsillos de su pantalón. ¿Las decía en serio? ¿Cuándo había sido la última vez que alguien la había aceptado como era? Todo el mundo siempre esperaba más de ella.

Debería ser más inteligente, más ambiciosa, ordenada, bonita, delgada. Sin embargo, a Wyatt no parecía importarle nada de eso. Al mismo tiempo, quería ser más para él. Veía que era un buen hombre. Fuerte y honorable y magnífico sin siquiera intentarlo.

Detuvo tas manos en su cintura al tiempo que la voz la tocaba,

profunda y triste.

—Quienquiera que te dijera otra cosa, no está aquí, Elli. Déjalo ir.

La amabilidad casi era demasiado para poder soportarla. Como continuara, se pondría a llorar.

—¿Dejarlo ir como supongo que hiciste tú, Wyatt? —casi se encogió ante la dureza que captó en su propia voz. ¿Se hallaba tan centrada en protegerse que estaba dispuesta a hacerle daño para conseguirlo? La vergüenza la quemó.

—No sé a qué te refieres.

Descartó el comentario, pero ella supo que mentía. Había replicado sólo para no verse arrastrada a más tristeza, pero la respuesta evasiva de Wyatt, de algún modo, la enfureció. Había sido grosera, pero también había sido una pregunta sincera.

—Sabes muy bien a qué me refiero. Te largaste de aquí en cuanto se marchó Angela y desde entonces te has escondido en los establos. Eso no tuvo nada que ver conmigo. ¿A qué te referías antes con que de todos modos podrías perder a Darcy?

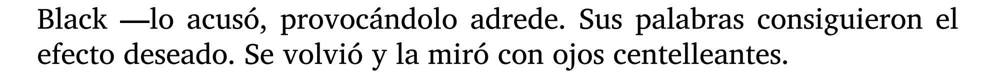
—Ahora ya no importa —retrocedió. Dio media vuelta y se dirigió a los escalones de la terraza.

Elli lo observó marcharse y el enfado luchó con el remordimiento. Había creído que deseaba oírlo confirmar que sólo estaba allí para ayudar a Darcy.

Saber que no era recíproco habría facilitado mucho luchar contra la creciente atracción. Pero no lo había hecho. Había sacado el beso que le resultaba imposible erradicar de su cabeza. Y luego había vuelto a besarla. ¿Por qué? ¿Por qué lo sentía? Cada molécula de su cuerpo anhelaba creer eso, pero una voz persistente en su interior le decía que únicamente era un método para distraerla del tema real… del motivo por el que había desaparecido nada más marcharse la señorita Beck.

En ese momento la aislaba y se marchaba cuando ella anhelaba comprender por qué la simple mención de la entrevista lo hacía palidecer.

—Jamás te consideré una persona quo huyera de los problemas,


Black —lo acusó, provocándolo adrede. Sus palabras consiguieron el efecto deseado. Se volvió y la miró con ojos centelleantes.

—No sabes de lo que hablas.

—No, no lo sé. Pero imagino que es algo importante cuando te hace abandonar la casa y esconderte en los establos, cuando pasas horas solo en vez de estar con nosotras en la casa. Y tiene que ser algo realmente importante cuando quieres distraerme con un beso. Te formulé una pregunta sencilla y tú huiste.

—No es nada —fue a girar otra vez, el rostro lleno de culpabilidad.

—No es verdad. Es mucho y sé reconocer el miedo cuando lo veo. Si voy a quedarme aquí, si Darcy va a quedarse aquí… —calló, temerosa de manifestar lo que pasaba por su cabeza, al tiempo que pretendía ser más fuerte de lo que nunca había sido—. Si vamos a iniciar algo, creo que merezco saberlo.

Él giró con tanta rapidez que involuntariamente Elli dio un paso atrás.

—No te debo nada —gruñó—. Y si quieres hablar de huir, ¿qué es exactamente lo que estás haciendo tú, Elli? No soy ciego. ¿Qué haces en la casa de los Cameron si no es esconderte de la vida? —se mofó—. ¿Qué haces de verdad aquí? ¿Jugar a la realidad? Tú y tus manteles y tus servilletitas y Dios sabe qué más.

Esas palabras duras la atravesaron, pero aguantó y alzó la barbilla. No iba a intimidarla, aunque tuviera toda la razón. Sabía lo que era el miedo: lo había visto durante meses en el espejo. No eran tan distintos en ese sentido. Wyatt simplemente tenía miedo. ¿De qué? ¿Qué podía ser tan malo como para hacer que temiera que pudieran quitarle a Darcy?

—Desde luego, no era mi intención extralimitarme —dijo con rigidez—. Pensé que querías que hiciera esas cosas. Si no te gustan, las guardaré y podrás mantener todo tal como lo quieres. Y para que quede constancia, Wyatt Black, no me debes nada. Salvo no dedicarte a practicar juegos —metió las manos en los bolsillos, la noche de repente pareció mucho más fría—. Si lo que acaba de suceder entre nosotros fue un juego, ha sido muy cruel de tu parte, Wyatt.

Abrió los labios un momento antes de volver a cerrarlos. A pesar del sombrero que le ocultaba los ojos, pudo percibir una disculpa en

ellos.

—Oh, Dios, lo siento. No practico juegos, Elli. Jamás debería haber dicho eso.

En su corazón, supo que era sincero. Lo que significaba que lo que ella había dicho era verdad. Dios, todo acerca de él resultaba tan intenso. Se preguntó cómo se sentiría al ser amada por un hombre como Wyatt Black.

—Lo sé —concedió.

Él relajó la expresión y los hombros.

—Estoy en deuda contigo por todo lo que has hecho. Pero no esto. Por favor, no me preguntes por esto —musitó.

Suspiró, conmovida por la angustia en su voz.

La simpatía y la provocación no habían funcionado. Quizá él tenía derecho a sus propios secretos.

—Me vuelvo dentro, entonces. Hay cena en la nevera si quieres calentarla.

Se dijo que era una idiota al permitirse sentimientos por Wyatt, cediendo a la atracción intensa que parecía crecer con cada minuto que pasaban juntos. Él no podía darle lo que ella necesitaba.

Nada la sorprendió más que el crujido de la puerta al abrirse y cerrarse detrás de ella.

Se volvió y lo vio de pie en el umbral. Tenía el sombrero en una mano y con la otra se mesó el pelo.

—¿Sabes la clase de preguntas que me formuló la asistente, Elli? Aquí no hablamos de generalidades. ¿Eso de lo último de lo que deseas hablar? Es sobre lo que te preguntan.

Tiró el sombrero sobre una silla y se cubrió la cara con las manos.

El gesto fue tan súbito, tan desesperado, que Elli no supo qué hacer. Wyatt suspiró y apartó las manos de su rostro, que reflejaba agonía.

—No —ella movió la cabeza—. Lamento haberte presionado. No

hables de ello, Wyatt, si tanto dolor te provoca. No importa.

Pero él no le prestó atención, como si hubiera abierto una puerta y no pudiera evitar cruzarla.

—Hurgó y removió en busca de cada detalle que puedas imaginarte sobre cualquier tema que se te ocurra. Esa entrevista invade cada aspecto de tu vida. Quizá ahora puedas entender por qué tenía que estar solo.

—¿Te preguntó sobre la relación que tenías con Barbara?

Bufó.

—Lo primero que hizo. Cuándo averigüé que era mi hermana. Por qué quería cuidar de su hija cuando apenas nos conocíamos. El hecho de que Barbara fuera producto de una aventura fue lo que inició la irrupción en nuestra vida familiar.

Elli palideció.

—¿Sobre por qué te llevaron a hogares de acogida? ¿Los abusos de tu padre?

—Oh, sí —metió las manos en los bolsillos de los vaqueros. Tenía los ojos de un animal arrinconado—. Quería saber si yo salía a mi padre, ese parangón de paternidad. Si soluciono las cosas con la violencia física. Qué pienso sobre la disciplina.

—Lo siento mucho, Wyatt.

—Todas las cosas de las que nunca quise hablar con otro ser humano —respiró hondo—. Todos los demonios que he tratado de eludir. Fue eso. Para que, de algún modo, pudiera demostrar que era merecedor de tener la custodia de Darcy.

Entendía que lo último que Wyatt deseaba era que lo compararan con su padre.

Al ver que se pasaba una mano por los ojos, la compasión pudo con todo su instinto de autoconservación y corrió a tomarle las manos.

—Oh, Wyatt, lo siento tanto —repitió, sin saber qué decir—. ¿Qué puedo hacer?

La condujo de la mano hasta la vieja mecedora. Se sentó y la acomodó sobre su regazo.

—Sólo deja que te abrace —murmuró.

Ella sintió que el corazón le daba un vuelco cuando la rodeó con los brazos.

Mentalmente, había dedicado horas a alejarlo, pero resultaba tan grato que la abrazara. A la muerte de William, Tim la había apartado, fingiendo que todo estaba bien, negándole los contactos físicos que podrían haber proporcionado cierto confort. Se acurrucó en su abrazo y metió los dedos en su pelo, anhelando devolverle un poco.

—Eso puedo hacerlo —musitó, y durante largos minutos permanecieron sentados de esa manera, absorbiendo fortaleza el uno del otro.

Y, de algún modo, sin pretender que sucediera, Elli sintió que un rincón de su corazón comenzaba a sanar.

—¿Sabes lo positivo que tiene esto? —la voz suave de Wyatt finalmente quebró el silencio.

—¿Mmmm? —preguntó ella con los ojos cerrados.

—Mi madre. Cuando pienso en Barbara, pienso en mi madre. Ella no habría rechazado a Barbara, a pesar de que hubiera sido un recordatorio de la infidelidad de mi padre. Mi madre era amable y generosa, y tenía todos los motivos para mostrarse amargada. Pero no lo estaba. El único modo por el que pude superar todo esto fue pensando en ella. Si tuve una maldición con mi padre, con mi madre recibí una bendición. Siempre he intentado ser más como ella… aunque me parezca a él.

—¿Por qué se quedó? ¿Por qué no se marchó contigo, Wyatt?

La respuesta de él fue típica y triste.

—¿Adonde habría ido? Temía que la encontrara. O que intentara arrebatarme de su lado. No es que realmente me quisiera. Con mi padre todo tenía que ver con la posesión.

Empezaba a entender por qué todas esas preguntas personales lo habían afectado tan profundamente ese día.

—¿Todo esto emergió esta tarde?

Asintió.

—Yo no seré como mi padre, Elli.

—Por supuesto que no —se irguió y le alzó la cara para poder mirarlo a los ojos—. Y no lo eres. Cuidar de Darcy no tiene nada que ver con la posesión para ti. Lo sé. Trata sobre la familia, la aceptación y la responsabilidad.

—Tú lo ves. Pero no estoy seguro de que Barbara Beck lo viera. No es tan bonito cuando aparece en blanco y negro.

—¿Qué le sucedió a tus padres, Wyatt?

—Yo trabajaba en Fort McMurray. Ellos habían estado viajando juntos y mi padre había bebido. El choque les causó una muerte instantánea.

Asimiló la noticia, sabiendo que no podía decir nada más que un tópico inútil. Y después de la entrevista de ese día, Wyatt temía perder también a Darcy. Ésta y Barbara eran la única familia que le quedaban.

Pero ella estaría allí para asegurarse de que no fallara.

—Necesitan estar seguros, eso es todo. Anteponen el bienestar de Darcy, igual que tú. Verán que eres la persona idónea para cuidar de ella hasta que Barbara se reponga.

—No hace que sea más fácil —repuso con más calma—. Puede que ahora entiendas por qué hoy te llamé la niñera. No puedo fallarles. Son toda la familia que tengo. Por eso no puedo poner en peligro la situación continuando como hemos estado hasta ahora.

Ella se levantó de su regazo, ocupó la silla de enfrente y apoyó las manos en las rodillas.

—¿Qué quieres decir?

La mirada de Wyatt fue de disculpa al entrelazar los dedos con los antebrazos en las piernas.

—Sé que he dicho que eras más que la niñera, pero ¿crees que la visita de hoy es el fin? ¿Y si Beck regresa y nos encuentra como estábamos anoche?

—No hacíamos nada malo —respondió, sintiendo un frío súbito al no tener los brazos de él a su alrededor.

—Quizá no, pero ¿qué le parecería a ella? Insistí en que eras la niñera. Dejé claro que no manteníamos una relación personal. Ya oíste lo que ella dijo. La gente que cohabita necesita una relación de al menos un año, y nosotros nos conocemos sólo desde hace unos días. Si continuamos de esta manera, significará que le he mentido. Y no puedo correr ese riesgo, Darcy es demasiado importante para mí.

Una parte de ella sufrió al oír las palabras. Pero los dos sabían que Darcy debía ir primero. Esa noche sólo se había engañado a sí misma al pensar que era importante para él. Tal vez lo fuera, pero figuraba al final de la lista. La nueva vida que quería construir no estaba allí. Esa noche había olvidado todas las promesas que se había hecho a sí misma en el momento en que había sentido los labios de él. Pero debía mantenerse centrada en el cuadro general.

—Elli… lo siento. Siento haberte arrastrado a esto.

El corazón se le encogió, pero tenía más determinación, en particular porque ya no la tocaba. No lo dejaría ver que poseía el poder para herirla.

—No, Wyatt. Estoy aquí por elección propia. Tienes razón. Si la asistente sacara la impresión equivocada, podrías perder a Darcy, y sé lo mucho que eso te carcomería. Debes hacer lo mejor para la pequeña.

Él asintió.

—Ahora ella es lo más importante. Y mentir acerca de nuestra relación sería un error que no quiero en mi conciencia. Tarde o temprano, las mentiras tienden a manifestarse.

Elli pensó en el padre de él, negando a su propia hija y dejando a la madre de Barbara para ocuparse de sí misma. Pensó en todo lo que no le había contado a Wyatt acerca de William y sintió cierta culpa. No se podía decir que hubiera mentido, pero tampoco le había contado toda la verdad. No estaba segura de que alguna vez pudiera hacerlo.

—Tú no eres tu padre, Wyatt. Siempre haces lo correcto —y la verdad era agridulce, ya que le estaba costando a ella un gran dolor. Desde el dormitorio les llegó un pequeño grito; Darcy había vuelto a despertarse—. Así que mantendremos la situación simple —añadió al tiempo que se levantaba.

—Simple —repitió él.

Capítulo 10

Los días que siguieron establecieron un patrón y Wyatt fue fiel al acuerdo establecido. Siempre se mostraba agradable y amigable, pero terminaron las charlas sobre el pasado, los padres y cualquier otro tema candente. Elli preparaba la comida, cuidaba de Darcy y terminaba las clases de contabilidad antes de enviárselas por correo electrónico a su supervisor. El aire otoñal se tornó más frío y las hojas se diseminaron de los árboles, dejando una alfombra dorada sobre la hierba. Wyatt cuidaba del rebaño y pasaba horas en el exterior haciendo reparaciones y trasladando el ganado a pastizales diferentes. Cuando regresaba, las sonrisas y las caricias sólo eran para Darcy.

Lo echaba de menos. Lo había probado y quería más. Verlo trabajar tan duro y proyectar su afecto sobre su sobrina sólo lo hacía más asombroso ante ella. A medida que llegaba a conocerlo, veía en él tantas cualidades que admiraba y deseaba en una pareja. Estabilidad. Ternura. Paciencia. Amor.

Comprendió que, tan inevitable como la lluvia primaveral, se estaba enamorando de él.

Pero el modo en que él había puesto los frenos y seguido su existencia diaria y funcional le indicó con claridad que no era algo recíproco. Sin importar los sentimientos que tuviera por él, Wyatt no sentía lo mismo, de eso estaba segura.

Oyó las botas de él en la terraza y comprobó el reloj del microondas. Justo a tiempo. En los últimos días había llegado a las diez para una taza de café y un bollo. Cuando la mosquitera golpeó el marco, lo vio en el umbral, sonriendo como si guardara una especie de secreto a la vez que mostraba una apariencia inesperadamente juvenil.

No pudo evitar devolverle la sonrisa. Se lo veía tan satisfecho consigo mismo, los ojos oscuros encendidos con alguna travesura y el pelo más revuelto por el viento que de costumbre. Sostenía el sombrero en las manos.

—¿Qué tramas? Y sé que no son mis bollos de plátano los que te hacen sonreír de esa manera.

—Tienes razón, aunque ahora que lo mencionas, huele bien aquí.

—Acaban de salir del horno y están demasiado calientes —

indicó, al tiempo que se preguntaba qué tramaba con esa sonrisa tan relajada.

Él cruzó la cocina y tocó la naricita de Darcy con un dedo.

—Tengo una sorpresa para las dos.

—¿Una sorpresa? —la curiosidad pudo con ella y no pudo contenerse—. ¿Qué clase de sorpresa?

—Algo en lo que llevo trabajando más o menos la última semana.

Elli pensó que eso debía de ser desde que había aceptado mantener la relación platónica y él había empezado a pasar más tiempo en los campos y los establos.

—Quédate aquí, ¿de acuerdo? He de traerlo.

Oyó un sonido peculiar cuando Wyatt regresó.

—¡Cierra los ojos! —pidió él desde el porche—. ¿Están cerrados?

Más ruidos desde la entrada.

Elli rió entre dientes.

—Sí, lo están. ¡Pero date prisa!

Unas pisadas y el sonido de algo al arrastrarse.

—Trae a Darcy —dijo.

Elli lo vio impaciente. Tenía el sombrero echado para atrás y una expresión incluso más joven y muy, muy atractiva.

Tomó a la pequeña en brazos y dijo:

—De acuerdo. Abre el camino antes de que no lo resistamos más.

Las llevó al salón.

—¿Qué te parece?

En el rincón donde había estado la mesa improvisada, había colocado la mecedora más bonita que Elli había visto jamás.

Asombrosamente sencilla, con un asiento curvo y ejes perfectos a lo largo del respaldo, lijados y teñidos de un intenso tono roble. En el asiento había un cojín de tonalidades azules y rosadas.

Sintió un nudo en la garganta.

—Es preciosa, Wyatt —murmuró.

—La encontré en el cobertizo —explicó él. Fue hasta la mecedora, se situó detrás y apoyó las manos en el borde del respaldo —. Estaba sucia y arañada, pero sólo necesitaba algo de amor, un buen lijado y unas capas de barniz.

—¿Tú lo has hecho? —las palabras salieron de sus labios tensos, ya que parecía algo muy íntimo. Trató de sonreír para ocultarlo.

—Al principio fue una gran sorpresa ver tantos toques femeninos en la casa —repuso, impasible ante la reacción distante—. Llevo soltero demasiado tiempo, Elli, pero no te merecías las críticas que te hice. Y, ¿sabes?, me he acostumbrado a ellos —la miró jubiloso—. Incluso me gustan. Quería compensártelo y no sabía cómo. Hasta que vi la mecedora y supe que necesitabas un asiento apropiado. Ven a probarla con Darcy.

A ella le temblaron las rodillas al atravesar la estancia. No había sido su intención incomodar a Wyatt y su disculpa había arreglado las cosas. No necesitaba hacer eso. Se sentía conmovida.

Se dijo que podía hacerlo. Que podía mantener el control. Lentamente, se sentó, con el peso de Darcy extraño en sus brazos de un modo en que no lo había sido desde el primer día. Tensó los hombros al reclinarse en el respaldo.

—Estás tensa —comentó él antes de posar las manos en sus hombros—. ¿Qué sucede? —la masajeó suavemente tratando de quitar los nudos que se habían formado. Y al mover los dedos, la silla comenzó a mecerse.

Elli observó la cara complacida de Darcy y cómo esos ojos azules la miraban, y en un instante su control se evaporó y todo se tornó borroso.

En cuanto comenzó a llorar, fue incapaz de parar. Contuvo un hipo, desesperada por recuperar las riendas de sus emociones.

Pero el recuerdo era tan real que perdió la batalla.

—Elli… Dios mío, ¿de qué se trata? —Wyatt rodeó la mecedora y se arrodilló ante ella.

La cara flotó ante ella, los ojos llenos de preocupación. Lo amaba. Era imposible haber podido evitarlo. Saber que se trataba de algo unilateral, y encima del dolor que ya la atravesaba, sólo sirvió para aumentar la desesperación que la dominaba.

—Es que… es que… —jadeó en busca de aliento y sintió otro sollozo—. La última vez que estuve en una mecedora… fue…

No pudo finalizar. La boca se movió pero las palabras no salieron. Sólo un sonido extrañamente agudo mientras permanecía en la mecedora que Wyatt le había hecho y al fin lamentaba la pérdida del hijo que había llevado en su vientre.

Había sido William en sus brazos, su hijo, insoportablemente pequeño pero perfectamente formado, delicadamente bañado por las enfermeras y envuelto en la mantita del hospital. De sus labios no salía aliento alguno; sus pestañas reposaban quietas sobre las mejillas pálidas. Pero lo había abrazado y mecido y le había dicho adiós.

Wyatt alargó los brazos hacia Darcy, pero Elli se aferró de forma irracional, apartándose de las manos codiciosas de él.

—¡No! No te lo lleves todavía. Aún no te lo puedes llevar.

Entonces sus oídos registraron lo que acababa de decir y se hundió por completo, embargada por el dolor y la vergüenza. Wyatt le quitó con gentileza a Darcy de los brazos en ese momento dóciles y la depositó en el corralito.

Luego, simplemente se inclinó y alzó a Elli de la mecedora como si no pesara nada. Ella se aferró a su cuerpo duro y fuerte, le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la frente en él. Fue al sofá y se sentó con Elli en el regazo.

—Suéltalo —susurró sobre su cabello y después le besó la coronilla—. Por el amor de Dios, Elli, suéltalo.

Lo hizo, aferrada a él mientras el dolor, la ira y la desesperación al fin se liberaban. Eso era lo que había contenido durante meses, decidida a mostrarle al mundo que todavía podía funcionar. Y todo ese tiempo había estado aumentando hasta salir a la superficie por amar a Darcy mientras la cuidaba, y en ese momento se lo contaba a Wyatt por la confianza que le inspiraba.

Aunque él jamás le correspondiera el amor, sabía que le inspiraba una confianza completa. En toda su vida nunca había conocido a un hombre mejor. Poco a poco su respiración se tornó acompasada y el agotamiento y el alivio le aflojaron los miembros, relajándola. Tim se había mofado de sus lágrimas, dándole la espalda. Con Wyatt no había falsedad. Podía ser quien tenía que ser.

—No lo sabía —musitó él en cuanto ella recobró el control firme sobre sí misma. Le acarició el brazo—. ¿Cuánto tiempo te has estado guardando eso?

Elli suspiró, los ojos aún cerrados para poder centrarse únicamente en la sensación de Wyatt a través del jersey.

—Trece meses. Había esperado tanto tiempo tener a mi bebé —confesó, al fin manifestando el dolor en palabras—. Nunca tuve la oportunidad de aprender con él. De alimentarlo, cambiarlo o mecerlo hasta que se durmiera. Durante meses imaginé cómo sería, pero la teoría es distinta de la práctica —intentó sonreír, pero los labios le temblaron—. Y entonces apareciste tú con Darcy… —calló, insegura.

La miró a los ojos. Ella se apresuró a secarse las mejillas y arreglarse el cabello revuelto. Pero a Wyatt no parecía importarle el aspecto que ofreciera. Nunca lo había hecho. Alzó la mano izquierda y le secó la humedad bajo los ojos con la yema del dedo pulgar.

Le acarició la mejilla y aplicó una ligera presión para que lo mirara.

—Fue un niño —dijo Wyatt.

Y ella recordó lo que acababa de soltar en la mecedora.

Durante un momento, había parecido como si se hallara de vuelta en el hospital con William en vez de estar en el salón con Darcy. Él mantuvo unas riendas firmes sobre sus emociones. Había más en el interior de Elli que lo que alguna vez había soñado y, de algún modo, la mecedora lo había liberado, intentó dar vuelta la cara, pero Wyatt no se lo permitió.

—¿Elli?

—Sí, era un niño —susurró. Se mordió el labio inferior.

Si sabía que era un niño, debía de haberlo llevado el tiempo suficiente. No podía entender lo que debía ser llevar una vida

dentro… y de repente no tenerla.

—Estabas en un embarazo bastante más avanzado que lo que me has hecho pensar, ¿verdad? —comentó con gentileza, instándola a hablar. Era evidente que lo necesitaba y él quería escuchar.

—Me faltaban seis semanas para dar a luz —murmuró con lágrimas—. Rompí aguas y supe que era demasiado pronto. Debería haber salido bien. Sólo pensamos que sería pequeño y que pasaría algún tiempo en la unidad neonatal —necesitó unos segundos para recobrarse—. Hubo un problema añadido con sus pulmones del que no habíamos sabido nada, un defecto. Yo…

Bajó la cabeza.

—No tienes que decirlo —indicó con amabilidad, sintiendo que todo su ser se apenaba por ella.

Se había estado escondiendo en los establos, pensando sólo en sí mismo, primero para escapar de la falsa sensación de hogar que ella proporcionaba y luego en lo orgulloso que se sentiría al regalarle esa estúpida mecedora para compensarle por haber herido sus sentimientos.

Era la primera persona a la que por propia voluntad le había hablado de su pasado, y no había resultado fácil. Pero su dolor no era nada comparado con el de Elli. Su pérdida no era nada ante la pérdida de un hijo.

Ella continuó, aunque le costó oír las palabras apenas murmuradas.

—Jamás llegué a oírlo llorar.

La abrazó con más fuerza.

—Lo siento tanto.

—Creía haberlo superado —susurró.

—A veces las personas necesitan años para superar realmente el dolor —suspiró, sabiendo cuánto tiempo había necesitado para aceptar que su madre realmente se había marchado.

Hacía poco que se había reconciliado con la idea y sólo entonces había logrado descifrar su vida y descubrir lo que realmente quería.

Ese rancho era dicha resolución puesta en acción.

—En Calgary, todo el mundo no paraba de preguntarme cómo lo llevaba. Jamás pude responder con sinceridad. Tenía que fijar una sonrisa en la cara y ofrecer una respuesta hecha.

—¿Y tu marido?

—El dolor te une o te separa. Nuestra relación no poseía los cimientos adecuados y no soportó la tensión. Tim se enterró en el trabajo y yo… yo me aislé en un caparazón.

Wyatt sonrió.

—Oh, puedo identificarme con eso, desde luego.

Y al fin consiguió de ella una sonrisa trémula.

—Supongo que sí puedes —entonces la sonrisa se evaporó.

—¿No es extraña la vida? —se encogió de hombros—. Hace poco me di cuenta de que no es el desastre lo que define a la persona, Elli. Lo que cuenta es lo que se hace después.

—Y yo no he hecho nada —frunció el ceño—. Sólo lo he ido postergando.

—Siempre está el hoy. El hoy es un buen día para emprender un comienzo nuevo.

Él sabía lo que quería que Elli dijera. Que esa relación platónica era una pérdida de tiempo. Que emprendería un comienzo nuevo con él cuando Darcy regresara a casa. Los médicos de Barbara informaban de que realizaba buenos progresos, por lo que el bebé no tardaría en volver con ella.

—No estoy segura de que esté preparada para eso aún. Yo… oh —la voz se le quebró—. Lo echo de menos —manifestó con sencillez.

—Nadie ha dicho que debes hacerlo de la noche a la mañana —respondió, desilusionado—. Pero emprender un comienzo… y desahogarte de todo si es lo necesario… es bueno.

—Eres un buen hombre, Wyatt Black —le enmarcó la cara con las manos.

Él sintió la penetrante mirada azul y con sinceridad pudo

afirmarse que la deseaba como no había deseado jamás a mujer alguna. Y era mucho más profundo que un simple deseo físico.

—No tanto como tú crees —murmuró. Su determinación quedaba olvidada al encararse a la dulce vulnerabilidad de ella.

Con los dedos aún en la cara, se adelantó, necesitado de tocarla, de probarla, queriendo de algún modo reparar todos sus sufrimientos del único modo que sabía.

La besó con suavidad, deseando convencerla de que se abriera a él ese poco más. Durante unos segundos, Elli pareció contener el aliento, y el momento hizo una pausa, como detenido en una cornisa de indecisión.

Pero entonces se relajó y se fundió contra él mientras su boca se suavizaba, cálida y dócil. Mientras el cuerpo de Wyatt respondía, se preguntó cómo un hombre en su sano juicio podría haberla dejado marchar.

Elli oyó el leve sonido de aquiescencia que escapó de su garganta cuando él tomó el control del beso. El cuerpo era tan duro, tan tranquilizador. En ese momento Wyatt sabía todo y no huía, no cambiaba de tema. Era un hombre entre un millón y la besaba como si ella fuera la mujer más atesorada del planeta.

Por sus venas corrió de forma seductora un deseo y un anhelo como no había sentido en meses.

El cuerpo de él la pegó contra los cojines y recibió encantada el peso, sintiéndose al mismo tiempo protegida y deseada. Cuando la boca abandonó la suya para plantarle besos en las mejillas, en la mandíbula, de pronto comprendió que no era fría ni distante ni ninguna de las cosas de las que Tim la había acusado. Simplemente, había estado esperando que apareciera la persona adecuada que la liberara.

Y así era. Cuando la boca de Wyatt volvió a la suya, deslizó las manos por las caderas de él y por debajo de la camisa, sintiendo la piel cálida bajo el algodón.

Esas caderas la presionaron y la sangre hirvió en su interior.

—Elli…

—Shhh —le besó el cuello y lamió la piel áspera, probando,

sintiendo placer no sólo en lo que él le hacía, sino también en saber lo que ella le estaba haciendo. Después de meses de sentirse impotente, resultaba liberador y anhelaba más.

Wyatt se incorporó con las manos apoyadas en el reposabrazos del sofá y la miró. Con satisfacción, Elli notó que tenía la respiración entrecortada.

—No cabe duda de que necesito un sofá nuevo —gruñó él—. Aquí no. En mi cama.

Ir al dormitorio era el siguiente paso lógico y uno para el que ella se consideraba preparada, pero experimentó un vestigio de pánico.

—Pero Darcy…

—Se ha quedado dormida en el corralito —la miró a los ojos, retiró una mano y la deslizó por la curva de su pecho.

Era casi imposible pensar cuando la tocaba de esa manera.

Elli pasó la mano por encima del bolsillo trasero de los vaqueros de Wyatt y con los ojos le ofreció el desafío.

Con un movimiento veloz, él se incorporó, la alzó en vilo y la condujo por el pasillo hasta el dormitorio. Una vez dentro, la depositó sobre la cama, se sentó a su lado y comenzó a desabotonarse la camisa.

Elli sentía como si el corazón fuera a salírsele del pecho. Cuando la camisa quedó abierta, vio una parte de un torso bien musculado y quiso tocarlo. Lo deseaba, pero el pudor luchó por hacerse oír. ¿Qué diría él cuando le viera el cuerpo? Batalló contra sus inseguridades y trató de desterrar los comentarios hirientes de su memoria. Tenía que creer que en ese momento Wyatt no iba a darle la espalda.

Tragó saliva al arrodillarse en el colchón y quitarse el jersey.

En un abrir y cerrar de ojos lo tuvo arrodillado a su lado, acercándola para que sus pieles quedaran en contacto. Le encantó sentir el calor y la fortaleza que emanaban de él. Le bajó la camisa por los hombros.

Y entonces ambos oyeron una llamada a la puerta de entrada.

Durante una fracción de segundo, se quedaron paralizados, hasta que Wyatt saltó de la cama y se acercó a la ventana.

La seriedad de la situación los asaltó a ambos y Elli buscó su jersey en el instante en que volvían a llamar.

—¡Tienes que abrir! —susurró con vehemencia—. ¡Ve, Wyatt!

Él estaba abotonándose la camisa.

—Tú ya estás vestida.

—¡Sí, pero mírame! —intentó mantener el pánico fuera de su voz, pero con poco éxito—. Tengo los ojos manchados por el maquillaje corrido y el pelo hecho un desastre.

—De acuerdo. Tómate un momento para recuperarle —le apretó el brazo—. Todo irá bien.

Ella se recogió el pelo en una coleta mientras lo oía abrir la puerta. Él había tenido razón en mantener la relación platónica. Debería haberlo detenido, pero no lo había hecho. Si no los hubieran interrumpido, habrían hecho el amor.

Y en ese momento, con el leve sonido de la voz de Angela Beck procedente del otro extremo de la casa, la locura de toda la situación la golpeó con todas sus fuerzas. No supo cómo iba a salir de allí y fingir que todo estaba normal.

Y encima de todo eso, persistía el miedo de no saber si Wyatt iba a culparla si la visita de ese día tenía un final negativo.

Capítulo 11

Cuando Elli entró en la cocina, Angela Beck estaba sentada a la mesa con una taza de café mientras Wyatt cortaba unas rebanadas de pan de plátano. Suspiró, agradecida de que hubiera podido recobrarse con tanta celeridad y, así, darle tiempo a ella de hacerlo.

—¡Ellison! —Angela giró en su silla cuando la otra mujer avanzó —. Me alegro de que esté aquí. Pasé para comprobar cómo se encontraba Darcy, desde luego, y ofrecerle a Wyatt información de cómo marchaba la situación.

Elli miró a Wyatt y esperó no contradecir ninguna explicación que hubiera podido dar.

—Darcy está muy bien. Realmente es un bebé muy bueno.

—Sí, la vi durmiendo en su corralito.

—La pusimos allí para jugar y se quedó dormida —al menos ése era un tema seguro.

La conversación transcurrió sin problemas unos minutos mientras bebían café, comían unos dulces y hablaban de la pequeña. Sin embargo, la expresión de Angela se tornó seria cuando comenzó a hablarles de Barbara.

—La buena noticia es que realiza excelentes progresos. Sus médicos se sienten muy complacidos, como no me cabe duda de que ya sabe.

Wyatt asintió. Elli sabía que hacía unos días había hablado con el médico de su hermana y eso lo había animado.

—Queremos devolver a Darcy con su madre en cuanto sea posible. Necesita pasar tiempo con su bebé para desarrollar ese importante vínculo. Desde nuestro punto de vista, debemos asegurarnos de que el bebé se encuentra a salvo, seguro y en un entorno de amor.

—¿Y qué significa todo esto? —preguntó Elli, sintiendo de pronto seco el pan de plátano que estaba masticando. Existía la posibilidad de que Barbara saliera pronto del hospital y ella ya no tuviera motivo alguno para quedarse.

—Significa que la situación de usted aquí con un poco de suerte va a resolverse muy pronto. También que Barbara va a requerir mucho apoyo. Debido al hecho de ir al hospital por voluntad propia, recibirá toda la ayuda que necesita. Su médico supervisará el estado de su salud, al igual que los servicios infantiles y de familia. La verdad es que buscar ayuda fue lo mejor que pudo hacer. Dispondrá de acceso a muchos recursos que la ayudarán a pasar por todo esto, incluidos grupos de apoyo.

—Y la familia —repuso Wyatt, juntando las manos sobre la mesa —. Soy su hermano. Yo también estaré allí para ella.

Angela sonrió.

—Aunque no hace mucho que sabe que tiene una hermana.

La sonrisa de él fue lóbrega.

—Desde luego, no lo he reconocido. Pero soy su hermano y pretendo ayudar —relajó un poco los labios—. Además, me he unido mucho a mi sobrina. Espero ver bastante a Barbara y Darcy.

—Ésas son buenas noticias, Wyatt —Angela retiró su silla y se puso de pie—. He de irme. Gracias por el café y el bollo.

—¿Sabe cuánto tiempo estará Barbara en el hospital? —Wyatt recogió el abrigo de ella y la siguió hasta la puerta mientras Elli se rezagaba en el umbral de la cocina.

—Tengo entendido que los médicos la evalúan a diario. No dispongo de una fecha específica, pero creo que será pronto —sonrió mientras se abotonaba el abrigo—. Su vida volverá a la normalidad antes de que se dé cuenta, Wyatt —miró por encima del hombro a Elli —. Y también la suya, Ellison.

Wyatt la acompañó al coche mientras Elli regresaba a la cocina a ordenar lo que acababan de ensuciar. ¿Vuelta a la normalidad? La idea no le resultó tan maravillosa como podría haber sido una semana atrás. Se preguntó si quería dicha normalidad. Estar de regreso en la casa de los Cameron, buscar un trabajo y un lugar para vivir, de vuelta en un mundo sin Wyatt.

Ya conocía la respuesta. Un mundo sin Wyatt era gris en vez de lleno de vibrantes colores. ¿Era tan erróneo esperar que lo sucedido ese día significara algo más? A pesar de que echaría de menos a Darcy, ¿que dejaran de tener que cuidar a la niña no significaría que

también podrían dejar de fingir?

Wyatt regresó y cerró la puerta.

—Ha estado cerca.

Ella dejó el azucarero y fue al arco que separaba el salón de la cocina.

—Lo siento —sintió que necesitaba ofrecer una disculpa. Debería haber pensado más y sentido menos.

—No lo sientas. Yo no debería haberme aprovechado.

La cabeza le dio vueltas.

—¿Aprovechado?

Él apretó la mandíbula.

—Estabas vulnerable esta mañana. No fue justo por mi parte… —tragó saliva—. Besarte.

Ella quiso decirle: «Tal vez deseaba que lo hicieras». Pero las palabras no pudieron salir de su boca. Porque no se lo veía consternado. Si la hubiera mirado con cierta añoranza, con algún indicio de que le costaba contenerse, tal vez habría insistido. Pero tenía la espalda recta y la expresión velada, cuando antes había sido transparente.

—No le des más vueltas a lo de esta mañana —pidió.

—Sólo si tú estás segura, Elli.

—Lo estoy.

—De acuerdo, entonces.

Luchó contra la conmoción que la recorrió cuando él puso fin a la conversación. ¿Ni siquiera iban a hablar de lo sucedido? ¿De lo que había estado a punto de suceder? ¿Tanto lo lamentaba? Ese pensamiento la derrumbó por dentro.

Él se acercó al sofá y recogió el sombrero que había dejado allí antes.

—Iré a trasladar el ganado a un pastizal nuevo —dijo, y sin más,

se marchó.

Elli despertó con una sensación incómoda. La luz de la luna entraba por la ventana del dormitorio y reinaba un silencio absoluto. Demasiado. Parpadeando para desterrar el sueño, se levantó de la cama y fue al corralito para mirar a Darcy.

No estaba.

Pero la puerta del dormitorio se hallaba entreabierta y salió descalza, avanzando de puntillas por el pasillo. La manta del sofá se veía apartada y la almohada mostraba el hueco producido por la cabeza de Wyatt. A la luz de la luna, los vio.

Darcy se hallaba envuelta en su mantita y cobijada en los brazos de Wyatt, quien sólo llevaba puestos una camiseta y unos calzoncillos cortos de color azul marino. Los vaqueros estaban cuidadosamente doblados en el reposabrazos del sofá. Sintió calor en las mejillas al verle los pies descalzos y las piernas largas.

Se dijo que sería un padre maravilloso. En todo momento había antepuesto Darcy a todo lo demás. Tenía tanto que dar. Se preguntó si él lo sabía o si lo que le había contado acerca de su pasado lo mutilaba del mismo modo en que el dolor la había mutilado a ella.

El pie de él dejó de mover la mecedora, abrió los ojos y la miró desde el otro extremo del salón.

Elli se afanó en respirar. En un segundo se vio arrastrada al día anterior por la mañana y a la sensación de verse abrazada y protegida por los brazos de él. Desde entonces se habían mostrado corteses, pero en ese momento, descalza y con sólo un camisón puesto, sintió que la percepción regresaba, más penetrante y poderosa.

—Se despertó —susurró Wyatt en la oscuridad, volviendo a mover de forma pausada la mecedora.

Elli avanzó y se sentó en el borde del sofá, apenas a unos centímetros de la rodilla desnuda de él cada vez que la mecedora se proyectaba adelante.

—No la oí —susurró en respuesta.

—Estabas profundamente dormida —respondió Wyatt con una leve sonrisa—. No te moviste cuando fui a recogerla.

Elli bajó la vista a sus dedos apoyados en las rodillas. ¿Wyatt había estado en el dormitorio, observándola dormir? Era algo intensamente personal y se preguntó qué había pensado al verla en la cama de él.

—¿Qué hora es?

—Casi las cinco.

Santo cielo, se había ido a la cama a las nueve. Por primera vez en semanas había logrado dormir ocho horas.

—Lamento no haberme levantado con ella —vio el biberón vacío en la mesilla de centro. Había permanecido completamente dormida incluso mientras Wyatt calentaba el biberón.

—Lo disfruté —repuso él con una sonrisa.

—Deja que la lleve de vuelta a la cama —sugirió ella—. Necesitas descansar. Puedes dormir un par de horas más antes del desayuno.

Los dos se levantaron al mismo tiempo y Elli alargó los brazos para recibir a Darcy. Pero cambiarla de uno a otro resultó raro, en particular porque no querían despertarla. Los brazos de Wyatt le rozaron los suyos, firmes y cálidos. Al depositar al bebé en el hueco del brazo de Elli, con los dedos le rozó el pecho.

Los dos se quedaron paralizados.

Elli se mordió el labio al comprender que no llevaba sujetador y una vez más consciente de que lucía un escueto camisón de algodón que finalizaba arriba de las rodillas. Y Wyatt… se erguía con mucha rigidez, con cuidado de no tocarla en ninguna parte. Lo tenía tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo, la tela suave de su camiseta.

¿Qué sucedería si se acercaba unos centímetros? ¿Si echaba atrás la cabeza en petición de un beso? ¿Aceptaría él la invitación?

Quería contarle lo que sentía, pero primero necesitaba alguna señal, algo que la animara a ver que no se hallaba sola. Y desde el roce fortuito, él no se había acercado más.

De modo que retrocedió y adaptó el peso de Darcy a su brazo.

—Buenas noches —murmuró, dándose cuenta demasiado tarde de lo tonto que sonaba, ya que casi había amanecido. Dio la vuelta y se llevó al bebé al dormitorio, sin mirar atrás.

No importaba, ya que tenía grabada en el cerebro la imagen de Wyatt allí de pie.

Exactamente dos semanas después de que hubieran dejado a Darcy en el porche del rancho, la pequeña regresó con su madre.

Ni Elli ni Wyatt estaban preparados para la noticia; a pesar de la visita de Angela Beck, habían esperado que la tenencia temporal durara un poco más mientras Barbara se recobraba. Elli ya adoraba a Darcy y sentía un vínculo entre ambas. No había ninguna duda de que el bebé era de la hermana de Wyatt, pero también era cierto que se había vinculado al angelito de ojos azules al que sin miramientos habían arrojado en su vida y que en ese momento la abandonaba en circunstancias muy diferentes.

Tuvo su momento de despedida de Darcy al acostarla para el sueño de la mañana. Besó la sien cálida y se impregnó con la loción para bebé y la dulzura propia de Darcy. Estaba decidida a no llorar, pero igualmente tuvo que secarse los ojos al no poder controlar cierta humedad. La tristeza por William ya no era tan penetrante como antes. De algún modo, entre la inocencia de Darcy y la gentileza de Wyatt había sido capaz de desprenderse del dolor que le había impedido vivir.

Pero cualquier despedida dolía y sabía que debía hacerlo en ese momento y dejarlo atrás, para que luego sólo tuviera que recoger sus cosas y marcharse.

Estaba doblando una mantita nueva y depositándola en el fondo de la bolsa de los pañales cuando entró Wyatt.

No dijo nada, fue a la mesa, recogió un conejito de peluche y le dio vueltas en las manos. Elli siguió doblando y guardando cosas hasta que no quedó nada.

Entonces lo miró y vio que él la observaba con ojos

preocupados.

—¿Estás bien con esta situación? —ella formuló la pregunta que él no había querido hacer.

—¿Te refieres a que Darcy vuelva con Barbara? —Elli asintió—. No tengo elección.

Pero ella supo que evitaba la respuesta real.

—No era eso lo que quería saber. Te pregunté cómo te sentías.

Él dejó de darle vueltas al peluche y lo depositó sobre la cama.

—Se nos informó de que no sería por mucho tiempo —respondió —. Pero, desde luego, estoy preocupado. Me alegro de que a Barbara le vaya tan bien y de que los médicos consideren que está preparada. Pero le espera un largo camino por delante, en particular como madre soltera. Es demasiado para que lo sobrelleve sola.

—Los servicios familiares seguirán involucrados en su caso.

—Sí, por supuesto. Y también la doctora. Hablé con ella esta mañana y los sistemas de apoyo están preparados. Todo suena bien.

—Pero no se te oye convencido.

—Me preocupo, eso es todo. Algo sé con seguridad. Barbara me tendrá a su lado. Estaré allí. Como su hermano y como tío de Darcy. Es afortunada de que ahora tenga práctica como niñera.

—Serás más que eso —terminó de cerrar la bolsa—. Estas dos últimas semanas has sido un padre para Darcy.

Su expresión fue difícil de descifrar. Vio placer, pero también dolor y quizá rechazo. Pero ya no se abría a ella. Desde aquella mañana en que había aparecido Angela Beck, se había cerrado. Tal vez entre ellos hubiera habido una atracción mutua y algo más que amistad. Pero no existía la confianza que Elli había creído. No por parte de Wyatt. Se había retraído y no había tenido ningún problema en mantenerse de esa manera.

Por lo que intentó hacer que el final fuera lo más amigable posible.

—Hiciste que todo fuera bien para Barbara y Darcy —indicó.

—Fuiste tú quien logró que esto funcionara —replicó él, negándose a aceptar sus palabras—. Tú estuviste con ella noche y día, cuidándola, convirtiendo este lugar en un hogar. Y no aceptaste nada a cambio. Ni siquiera ingresaste el cheque que te rellené. ¿Por qué?

«Porque te necesitaba».

Oyó la respuesta en el interior de su cabeza, pero jamás llegó a sus labios.

Y sintió dudas. La respuesta no había sido «Te amo». Había sido de necesidad, y dolor, y seguir adelante. No quería pensar que lo había utilizado, algo que no había sido su intención, pero no podía negar la posibilidad de que sus sentimientos se hubieran visto influidos por sus necesidades. Y eso plantaba la semilla de la duda.

—Lo hice porque quería.

Wyatt se adelantó y la tomó por el brazo.

—No es suficiente.

La miró a los ojos.

Ella se soltó.

—Lamento que no te satisfaga.

Recogió la bolsa que ya había preparado con sus cosas. No podía esperar que llegara Barbara para ver cómo se marchaba con Darcy y se llevaba una parte de su corazón. Debía irse en ese momento.

—Elli… —la voz de él proyectó una tensión inexistente momentos atrás—. Te vas. ¿No podemos ser sinceros antes de que te marches?

La cuestión del decoro durante la permanencia de Darcy quedaba cancelada a partir de ese día; sin embargo, ni una sola vez él había dicho: «No te vayas». Sólo había comentado: «Te vas».

—¿Qué quieres que diga, Wyatt? —giró para mirarlo—. Nuestro trato fue que me quedaría y te ayudaría con Darcy mientras ella estuviera aquí. Pero ya no va a estar y yo ya no soy necesaria como tu niñera. Porque es lo que he sido, ¿no? La niñera de Darcy.

—No fuiste una niñera aquella mañana en mi cama aquí —afirmó con voz crispada.

—Te enfriaste bastante rápidamente —«estupendo, Elli», se dijo al ver la expresión conmocionada de él. Pudo ver que no había esperado una réplica tan veloz.

—La llegada de Angela Beck situó todo en perspectiva con rapidez —respondió. Parecía descontento—. Que nos descubriera habría significado un desastre. Como tú misma dijiste… nuestra relación tenía que ser platónica.

—No quiero discutir antes de irme, Wyatt. Por favor, ¿no podemos terminar en buenos términos? Has conseguido lo que en todo momento buscabas. Pudiste quedarte con Darcy y satisfacer la responsabilidad que tenías con tu familia. Hiciste lo correcto. Dejémoslo ahí.

—¿Y tú conseguiste lo que querías?

Las palabras dolieron, porque él no sabía lo que ella quería y le daba mucho miedo transmitírselo. Le daba pavor preguntarle qué sentía por ella y que volviera a apartarla. Dos veces habían sido más que suficientes.

—¿Qué buscas de la vida, Elli? —tenía la cara tensa y se pasó una mano por el pelo.

Anheló desprenderse del manto de sus aprensiones y, simplemente, contarle cómo se sentía. Pero no podía. Aún oía las palabras de Tim, las mismas que ella había atribuido a la amargura y el dolor, pero que en ese momento veía con un núcleo de verdad y que la habían afectado aunque no había querido que lo hicieran. Palabras que la habían atravesado hasta la médula. «Adelante. Abandona nuestro matrimonio. Le fallaste a nuestro bebé y yo soy otra baja».

En ese instante las recordó con perturbadora claridad porque sabía que eran ciertas.

Se culpaba por la muerte de William y había abandonado su matrimonio.

Capítulo 12

Wyatt vio cómo Elli palidecía. Era una pregunta justa. ¿Qué quería y por qué, simplemente, no lo decía? Con Darcy marchándose, ya nada se interponía en el camino de ambos. ¿Por qué no iba a él?

Sabía que tenía miedo. Esa mañana había intentado presionarla para ver si lograba hacerla reaccionar con sinceridad, pero lo único que había conseguido era que se retrajera más. Y sabiendo lo frágil que era, no podía repetirlo. Quizá necesitara más tiempo. Jamás presionaría donde no era bien recibido; el amor no se podía forzar. Y estaba convencido de que empezaba a enamorarse de Elli.

Se preguntó qué haría ella si se lo dijera. Mientras se miraban, el rostro pálido de Elli lleno de tensión, supo exactamente lo que haría. Huir.

—He de irme.

—Elli —avanzó un paso, la sujetó por los brazos a pesar de su determinación de no presionarla y la obligó a mirarlo—. No huyas.

El color volvió a sus mejillas y lo miró con ojos centelleantes.

—¿Qué ofreces, Wyatt? ¿Qué quieres tú de la vida? Porque saberlo me ayudaría mucho. No te entiendo, de verdad que no. Y durante la última semana y media, te has desvivido por apartarte de mi camino.

Le soltó los brazos. ¿Era eso lo que pensaba? ¿Que no soportaba estar cerca de ella?

—¿Yo?

—¡Fuiste tú quien estableció límites! —exclamó.

—¡Para proteger a Darcy! —de pronto la frustración se sumó al cóctel de sentimientos que bullía en su interior.

—¿Sólo a Darcy?

Sintió un hormigueo de culpabilidad. Tuvo que reconocerse que tal vez había sido cauto. Y quizá había usado a Darcy como un escudo para no admitir lo que sentía de verdad. Pero en ese momento guardó silencio porque no estaba seguro de ella. La había visto retraerse y sabía que no se hallaba preparada. Sabía que tenía miedo. ¿Y qué

mujer no lo tendría después de lo que Elli había pasado? No podía obligarla a abrirse.

—De acuerdo. ¿Quieres saber lo que yo quiero, Elli? Te lo diré. Quiero que este rancho prospere, que esta casa sea un hogar, una esposa a quien amar y un par de hijos. Quiero la clase de matrimonio que mis padres jamás tuvieron y darles a mis hijos la infancia que yo nunca tuve. Quiero que el pasado deje de definirme y demostrar que un patrón no tiene por qué continuar —lo soltó de golpe y fue una sensación magnífica—. Y ahora, adelante —bajó la voz y la miró, sabiendo que ella no había esperado semejante exabrupto—. Huye. Sé que es lo que quieres hacer.

Ella no había movido un músculo, pero dio la impresión de que entre ambos se alzaba un muro invisible. Su retraimiento era completo.

—He de irme —susurró.

No lo sorprendió, pero experimentó el dolor sordo de la desilusión. No podía suplicarle a alguien que lo amara. Hacía tiempo que había dejado a aquel niño pequeño y tenía demasiado orgullo. Fue al extremo de la cama y recogió la bolsa que ella había dejado caer cuando la aferró de los brazos.

—Te acompañaré hasta la puerta.

Fueron en silencio y Wyatt abrió. El aire estaba fresco: en algunas partes del patio la hierba se veía plateada por la escarcha. El sol rebotaba en las pocas hojas doradas que aún quedaban. Era un perfecto día otoñal. Pero eso no le inspiró júbilo alguno. Esa noche volvería a estar solo en su casa, salvo que en esa ocasión sentiría la soledad de forma más aguda.

Titubearon un momento en el porche. Wyatt extendió la bolsa y Elli la aceptó sin mirarlo.

—Gracias por todo —dijo con formalidad, pero el orgullo le impedía hablar con más intimidad—. Si alguna vez necesitas algo…

—No —pidió con suavidad—. Por favor, no emplees esta cortesía fría. No después de todo lo sucedido.

Bajó los escalones y se volvió a medias, y a él le pareció captar un destello de humedad en sus ojos antes de que parpadeara y desapareciera.

—Adiós, Wyatt.

Esperó en el porche y la observó marchar por el sendero de tierra, sintiendo que su corazón se iba con ella. Deseó que se detuviera. Que regresara con él. Que lo dejara arreglarlo todo.

Pero no lo hizo. Su andar no vaciló.

Y al llegar hasta el buzón, un coche aminoró y giró para entrar en su propiedad.

Barbara había llegado.

Elli sintió cada kilo de su bolsa a medida que la correa se clavaba en su hombro. No iba a mirar atrás. No podía. En esa ocasión debía enfrentarse a la realidad, no al sueño. Y ésa era que Wyatt no la amaba, no del modo en que ella necesitaba que la amara. No como ella lo amaba.

Al entrar en el camino que conducía a la parte frontal de la casa de los Cameron, no pudo evitar girar la cabeza hacia el rancho. Una mujer de cabello oscuro, alta como Wyatt, se bajó del coche y Elli se detuvo. Él bajó los escalones con Darcy envuelta en la manta. A través de los dos jardines, oyó la exclamación de Barbara y la vio tomar al bebé que Wyatt le ofrecía. La meció en sus brazos y la vio besar la frente perfecta.

No pudo mirar más.

Abrió la puerta y entró. Si en el pasado la habían asombrado la opulencia y la perfección del recibidor, en ese momento le pareció frío y vacío. Fue hasta el salón, miró por los enormes ventanales hacia las praderas que se extendían ante ella, tan vastas e implacables. Llevó la bolsa a la habitación de invitados, la soltó y esperó. Un sonido. Cualquier cosa.

En el rancho, Wyatt volvía a conectar con su hermana y se reconciliaba con su pasado. Darcy se iría a casa, pero él la vería a menudo. No había tenido que despedirse del bebé. Pero ella los había perdido a los dos. Se hallaba sola.

Desolada, enterró la cara en la almohada y dejó correr las

lágrimas que había estado conteniendo toda la mañana.

Con una sonrisa amplia, Wyatt rellenó los cuencos con sopa y volvió a sentarse a la mesa. No era muy buen cocinero, no como Elli. Ya echaba de menos las sonrisas de ella. Hizo a un lado esos pensamientos hasta estar a solas. La reunión con su hermana eclipsaba su carencia de habilidades culinarias.

—Lamento que no sea una cena más suculenta.

—No seas bobo —Barbara alzó su cuchara y sonrió—. Gracias. Una cosa que le prometí a la doctora era que comería mejor. Esto es lo que necesitaba.

—¿De verdad estás bien? —su sonrisa vaciló un poco—. Quiero decir que vas a ocuparte otra vez de Darcy a tiempo completo. ¿Estás segura de encontrarte preparada?

La sonrisa de ella también se esfumó ante la seriedad del tema.

—Te mentiría si dijera que no me siento asustada. Pero estoy aprendiendo técnicas para encarar las situaciones y tengo un número al que llamar en todo momento, de día o de noche. No te preocupes, Wyatt. Todo el mundo está pendiente de mí.

—Lo de llamar de día o de noche también se aplica a mí —dejó la cuchara y le tomó la mano—. Sospeché lo de nuestro padre en todo momento, pero fui un cobarde y no dije nada. Eso se acabó. Si tú quieres, me gustaría ser tu hermano.

Los ojos de Barbara se llenaron de lágrimas y le apretó la mano.

—Siempre fuiste un buen chico y te has convertido en un buen hombre, incluso cuando no pensaba con claridad, sé que no te habría confiado a Darcy si no hubiera creído que te desvivirías por ella. En una ocasión te fuiste a casa con un ojo morado por mí, Wyatt. No lo he olvidado.

—Es bueno volver a tener una familia —repuso él con sencillez.

—Sí, lo es. Y sé que tuviste ayuda. ¿Dónde está Ellison?

Hasta la mención de su nombre le causaba dolor.

—Se ha ido a casa.

—Quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho.

—Ahora puede que no sea un buen momento, Barb. Creo que para ella fue muy difícil dejar a Darcy.

Sintió la mirada inquisitiva de su hermana y se levantó para dejar el cuenco en el fregadero.

—¿Sólo a Darcy?

—No lo sé —apoyó las manos en el borde de la encimera.

—¿Hay algo entre vosotros dos?

Se volvió.

—Aunque lo hubiera, ya no.

—Lo siento, Wyatt. ¿Estás enamorado de ella?

En ese momento, ella se enfrentaba al resultado del fracaso de su relación y seguía adelante como madre soltera. El modo en que lo miraba le reveló que comprendía un poco con lo que él mismo luchaba.

—Lo estoy.

—Entonces, ¿qué te impide pelear por ella?

—No somos los únicos con cicatrices, Barb. Elli tiene sus propios problemas. Yo llegué a un punto en el que estaba listo para dejarlos atrás y emprender la vida que quería. Pero ella aún no ha llegado ahí. Y yo no puedo hacerlo por ella.

Darcy emitió ruiditos de felicidad desde su sillita y Barbara sonrió.

—Debería llevarla a casa.

Se levantó, fue al asiento, tomó al bebé en brazos y lo cubrió con una manta.

—¿Estarás bien?

—Lo estaré.

—¿Me llamarás mañana?

—¿Vuelves a ser el hermano mayor conmigo? —Barbara sonrió.

Él la imitó.

—Es raro, ¿eh? Pero, sí, supongo que lo hago.

Para su sorpresa, ella se acercó y lo abrazó.

—Gracias —murmuró, retrocediendo un poco—. A veces la peor parte en todo esto es la sensación de soledad. Creo que me gustará tener un hermano mayor.

La acompañó fuera, llevando la bolsa de ropa mientras ella portaba el asiento para el coche. Al asegurar a Darcy a la parte de atrás, él añadió:

—Me he quedado con el corralito y la mesa. Siempre que necesites un descanso, Darcy es bienvenida a quedarse con el tío Wyatt.

—Gracias.

Al ver alejarse el coche, la despidió con un gesto de la mano.

Una vez dentro, la casa le pareció vacía y sin vida. Durante dos semanas había estado llena de ruido, pero también de momentos felices y, de algún modo, un ambiente de familia. A Darcy volvería a verla, pero Elli se marcharía en breve adonde la llevaran sus circunstancias. Y era a la que más echaba de menos.

Miró por la ventana de la cocina los campos oscuros. Gotas de lluvia comenzaron a rebotar en el cristal, reflejando su propio estado de ánimo. Ese día había intentado decirle lo que quería, pero Elli había tenido demasiado miedo de aceptarlo. Sabía que no podía obligarla a cambiar.

Pero también sabía que él no quería rendirse.

Ella seguía en la casa de los Cameron y él allí. Los dos solos. No tenía sentido.

Fue a la puerta, se puso las botas y luego el impermeable. Todas las cosas que debería haber dicho aquella mañana las diría esa noche. No tenía por qué ser demasiado tarde. Al abrir la puerta, la vio.

Al pie de los escalones, el cabello separado en mechones por la lluvia, arrebujada en su chaqueta.

Durante una fracción de segundo, ambos se miraron y titubearon. Luego él dio un paso fuera y extendió la mano.

Elli subió los escalones y la tomó con dedos helados. Sin pronunciar una palabra, Wyatt la abrazó.

—Pasa —murmuró él pasado mucho rato.

Una vez dentro, vio las pruebas de su llanto en los ojos hinchados. Le dio esperanzas.

—Darcy se ha ido a casa con Barb —comentó, estudiando su reacción.

—Lo sé.

—La casa parece vacía sin ella.

—Lo sé —reconoció con tristeza—. ¿Adonde ibas ahora? —alzó la cabeza.

—A buscarte.

El mundo se abrió para Elli al oír eso. Su corazón, tan marchito y temeroso, se expandió, cálido y hermoso. También ella había ido a buscarlo.

El labio inferior le tembló por la emoción y le acarició el pelo. Unas manos firmes le alzaron el rostro hasta que ambos se miraron.

—Iba a buscarte —repitió Wyatt antes de besarla.

Cuando al fin la soltó, Elli reconoció:

—Yo también venía a buscarte.

Había pasado horas llorando y sufriendo, pero al final había comprendido que no quería ser prisionera de su miedo. Amaba a Wyatt, y aunque hubiera sabido que la relación jamás funcionaría, habría tenido que dar el paso importante de revelarle la verdad. Jamás lo sabría a menos que se lo preguntara. La bienvenida que le ofreció era más de lo que se había atrevido a esperar.

—Wyatt, yo… yo quiero contestarte la pregunta que me hiciste

esta mañana.

—De acuerdo.

Aún seguían cerca de la puerta de la entrada.

—Me preguntaste qué quería —se acomodó los mechones de pelo detrás de las orejas—. Y mi respuesta es la misma que la tuya. Es lo único que he querido en toda mi vida. Nunca quise ser abogada, doctora o modelo, ni siquiera rica. Lo único que quería era un hogar, con un marido al que amar y un par de hijos. Quería la clase de matrimonio que habían tenido mis padres y más que nada quería ser madre. Y durante un tiempo tuve todo eso, o casi. Y todo se evaporó como humo. Y ahora al fin conozco la causa.

—Elli, siento tanto eso…

—No —cortó ella—. Quiero que el pasado deje de definirme y demostrar que un patrón no tiene por qué continuarse, igual que tú. Se acabó conformarse, Wyatt. Me convencí de que con Tim lo podría tener todo, y me equivoqué. Lo sé porque…

La siguiente parte era la más dura. Representaba desnudarse emocionalmente. Pero ¿cuál era la alternativa? Nada. Esa tarde se lo había dejado claro.

—Sé que me equivoqué porque nunca lo amé de verdad. Amé la idea de él, la fantasía de la vida perfecta que podía tener con él. Pensé que lo podríamos tener todo. Pero resultó ser nada. Porque ahora sé lo que es amar realmente a alguien. Del modo en que me he enamorado de ti.

Wyatt la miraba boquiabierto, en silencio, su cara una máscara de sorpresa.

—La última vez me rendí sin ofrecer resistencia. Quizá porque no valía la pena luchar. Pero tú sí lo vales, Wyatt. No quiero alejarme de ti. Quiero esas cosas contigo. ¿Existe la posibilidad de que tú también las quieras conmigo?

Retrocedió, la mandíbula trémula, esperando su respuesta.

Él suspiró al tiempo que avanzaba.

—Mírate… estás empapada.

Dejó que le quitara la chaqueta, que cayó al suelo en un montón mojado. Con la mano en el mentón la obligó a mirarlo.

—Te amo, Elli —bajó la cabeza y le dio un beso lleno de dulzura —. Tardaste bastante —murmuró sobre sus labios antes de abrazarla y alzarla en el aire—. Me dije que debía esperar hasta que te sintieras preparada. Pero esta noche, solo… no pude.

Apoyada contra su cuello, el miedo quedó desterrado por el júbilo que la invadió, Wyatt no diría eso a menos que lo sintiera. La amaba. Cerró los ojos. Podía enfrentarse a cualquier cosa si él la amaba.

Rió.

—¿Bastante? Si nos conocemos desde hace unas semanas.

Él simplemente la abrazó con más fuerza.

—En las últimas dos semanas hemos pasado más tiempo juntos que la mayoría de las personas durante un noviazgo. Hemos compartido cosas que no le había contado a ninguna otra persona. Además, ¿qué importa el tiempo? Lo supe la noche que nos besamos en el porche.

—¿Lo supiste entonces? ¿Cuando me apartaste y decretaste que nuestra relación debía ser platónica?

—Sí, entonces.

Ella volvió a reír.

—Has sido más rápido que yo. No pude reconocerlo hasta que te vi con Darcy en la mecedora —la dominó la ternura—. ¿Sabes?, amarte significaba enfrentarme a muchas cosas que me hacían daño.

Finalmente la soltó y retrocedió un poco.

—Hay tantas cosas que quiero contarte. No sé por dónde empezar. Sobre Barbara hoy, de mí, de mis planes…

—Poco a poco —frenó ella en broma. Él la tomó de la mano y la llevó hasta la mecedora. Al sentarse y acomodarla sobre su regazo, Elli alzó sus manos y las besó—. Tenía tanto miedo de venir, de que tú no sintieras lo mismo.

—Me alegro de que lo hicieras —repuso, girando las manos e

imitándola en su acción—. No estaba seguro de cómo iba a poder arreglarme sin ti. Me mató ver cómo te alejabas. Pero esta mañana supe que, si te presionaba, que si no te daba la oportunidad, algún día me lo reprocharías. Y sería demasiado duro tenerte y verte partir.

Elli se apoyó contra su pecho.

—No fue hasta esta tarde cuando lo vi con claridad. Estar sin ti me dejó bien claro lo mucho que te amaba. No me imaginaba continuar sin ti. Supe que debía intentarlo.

—Miraba por la ventana, pensando en lo tonto que había sido al dejar que te marcharas, iba a verte para pedirte que nos brindaras una oportunidad.

—Me fui porque dijiste que querías esas cosas, pero en ningún momento mencionaste que las querías conmigo.

Él suspiró y apoyó la barbilla sobre la cabeza de Elli.

—Y no lo hice porque tenía miedo de asustarte y que te fueras definitivamente.

—Somos idiotas —afirmó ella, y lo notó sonreír entre su cabello.

—No, no lo somos. Ambos recobramos el sentido común.

Durante varios minutos oscilaron en la mecedora, absorbiéndose, forjando un vínculo nuevo, dos partes de un todo mayor.

—¿Y ahora qué? —inquirió Elli al final.

—¿Qué te inspira la idea del trabajo en un rancho y esta casa?

Eso fue algo totalmente inesperado.

Se irguió un poco para girar la cabeza y mirarlo a los ojos.

—Es un sitio acogedor.

—¿Podrías ser la esposa de un ranchero? No soy médico y sé que hemos tenido educaciones muy diferentes.

—¿Y eso qué importa? ¿Qué importa lo que hagas? —le acarició la mejilla—. Sólo necesito estar donde tú estés. Me encanta este sitio. Me he sentido más en casa en este rancho que en cualquier otro lugar

que pueda recordar. No finge ser algo que no es.

—¿E hijos? Sé que es un tema delicado. ¿Estás bien físicamente? Dios, nunca antes había preguntado algo así. Y entiendo que debas estar asustada…

Tener hijos era una idea aterradora, sólo porque sabía lo que era amar y perder. Pero el sueño no había muerto. Aún quería ser madre por encima de cualquier cosa.

—Nada se consigue sin riesgo —musitó—. Y la idea de tener bebés… oh, Wyatt. No sólo bebés, sino tus bebés.

No pudo seguir. Los dos dejaron que la idea floreciera, frágil y delicada.

—Pase lo que pase, lo sobrellevaremos —afirmó él.

—Lo sé —confirmó con sinceridad. Era lo que le inspiraba una relación verdadera.

—Te amo, Elli —la miró con esos ojos castaños e intensos. Ella extendió la mano y le apartó el sempiterno mechón de pelo que le caía sobre la frente. Le tomó los dedos y se los besó—. ¿Te casarás conmigo?

—En un abrir y cerrar de ojos —respondió.

Y al fin supo lo que era estar en casa.

Fin